

CARLOS G. AMÉZAGA

POETAS

MEXICANOS



BUENOS AIRES

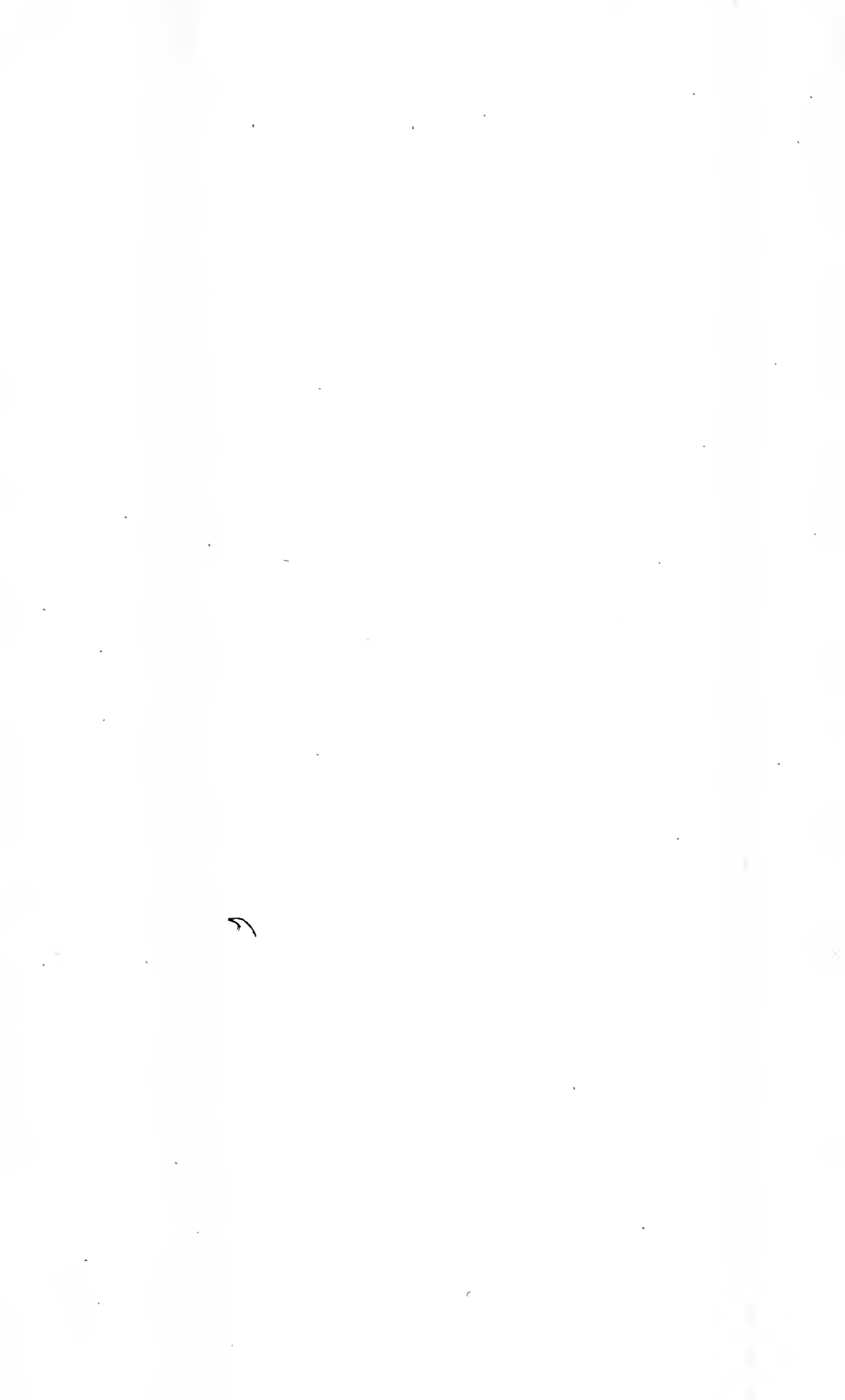
IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — PERÚ — 680

M DCCC XCVI



POETAS MEXICANOS



CARLOS G. AMÉZAGA

POETAS

MEXICANOS



BUENOS AIRES

IMPRENTA DE PABLO E. CONI É HIJOS

680 — PERÚ — 680

M DCCC XCVI

POETAS MEXICANOS

I

Si la América española hubiese contado después de su independencia, tantos buenos estadistas como excelentes poetas ha producido, nada tendría en este siglo que envidiar á Europa y mucho menos á la Gran República del Norte, que seguirá considerándose en justicia, hasta hoy, el único factor de importancia en el material desarrollo del Nuevo Mundo.

Parece que las dotes imaginativas de nuestra raza fueran las sólo dignas de mencionarse en el estupendo certamen de las naciones. ¿Á qué engañarnos tampoco? Nada hemos hecho como sabios, como descubridores, como políticos, y ni siquiera como industriosos, que merezca tenerse en cuenta por

la humanidad. En cambio, tenemos infinidad de poetas que viven encantándonos con sus trovas, al igual de esas aves enseñoreadas del bosque, adonde no penetran el fuego ni el hacha del colonizador atrevido. Digámoslo de una vez: hay superabundancia de poetas, por lo mismo que el trabajo no se impone con la rudeza del hambre, porque en medio de nuestras más feroces revoluciones sobran espíritus mejor dispuestos al reposo que á la fatiga, porque á la solución de grandes problemas sociales no empujan todavía sino muy débilmente las multitudes, y, en fin, porque cantar es en el abandono de nuestra existencia, algo más propio que meditar en grandes provechos.

La América española cuenta hoy con muchos más poetas que la antigua metrópoli, deduciendo la muy relativa ventaja que existe para la primera en el número de pobladores respecto de la segunda. España, desde 1860, con *Campoamor*, *Zorrilla*, *Bécquer*, *Núñez de Arce* y dos ó tres más poetas de mérito indiscutible, no puede hacer frente á *Andrade, Obligado, Guido y Spano, Zorrilla de San Martín*

Lillo, Blest Gana, Salaverry, Márquez, Llona, Abigail Lozano, Caro J. E., Pombo, Gutiérrez González, Plácido, Zenea, del Casal, Rubén Darío, Acuña, Riva Palacio, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón y *Peza.*

No me dejo arrastrar por el desdén hacia España con que algunos de nuestros literatos responden á la indiferencia despreciativa de aquélla, en orden á la poesía de los americanos. Hago justicia, como se verá más adelante, á esa nación en lo que tiene de bueno y grande; pero, es cierto, ciertísimo, y en asegurarlo no tengo escrúpulo, que sus actuales maestros no llegan á eclipsar á nuestros bardos más populares, por mucho que á la distancia sigan aquellos ejerciendo el pontificado.

En el presente estudio, circunscrito á algunos vates de México, trataré de hacer ver la pujanza y brío con que cuentan nuestros hermanos del Norte para medirse por sí solos con esa misma nacionalidad española que nos legó en su lengua el tesoro riquísimo que explotamos.

Son la Argentina, Colombia, México y Cu-

ba, las cuatro porciones americanas que han dado mayor número de poetas. Hasta hace muy poco tiempo, ha sido Colombia quien llevaba la primacía. México es, al presente, la que descuella en el Nuevo Mundo, porque ofrece, no sólo un considerable número de bardos de primer orden, sino los más acentuados tintes de originalidad poética. Esa originalidad invocada mil veces por los americanos sin conseguirla del todo, no es, como creen muchos, la obra fácil de una generación estudiosa, ni la mera elección de asuntos nacionales é introducción de voces indíjenas en el habla castellana, que es fuerza enriquecer, mas no desfigurar torpemente. La verdadera originalidad poética americana debe consistir en los puntos de mira distintos de los que tuvieron nuestros maestros, en la conciencia de nuestra individualidad, pobre ó rica, pero que no há menester de los atavíos que gastaron nuestros mayores; en la expresión, finalmente, de una naturaleza nueva, espontánea, que se siente bastante fuerte y airosa para recomendarse ella sola, con la magnificencia de sus productos.

No digo yo que México haya logrado emanciparse todavía, completamente, de la influencia que ejercen entre nosotros los vates peninsulares, desde *Espronceda* hasta *Bécquer,* pero es indudable que ese país ostenta ya ciertas formas geniales de poesía que marcan un positivo adelanto hacia la originalidad que buscamos como punto diferencial en la misma lengua, de la poesía netamente española.

Muy engañados están los que se figuran encontrar poesía americana, en ciertas composiciones descriptivas de nuestras ciudades y montes, de nuestras florestas y ríos. En nada se manifiesta, precisamente, la imitación servil, como en esos trabajos, donde campean imágenes y conceptos que eran ya de respetable antigüedad con el Arcipreste de Hita y con Garcilaso. Frases vetustas hay que continúan haciendo la delicia de nuestros bardos en sus mejores versos, como si no se atrevieran á combinar otras en presencia de una naturaleza que por variada y por rica no tiene igual, y que parece invitar á que se la cante con ritmos nuevos, con voces que

al sonar no recuerden las canturías del Viejo Mundo...

Razón tienen los poetas españoles de considerarse en nivel superior á los americanos, cuando les ven, por lo general, empeñados en imitarlos. Me refiero en este caso á esa gran mayoría de poetas mediocres que toman por modelo exclusivo á tal ó cual notabilidad europea, sin seguir el ejemplo de nuestros superiores poetas; de esos que sintiéndose capaces de volar con su fantasía, se burlarán siempre de los imitadores, especie de insectillos eternamente prendidos á la cola de ciertas águilas.

En el capítulo de la imitación, que es muy largo, ¿cómo no comprender á los excursionistas por el campo alemán, francés, inglés é italiano?... Pero, éstos, buscando á su poesía nuevos jugos vitales, contribuyen sin proponérselo de un modo deliberado, á romper la umbilical sutura con nuestra madre España. Son contrabandistas más ó menos felices, que prestan un servicio á su patria abriéndole comercio intelectual con otras naciones. Allí, pues, donde no palpitan *Zorri-*

lla, Campoamor, Núñez de Arce ó *Bécquer*, arden *Musset*, *Victor Hugo*, *Carducci* ó *Byron*; resultando de todo esto algo como una aleación que puede aprovecharse mañana para fundir el metal de nuestra moneda.

Existen desde Magallanes á California, no menos de cincuenta poetas de nombradía. He citado anteriormente sólo á los que conquistaron mayor aplauso en los últimos tiempos, sin que sea esto desconocer el mérito de otros más antiguos, como *Bello, Heredia*, *Vargas Tejada, Mármol* y *Olmedo.*

Muchos poetas americanos han bajado al sepulcro, pero, sus robustas voces no cesan de vibrar en nuestros oídos, como si el vulgar fenómeno de la muerte no les hubiera alcanzado aún. ¿ Cómo olvidar á *Gutiérrez González*, á *Andrade*, á *Manuel Acuña ?* Estos poetas desaliñados, sin la aristocrática forma del verso hispano, gozan el privilegio de hacer sentir á millares de hombres, porque no fueron enguantados maestros músicos de concierto, con la batuta en la mano, sino cantores sublimes al aire libre, de la pasión y del sacrificio. Háseles aclamado con entu-

siasmo en nuestras ciudades no abiertas por completo al refinamiento de las de Europa, porque su lenguaje ha traducido mejor que ningún otro los sentimientos de nuestra raza, y apartándose algunas veces tales poetas, del convencionalismo del arte, han herido más hondamente las fibras de nuestros corazones semiselváticos. Versos hay de estos poetas en que se une á los esplendores del pensamiento una fuerza extraordinaria que actúa sobre los nervios. Escapa de sus versos electricidad robada á las alturas maravillosas donde sólo nuestros cóndores aletean.

Hay aparente contradicción en mis asertos, cuando digo que la originalidad poética americana es todavía un lejano albor, y apunto en seguida la excelencia de nuestros vates. Pero, la una es cuestión puramente de forma y la otra de concepto muy general. Si la musa americana aún lleva el ropaje de corte antiguo español, no significa ello que su vigor y hermosura propios dejen de ostentarse entre los pliegues de ese ropaje. Allí están las personalidades citadas últimamente, que sin pertenecer al número de los innovadores en

el arte y usando de una casi estropeada fraseología, han obtenido admirables triunfos poéticos. La entonación y el carácter tienen mucho de original entre nosotros, mas nunca lograremos dentro de la misma lengua formarnos un estilo particular que nos denuncie á los españoles, sin renunciar antes á la ciega imitación de sus procedimientos artísticos.

¿Hasta cuándo haremos hablar á *Bolívar* ó *Sucre* como hablaron *Lanuza* y *Guzmán el Bueno?* ¿Hasta cuándo nuestras hermosas aparecerán en verso como la Elvira de Espronceda, si no con el tipo y hasta el *gaché* de las andaluzas?

Aquí se presenta la dificultad de tener estilo propio en el habla original de Castilla no introduciendo en ella mil caprichosos cambios que la corrompan. Hay en América, en contraposición al flujo servil de tantos imitadores que por castizos bardos se toman, una tendencia bárbara hacia la libertad de expresión que puede llevarnos mañana á formar de la riquísima lengua que heredamos, un galimatías horrendo, sin preceden-

te en las adulteraciones de otros idiomas.

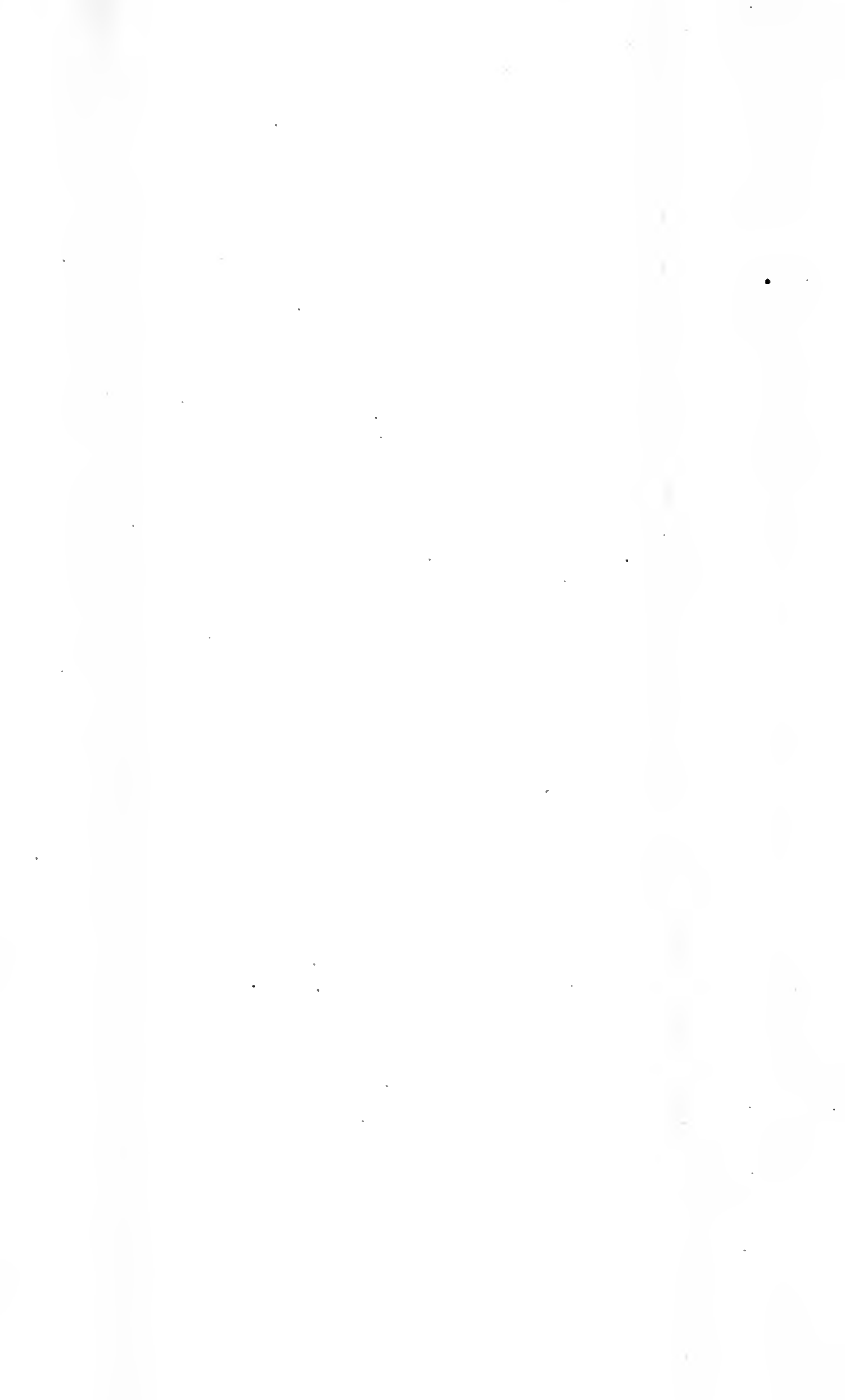
La introducción de voces americanas, indígenas y criollas, en el español, ciertamente que lo enriquece, como que no modifican estas voces tampoco, su esencia gramatical. Prueba de ello nos dan los muy escrupulosos académicos de Madrid en su último diccionario, acogiendo infinidad de palabras nuestras que no tenían antes valor ninguno en España. Pero, de allí á incrustar en la lengua de Cervantes, giros y locuciones enteras del *náhualt*, del *quechua*, del *guaraní* ú otro idioma de los infinitos que se hablan por esta parte del mundo, existe una diferencia notable, y un peligro que debemos evitar, sobre todo, en la poesía.

Las lenguas ricas y cultas, como los metales preciosos, no admiten aleaciones que los desnaturalicen completamente. ¿Por qué del oro español hemos de hacer una mezcla absurda con el hierro y el plomo de otras lenguas que le son inferiores? Aumentémosle sus quilates, pero no tengamos la torpe complacencia de rebajarle hasta el punto de que se le rechace por inservible.

Necia, desventurada originalidad la que buscan algunos americanos machucando hermosas palabras y asesinando verbos! Conjugaciones enteras son pasadas á cuchillo por estos Herodes de la gramática, y pretenden que debe escribirse como hablan ellos, porque así es también la bárbara costumbre de muchos pueblos...

Contra este desborde anárquico del lenguaje, es fuerza pronunciarse en todos los tonos, porque ya empiezan á ser tildados de pedantería los que á falta de mejor código se atienen hoy en sus controversias, al deficiente Diccionario de la Academia.

En la moderna poesía de Mèxico, tesoro valiosísimo de inspiración y cultura, no dejan sin embargo de asomar las subversivas tendencias que en los demás países del centro y del sur de América. Pero, no es un trabajo didascálico el que acometo ni me precio de buen hablista ó filólogo. Cierro, pues, este punto que he tocado solamente de paso, y dejo á personas más competentes, el detenido estudio que él se reclama.



II

Fué sin disputa México en los tiempos del coloniaje, el país americano que más sobresalió por la disposición de sus hijos al cultivo de las letras y en especial de la poesía. Bastan á confirmar este juicio los nombres de Juan Ruíz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, talentos ambos de que se enorgullece México, por el doble motivo de haber nacido en su suelo y ser los primeros grandes representantes de la gaya ciencia que exhibió el Nuevo Mundo ante las miradas de España, que, decadente ya en las armas, florecía sin embargo en las letras, muy más que Italia, que Francia y aún que Inglaterra.

Sufrió Alarcón en vida los sarcasmos de

algunos ingenios matritenses por el delito de nacer jorobado, como lo atestigua esta desapiadada quintilla que se atribuye á Lope de Vega:

> Tanto de corcoba atrás
> como por delante tienes,
> y el saber está de más,
> de adonde te *corco-vienes*
> ó adonde te *corco-vas*.

Pero, *La verdad sospechosa* y *Las paredes oyen*, obras conocidísimas del dramaturgo mexicano y que son un monumento de la literatura antigua española, prueban que el encorvamiento de las vértebras dorsales en Alarcón, no disminuía un ápice su estatura al lado del *Monstruo de la Naturaleza* (1). ¿Quién no reconoce en Alarcón un filósofo mucho más profundo que Lope? Desposeído de la maravillosa fecundidad de éste, lució, en cambio, otros méritos que le asignan igual aprecio ante la posteridad.

No dieron las colonias americanas un inge-

(1) Así se llamaba también á Lope de Vega, más conocido por el *Fénix de los ingenios.*

nio mayor en el siglo décimo séptimo. Y es de advertir que, por entonces, allá en Europa se tenía á los criollos en un concepto bien triste. Creíase que la cepa española había perdido en estos climas mucho de su valor primitivo, dando frutos intelectuales casi mezquinos. Según ese criterio, no había en estas tierras sino abundancia de pámpanos. ¿Ni qué vinillo intelectual procurarían á España, sarmientos que desde allá venían enfermos? Fué menester que hombre tan erudito como el benedictino Feijoo, combatiera esa creencia, citando gran número de criollos ilustrados é inteligentes que las apostaban en su tiempo, con cualesquiera de la península.

Gracias, pues, á los que como Alarcón en aquellos períodos de la vida colonial, salvaron á los americanos de parecer poco menos que idiotas!

Sor Juana Inés de la Cruz es un tipo femenino de los más extraordinarios que se conocen. Nacida en 1651, á pocas leguas de México, y desarrollada entre gentes que por fuerza de la pobrísima educación de su

época no podían brindarla conocimientos mayores, sorprende en verdad, cómo llegó á ilustrarse tanto y á producir trabajos que le dieron alto renombre hasta en la corte de España. Sus famosas redondillas en defensa de las mujeres, redondillas que no tienen rival en castellano por la agudeza del concepto y donosura de la palabra, vivirán, no hay duda, cuanto viva el idioma en que están escritas.

Hombres necios que acusáis
á la mujer sin razón
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.

Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,
y luego, con gravedad,
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis con presunción necia
hallar en la que buscáis,
para pretendida, *Thais*,
y en la posesión, *Lucrecia*.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que falto de consejo
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos si os tratan bien.

Opinión ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,
que con desigual nivel
á una culpáis por cruel
y á otra por fácil culpáis.

Pues, ¿cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y quejaos en hora buena.

. . . .

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada
ó el que ruega de caído?

Ó cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
¿la que peca por la paga,
ó el que paga por pecar?

Pues, ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
ó hacedlas cual las buscáis.

Crece en importancia el asunto de esta composición, desde que lo trata una mujer, y con qué argumentos!

Graves doctores en la antigüedad se han ocupado *ex-cátedra,* en desacreditar al bello sexo como si sólo residiera en éste la maldad que es común á las dos mal avenidas partes del género humano. San Bernardo, que, entre otros, llegó hasta llamar á la mujer *órgano del diablo,* necesitaba una doctora que se le opusiese con armas tan victoriosas como las de Sor Juana, para probarle lo injusto, lo temerario de su afirmación. No sé qué respondería el buen monje á esta pregunta for-

mulada por nuestra heroína en un lenguaje, casi diré, eclesiástico:

Ó cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
¿el que peca por la paga
ó el que paga por pecar?

Como yo creo y seguiré creyendo toda la vida, que las mujeres nos aventajan en eso que hemos convenido llamar *sentimientos buenos,* confesaré que la argumentación de Sor Juana me ha entusiasmado sobremanera. Harto estoy de las maldiciones con que los hombres abruman en prosa y verso, á las infelices mujeres, después de tanto engañarlas y envilecerlas. Un poeta misógino, siempre me será repulsivo por esta causa, y entiendo que los que se expresan mal de las mujeres, llamando á todas ingratas, son unos pobres diablos que han llevado seguramente, con ellas, su merecido.

Sor Juana Inés escribía:

Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación á las letras, que ni ajenas reprensiones que he tenido mu-

chas, ni propias reflejas que he hecho no pocas, han bastado á que deje de seguir este natural impulso que Dios pone en mí... Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é imponiéndome la ley de si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal ó cual cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar en pena de la rudeza. Sucedió así que él creció y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía á prisa y yo aprendía despacio, y con efecto, lo cortaba en pena de la rudeza; que no me parecía razón estuviese adornada de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias que eran más apetecible adorno.

Convéngase después de esta lectura, en que existe para buscar el perfeccionamiento de la mujer, aún descendiendo al caso triste de la penitencia, algo muy superior á la maceración de sus carnes. Oh! si siempre el atormentarse el bello sexo, en la vanidad que le es propia, tuviera los resultados que la ilustre mexicana se proponía!... Cuántas niñas mejor educadas, en ese caso, cuántas cabecitas huecas de menos!

Sor Juana viviendo en nuestros días albo-

rotados, en que el problema social sustituye al religioso, sería, á no dudarlo, un espíritu batallador é incansable en práctico beneficio de sus semejantes; porque la caridad evangélica de que dió pruebas mil en su tiempo, no podía traducirse hoy, en alma tan grande, por el vulgar encierro á que acuden todavía algunas mujeres en su miopismo, su decepción, ó absoluta falta de apoyo en la sociedad.

No acredita tampoco el ser monja, una vocación espontánea en criatura tan bella é inteligente. Los naturales peligros á que se vió expuesta, no siendo rica, y su afición al estudio de las cosas humanas, suficiente para despertar contra ella persecuciones fanáticas, explican, hasta cierto punto, su retiro en un claustro después de haber figurado en la corte virreinal como poetisa.

Que se ocupó, muy á su gusto, de temas extraños á la devoción, pruébanlo infinitas composiciones en que el espíritu de Sor Juana aparece, á despecho de las tocas monjiles, no poco interesado en asuntillos de orden profano. Vaya sinó, de muestra

un soneto que debían retener en la memoria las mujeres de todos los tiempos:

Fabio, en el ser de todos adoradas,
son todas las mujeres ambiciosas,
porque tienen las aras por ociosas
si no las ven de víctimas colmadas.

Y así, si de uno sólo son amadas,
viven de la fortuna querellosas,
porque piensan que más que ser hermosas
constituye deidad el ser rogadas.

Mas yo soy en aquesto tan medida,
que en viendo á muchos, mi atención zozobra,
y sólo quiero ser correspondida

De aquel que de mi amor réditos cobra;
porque es la sal del gusto el ser querida,
que daña lo que falta y lo que sobra.

Se quiere algo más delicado en poesía y de mayor gracia en la forma?

Pensadora muy eminente fué la que escribió este soneto.

Ingenios bastantes aparecieron en México durante la dominación española, pero no se recuerda ninguno que llegase á la altura de los anteriores. Fernández de Lizardi, en el siglo XVIII y comienzos del actual, es-

cribió algunos versos que no le dan título de verdadero poeta. Es, sin embargo, un escritor interesantísimo.

El mexicano Gorostiza, que, como Alarcón, obtuvo en Madrid un éxito merecido por sus comedias, al lado de Bretón de los Herreros, es otro de los que han aportado legítima gloria á la patria que abandonó tan temprano.

Este poeta dramático, al igual de Ventura de la Vega, el argentino, vació los tesoros de su imaginación en un molde puramente español; pero, viviendo en medio de una sociedad no muy desemejante á la suya por las costumbres y por el idioma, se comprende que sea á la vez el hijo de dos naciones, sin el violento sentido que quiera darse á esta frase.

De innumerables poetas guarda memoria México en la iniciación de su independencia; pero no era aquel un período favorable al desarrollo y perfeccionamiento del arte, ni genio alguno tampoco descolló que digno fuese de traducir en verso las hazañas de un *Morelos* en el sitio de *Cuautla*. Fué

la guerra de la independencia en México, sin duda, más á propósito para los valientes caudillos que para los poetas. No tengo noticia de composición escrita en esos tiempos que valga lo que el *Canto á Junín* de Olmedo, y la abundante colección de poesías de aquellos años resulta incolora, pobre de ideas, generalmente, y viciosa de romanticismo, como casi todas las producciones literarias americanas de comienzos del siglo actual. Notable es, sin embargo, Manuel Carpio, el veracruzano, que nacido en 1791, ha dejado versos que no pueden confundirse entre la hilaza de su época. *La Cena de Baltasar*, trabajo hermosísimo que revela en Carpio facultades descriptivas nada comunes, basta para recomendarlo al aprecio de nuestros contemporáneos más exigentes.

He aquí parte de esa composición en apoyo de lo que digo:

Era la noche, y la redonda luna
desde la inmensa bóveda del cielo
alumbraba los sauces del Eufrates
y á la gran Babilonia en sus festines,

fortalezas, alcázares, jardines
y los templos magníficos de Belo.

El intrépido ejército de Ciro
está sobre las armas impaciente
por tomar la ciudad: la infantería
se conmueve y agita sordamente
cual negra tempestad que allá á lo lejos
brama y rebrama en la montaña umbría
Ya se aprestan de Persia los ginetes;
sus fuertes armaduras centellean,
y encima de los cóncavos almetes
altos plumajes con el aire ondean.

Ya se escucha el crugir de los broqueles,
de la trompeta el bélico sonido
y el bufar de los férvidos corceles
y la grita de jóvenes bizarros,
y del sonante látigo el chasquido,
y el rodar de las ruedas de los carros.
Ya los caballos con su blanca espuma
humedecen sus pechos espaciosos;
al ruido de las armas se recrean,
y el duro suelo escarban y golpean
y están inquietos por salvar los fosos.

. . . .

Mientras que Ciro con ardor se apresta
á dar por fin el formidable asalto,
la ciudad cual ramera deshonesta
entrégase al placer sin sobresalto
y á regocijos que el honor detesta.
Se embriaga el padre y á la par la esposa,

el libertino y el anciano triste,
el agorero y la doncella hermosa.
Entre bailes y cantos de alegría
resuena la algazara de las gentes
que por las calles van como dementes
entre la confusión y gritería.
También de Baltasar el gran palacio
se agita alegre con festín ruidoso:
el rey, y sus mujeres y magnates,
todos ocupan un salón fastoso
que tiene vista al caudaloso Eufrates.

El soberbio salón es un portento:
Las paredes de estuco están doradas
y forman el grandioso pavimento
variadas losas de lucientes jaspes
cubiertos con asiáticas alfombras
de los remotos climas del Hydaspes.
Cien columnas blanquísimas de mármol
sostienen la magnífica techumbre;
lámparas de oro de labores bellas
todo lo animan con su viva lumbre.
Ocupan las estatuas de los dioses
hermosos y brillantes pedestales,
y arden en frente en braserillos ricos,
exquisitos aromas orientales.
Entre las nubes de flotante incienso
que perfuma la sala reluciente,
se ostenta el rey entre el cortejo inmenso
con regia pompa y con augusta calma,
como entre humildes y modestas flores
descuella al aire la soberbia palma.
Cenaban recostados en tapices

tejidos por doncellas babilonias;
tapices de las grandes ceremonias
en tiempos más tranquilos y felices.

La turba de los grandes, insensata,
hace alarde de pérsicos brocados,
túnicas blancas de sonante seda
y magníficos mantos de escarlata.
En los cándidos pies llevan calzados
con blancas perlas y luciente plata,
y ciñen sus cabellos perfumados
ínfulas que les bajan por los lados.
Á la derecha están las concubinas
y mujeres del rey, blancas y bellas,
con túnicas de seda, recamadas
de flores y de espléndidas estrellas.
Mantos de un bello azul como los cielos
más brillantez les dan y más decoro;
airosas llevan trasparentes velos,
ricos joyeles y sandalias de oro,
y por más cautivar á los donceles,
sin atender al femenil recato,
en las cáligas llevan como ornato
diamantes y ruidosos cascabeles...

. . . .

He cedido á la tentación de copiar estos versos porque no son tan conocidos como merecen. Podían confundirse, á pesar de su relativa antigüedad, con las estudiadas com-

posiciones á que da vida el arte francés moderno. ¡Qué descripción tan acabada la de esa corte! ¡Qué contraste, qué oposición tan bella, entre el ejército Persa al acecho de Babilonia, y los familiares de Baltasar en su postrera noche de orgía! El autor, poseído del asunto como un artista de genio, ha pintado un cuadro colosal, uno de aquellos frescos que inmortalizaron á *Buonarotti.*

El padre Navarrete, los dos Lacunza, Rodríguez Galván, Quintana Roo, Fernando Calderón, José Joaquín Pesado y algunos otros vates posteriores á Carpio, son recomendables también por la dulzura de sus cantos; pero, ya está dicho: no eran ellos los que elevarían el pavés mexicano á la más empinada cumbre, por ser hijos de la transición y carecer su voz de la fuerza y novedad con que otros poetas de la misma tierra se han hecho después oir de sus hermanos de América, al través de los bosques y de los mares.

III

Comienza con Guillermo Prieto, personalidad muy ilustre, una era de positivo adelanto para la poesía de México. Este cantor popular no será suficientemente apreciado, si antes que como poeta no se le estudia como hombre. Preciso es determinarle un puesto particular, particularísimo, entre todos los bardos de su época, por la influencia que las luchas políticas y religiosas han tenido en el desarrollo de sus facultades intelectuales, y por su manera de ser como ciudadano, incorruptible, vehemente, encariñado con las patrias costumbres y tradiciones gloriosas de su país.

Guillermo Prieto ha sido en cierto tiempo á Juárez, el gran Reformador de Méxi-

co, lo que Milton á Cromwell: un espíritu superior que de la visión sublime de la poesía, dedujo algo muy concreto para el arreglo material de los hombres y de las cosas. Ministro en plena campaña de la *Reforma*,--esa revolución gigante que no ha tenido paralelo en las americanas revoluciones, — signaba Prieto una resolución administrativa y con la misma pluma, en nerviosos caracteres, fijaba una canción bélica que á la noche recitaría ante los soldados.

Veces mil, el ministro de Juárez, allá en una sierra brava del Norte, después de un combate horrible, mezclábase entre la tropa que desfallecía de cansancio, y, ya con voz de trueno la animaba para la jornada del día próximo, ó ya con acento dulce, refería historietas á aquellos hombres que olvidaban sus padecimientos por la magia del orador y sonreían encantados de la verbosidad simpática del amigo.

El Romancero de Prieto, es un libro que contiene las hazañas de los principales caudillos de la independencia de México, en la forma narrativa con que han inmortalizado

á Don Rodrigo de Vivar en España, cien autores desconocidos. Los romances del poeta mexicano, no obstante, tienen un sabor tan nacional y tan propio del tiempo en que han sido escritos, que nadie verá en ellos la imitación á que parece ocasionado el asunto. Equivale este *Romancero,* á un curso de historia patria dictado en verso por Prieto á las generaciones futuras. No es todavía la época de hacer justicia entera á un trabajo que crecerá en importancia con los años y cuando á la gloria del autor sirvan de marco los mismos héroes que describe. ¿Quién no recuerda á *Homero* si se nombra á *Aquiles*? ¿Qué mexicano del porvenir no sentirá entusiasmo por Prieto al recorrer esas páginas que trazó su mano, y donde aparecen *Morelos, Hidalgo*, *Allende*, *Bravo* ó *Aldama,* hablando el idioma perdido de los *insurgentes*?

No son la extrema elegancia y el musical deleite los que distinguen sin embargo, á este poeta en sus rimas. Sobrándole inspiración, carece del refinamiento artístico que han alcanzado poetas modernos muy inferiores á él. Representante de una generación

literaria muy atrasada, si se compara con la presente, ante la cual se impone todavía Prieto por la majestad del talento, no ha llegado á depurar su gusto de una manera que satisfaga á los severos críticos de la forma.

Negar la ley del progreso es majadería, y en el arte de hacer versos algo se ha progresado de cincuenta años acá, no teniendo aún en cuenta el desarrollo de muchas ideas nuevas que imprimen tan especial carácter á la poesía de nuestros tiempos. La musa lírica de Prieto no ha mejorado gran cosa desde 1840 á la fecha, y si es verdad que campean en muchas de sus composiciones la originalidad y belleza de los conceptos, siempre resultan esas composiciones de un corte antiguo, brumosas, poco á propósito para cautivar á los que hoy buscan la diafanidad del verso como condición primera en toda clase de poesías. Llámese frivolidad ó como se quiera á esta exigencia, ella responde á un movimiento general que se opera en las bellas artes: al culto exagerado de la forma que á veces degenera en extravagancia, opuesto polo del desaliño.

Despreciando como antiguo simplemente el ayer, háse vuelto no obstante, á la sencillez artística de una antigüedad más remota. ¿Qué otra cosa es la inspiración que grandes talentos de hoy buscan en los modelos de Grecia y Roma? Se desdeña á *Arolas*, por viejo, y se imita á *Lucano*, que le lleva hacia atrás la miseria de veinte siglos. No tiene, pues, nada de extraño, que Prieto, consecuente con el gusto que predominaba en su juventud agrade menos que cuando se remonta á la antigüedad en pasajes tan bellos cual este:

Cómo en las quiebras que formó la lava,
las palmas nacen y las *milpas* crecen!
Cómo do triste el arenal dormía,
los ganados alegres se solazan
junto de los rosales que florecen!
Cómo al pie del ingrato lomerío
gira, dulces rumores esparciendo,
en su ancho cauce el cristalino río!
Y cómo los garzones y las bellas
corren á ver, saltando entre los surcos,
de la diáfana fuente los cristales
bullendo alegres, copos engendrando
de blanquísima espuma
que salpica á los verdes carrizales...

Diríase que estos versos fueron escritos por Virgilio, tal es su naturalidad primitiva, su sabor enteramente clásico. Y estoy seguro de que Prieto protestará contra mí y contra todos lo que otro tanto le repitiesen. Él no quiere ser clásico, ni romántico, ni realista: sólo en ser *mexicano* tiene su penacho este viejo sublime que ha cantado en todos los tonos desde su niñez, obedeciendo á un instinto que llamaré nacional, más poderoso que cualquier influjo de escuela, y sin fijarse en detalles que ha considerado y sigue considerando nimios en el ardor de su febricitante naturaleza. Así, pues, caminando á capricho por sendas distintas, sin sujeción á determinada regla escolástica, es como ha conseguido el puesto que nadie le disputa, de poeta mexicano por excelencia.

Sus tareas literarias de muchos años y que reunidas pueden llenar gruesos volúmenes, darían al investigador más conocimientos positivos sobre la vida de México, que muchas historias donde no existen la variedad fototípica, el interés dramático que se nota en los versos y artículos innumerables con

que ha enriquecido Prieto la patria literatura en el curso de medio siglo.

La musa callejera testifica mi aserto. En esa colección se registrán los principales tipos de México. *Fidel*—este es el seudónimo con que se le conoce por el pueblo,—ha vacíado allí, en bronce, figuras cuyo original desaparecerá con el tiempo para mayor gloria del artista que les conserva en su obra imperecedera. No hay exageración al decir que la pluma hace más que el pincel ó que el buril en este caso, porque se trata de tipos populares que hablan un idioma especial, que riñen y se divierten, que se enamoran y se acuchillan, que lucen trajes propios muy bien descritos, y se mueven á compás del verso, con naturalidad sorprendente.

Copio al acaso un romancillo que da perfecta idea del estilo y alcances de *Fidel*, en este difícil ramo de la literatura en que muchos, sin su talento, desmerecen por lo triviales ó se pierden al contrario, por lo difusos:

Nuestro barrio está de holgorio,
repican en la parroquia;

de tiros largos el cura
va acompañando á la novia
de velo blanco y de traje
hecho á la última moda,
calzado de blanca seda
y de jazmines corona.
Con su pañuelo en la mano,
con su abanico de concha,
— la Virgen parece, dicen
vejetes y cotorronas.
Sale la gente de misa,
los muchachos se alborotan,
las *gatas* y las *lechuzas*
á los zaguanes se asoman,
los tenderos á sus puertas
y á sus balcones las pollas...
— Qué piesecito ! qué rostro !
Avísenme si es la aurora,
y si son sus dientes perlas,
y sus mejillas son rosas...
— Qué lástima de muchacha !
Qué bruta doña Simona
que se la dió al viejo verde
que viene como de escolta !
— ¡ Ay ! mi vida, están los tiempos
para asegurar la torta,
y *asegún* los bodegones
son, doña Tecla, las moscas...
— Tan muchacha y ese viejo...
Mírelo, parece escoba...
Mire qué piernas abiertas...
— Huy ! los gatos usan botas.

— ¿Cuándo será San Cornelio
mártir? se preguntan otras.
— Hoy es la Semana Santa,
¿cuándo el sábado de gloria?
— Y no conoces al Judas?
Lindo chico, — dicen otras,
tan fino, pero sin blanca,
tan tierno, pero en la inopia.
Y el novio pasa orgulloso;
ancho busto, chicas corvas,
el *sorbete* en la mollera
haciéndole mil maromas;
un levitón como funda
y sus colosales botas
boludas como almofreces
y como balijas, toscas.
Va con sus chochos amigos,
con sus amigas cotorras;
unos como *chupamirtos*,
como botijas las otras.
Cuando pasa se sonríen
todos con maligna sorna,
y auguran para el futuro
muchas divertidas cosas...

Entre tanto, un *leperillo*,
triste se pone la mona
en un apartado barrio
llorando lágrimas gordas.
— Pero, — le dice un amigo:
No llores, fuéra congojas;
los hombres simpre valemos,

y de mujeres hay sobra...
Ella misma... bebe un trago,
valedor, y punto en boca!

En este cuadrito, en esta sucesión de caricaturas, se desarrolla un drama completo. La novia joven, el marido viejo y el desairado amante escuchando en medio de su tristeza insinuaciones malignas, dicen más en el romance de Prieto que cualquier largo comentario sobre cierta clase de matrimonios. Vélase un final que nada tiene de alegre para el marido, con esta sola frase intencionadísima del amigote de Judas:

Ella misma... bebe un trago,
valedor, y punto en boca!

...¿No es así cómo debe tratarse en verso, la miseria de un viejo chocho y el fatal ayuntamiento de un mozo y de una moza que se han querido?...

Guillermo Prieto ha formado escuela en su patria y no es aventurado decir que principia con él una era de positivo adelanto para la poesía de México. Los romances de costum-

bres como los narrativos heroicos de este poeta, han impreso determinado rumbo á no pocas inteligencias que cultivan hoy ambos géneros, con ventaja, desde Yucatán hasta California. Horizontes nuevos se han abierto á la literatura de México con sólo la explotación de su historia y de sus costumbres, y en esta explotación hay que señalar á Prieto como el más grande, como el más decidido de los obreros.

Al visitar Roma, paso ninguno habría dado yo por conocer á León XIII; pero estando en México, era imposible no dirigirme en busca de Prieto, ese otro anciano que sin revestir pontificales insignias, hablaba á mi corazón desde lejos. Para ver al Papa era necesario, además, mendigar la entrada del *Vaticano* y agacharse delante de cien monseñores muy afeitados que juzgan inmenso el honor concedido á un simple mortal con besar á León XIII la zapatilla.

Resolví, pues, á fines de junio de 1892, presentarme en casa de Prieto, acompañado de dos cariñosos amigos míos que para el caso se me ofrecieron: eran estos Don Antonio de

la Peña y Reyes, brillante periodista redactor de *El Nacional* de México, y Don Enrique Fernández Granados, poeta muy distinguido, de quien debo ocuparme más adelante. Tomamos al efecto un tranvía de los que conducen á Tacubaya, población veraniega donde reside Prieto con su familia. Era un domingo, lo recuerdo muy bien, y al atravesar la campiña que es notable por su frescura y belleza, pude admirar á mi izquierda el *Ajusco*, y á mi derecha, las nevadas cumbres del *Popocatepetl* é *Ixtazihuatl*, sin una nube que las velase, perfilándose en el azul del cielo con claridad nunca vista.

Soplaba, sin embargo, un vientecillo Norte que á poco trajo una lluvia torrencial sobre la campiña; lluvia que nos acompañó hasta la casa del *Romancero*. En el trayecto, mis dos amigos, á los que se unió Don Enrique Santibáñez, otro redactor de *El Nacional*, me refirieron los detalles de la coronación de Prieto en 1890, á la que habían asistido ellos como casi todos los hombres de pluma en México, llevados por la veneración patriarcal que inspira aquel histórico soldado de las

letras, sobreviviente de cien catástrofes.

Precedió á esta coronación un concurso abierto por no sé qué diario, respecto á *quién era el poeta más popular de México*. La mayoría de seis mil votos en la República favoreció á don Guillermo Prieto, que tuvo como accesitarios á Díaz Mirón y Juan de Dios Peza. El sentimiento público señaló entonces la coronación del bardo como consecuencia del voto de la mayoría, y una fiesta sin precedente en la historia de ese país, se realizó al poco tiempo. La prensa, los colegios, los círculos literarios, las sociedades patrióticas y del ejército con otras muchas corporaciones, contribuyeron al esplendor de esta fiesta; y para que nada faltase, el pueblo, después de la ceremonia oficial y á los gritos de *viva Fidel!* arrebató al anciano del grupo de hombres distinguidos entre quienes marchaba, para llevarlo en hombros hasta la Plaza de Armas, donde recibió la ovación más completa de que guarda memoria poeta alguno sobre la tierra.

Mi amigo y acompañante, don Antonio de la Peña y Reyes, fué precisamente el desig-

nado para poner en las sienes de Prieto la valiosa corona de oro y plata que le ofrendó la prensa en esa ocasión. Obtuvo este encargo *Peñita* — como siguen llamándole sus colegas, — á título de ser el más joven representante del periodismo.

Hermoso contraste el que ofrecieron sin duda, estos dos seres en el acto de la coronación! La ancianidad gloriosa, doblada al peso de la emoción y de los recuerdos, y la juventud pensadora, erguida por la emulación y por la esperanza...

Al atravesar el carro en que nos dirigíamos á Tacubaya, los linderos de *Chapultepec,* se presentó á mi vista el hermoso castillo de ese nombre, dominando el valle de México desde la cumbre en que se cimenta, como una de esas grandes mansiones señoriales de la *Edad Media,* que no conocemos los americanos sino en pintura. Esta posición es magnífica. Circunda al castillo un bosque de colosales *ahuehuetes,* contemporáneos algunos del emperador azteca *Chimalpopoca.* La descripción de un lugar tan bello pertenece á la fábula, y nada conozco en mis viajes en

territorios americanos, que sea más digno de admiración, por su salvaje hermosura y el sorprendente contraste que ofrece con las manifestaciones de progreso que le rodean.

Días antes, había acudido yo á una fiesta que en ese bosque, semejante á un santuario druídico, se efectúa todos los años, en conmemoración de la batalla que sostuvieron contra el ejército *yankee,* los alumnos de la Escuela Militar de *Chapultepec.* Por primera vez escuché allí á Guillermo Prieto, á cierta distancia y entre la multitud que invadía el bosque, atraída desde lejos por redobladas salvas de artillería. El veterano poeta saludaba en esa ocasión *á sus hijos,*—como llama á los actuales cadetes que habitan el castillo, —recitando algunas estrofas conmovedoras. Recuerdo que alentaba á los nuevos alumnos de la Escuela Militar de *Chapultepec* con el ejemplo de aquellos otros muchachos que sucumbieron como héroes bajo la metralla del General Scott en 1847, y que al concluir, los actuales cadetes abrazaron al anciano con muestras del más vivo enternecimiento. Después de esta escena, resolví no dilatar la

visita que desde mi llegada á México quise hacer al *Romancero;* y he allí explicada la satisfacción que experimentaba al dirigirme á Tacubaya en esos momentos, buscando al mismo orador casi á través de los mismos árboles.

Dejamos á pocos minutos el tranvía, y mal defendidos de la lluvia con los paraguas, encharcándonos los pies por callejuelas angostas, dimos al fin con un edificio de muy modesta apariencia en que se leía sobre una plancha: *casa del Romancero.* Abriósenos la puerta, y como quisiera reparar en algo el desorden de mis vestidos, se empeñó este ligero diálogo con uno de mis acompañantes:

—No tema Vd. llegar mojado, pues quien menos observará nuestras fachas es don Guillermo.

—Pero ¿y las manchas del lodo?...

—¿Qué le importa eso á él? Á propósito de su despreocupación, deje Vd. que le refiera la siguiente ocurrencia: Subía á perorar al pueblo, don Guillermo, en no sé qué función, y como alguien que estaba á su

lado le sacudiese la levita llena de polvo, interrumpióle con estas significativas palabras: *No hay que acicalarme mucho, porque entonces mis amigos no me conocen!*

Un lindo jardín da entrada á las habitaciones de Prieto, que vive allí seis meses del año, patriarcalmente. En el salón de recibo, bastante espacioso, divisé no menos de mil volúmenes en desorden sobre las mesas y los estantes que corren á lo largo de las paredes. Salió á recibirnos el dueño de casa, que en un momento, con la vivacidad de su carácter, tras de apretarnos la mano, empezó á hablarnos de la revolución en que estaban sus libros, debida á una reciente campaña en contra de la polilla, de su última enfermedad, de la pérdida de un hijo á quien adoraba, y de los cuidados que como á un niño le prodigaba su esposa, modelo de ternura y abnegación.

Del salón grande, pasamos á su escritorio. Sentado junto á una gran ventana, desde la que se divisaba el campo, estudiaba yo con verdadero placer la inteligente fisonomía de Prieto, que no ha perdido con los años su

animación. De ancha frente, menudas facciones, ojos grises y penetrantes bajo las lunas de sus antiparras de miope, la cara del poeta ofrece un conjunto simpático, no excento de malicia por la expresión habitual de unos labios bastante finos.

Alargándome un cigarrillo me dijo en tono afectuoso :

—¿Qué impresión le ha causado México? ¿Encuentra Vd. algo en él que le recuerde á su patria?

Le respondí que México, por lo mismo que se halla tan separado de la agrupación sud-americana, nos inspiraba á los allí nacidos gran interés; que la realidad había superado á la idea que tuve de la cultura y adelanto de la antigua capital Azteca; y que el tipo de los pobladores de México era muy semejante al de los peruanos, así como la afabilidad de su trato, aunque para los mexicanos cabía en justicia, la nota de más enérgicos.

Como leyese en la fisonomía de Prieto cierta extrañeza por una confesión que podía mortificar á mis compatriotas, añadí: que los peruanos eran valientes y que no les faltaba

energía para arrostrar la muerte, sino para imponerse con el trabajo en la lucha diaria de la existencia.

Se enredó después la conversación entre los tertulios, sobre las virtudes y vicios de los países americanos en general, saliendo allí á relucir mil chistosas observaciones de Prieto y no pocas verdades asentadas por su experiencia.

Como en una de las tantas vueltas del diálogo, me expresara de Hernán Cortés con admiración, tuve que batirme en retirada, porque Prieto, Santibáñez y Peña, se me vinieron encima.

Respetando sus fervores patrióticos, no hallé discreto insistir ante mis amigos, en los méritos del conquistador español. Declaré no obstante, que el heroísmo de los aztecas en nada perjudicaba al de los soldados de Cárlos V, y que las crueldades ejercidas por éstos, siempre fueron menores que las de aquellos.

Aquí pude medir el grado de exaltación á que ha llegado en muchos cerebros americanos la idea anti-española, como fruto de la sangrienta lucha que nos valiera la indepen-

dencia. Mis amigos protestaron de que fuesen los aztecas más feroces que los conquistadores europeos. Apunté los bárbaros sacrificios humanos en el altar de *Huitzilopochtli*, y obtuve por respuesta la matanza de Cholula y no sé qué otras más, en las que, realmente, los españoles no tuvieron con sus enemigos misericordia.

Traté en vano de recordar los versos que José Peón y Contreras, uno de los más inspirados bardos de México, dedicó á Hernán Cortés en 1876. La inspiración del mexicano ilustre cabe en estas cuartillas:

¡ Oh patria, que ensalzó mi idolatría!
no tengas por agravio,
que al vencedor de *Anáhuac* cante el labio
que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
nunca patria ni hogar, nunca el profundo
rencor herirles puede, nunca el dolo :
¡ La patria de los héroes es el mundo !
¡ La gloria de Cortés no es gloria sólo
de la noble Castilla ! El cielo quiera
que al resonar mi canto,
y su vuelo al tender sobre las olas
que abrieron paso al pabellón íbero,
desde las verdes playas españolas
su nombre extienda al universo entero !

La inmensa mayoría de los americanos no piensa así por desgracia. Se hace todavía propaganda tenaz en honor de los indios y en contra de sus dominadores. Ese odio irreflexivo que se alimenta contra los hombres que trajeron al Nuevo Mundo la civilización de que disfrutaban, y que aún siendo poca era inmensa con respecto á la americana, no puede llevarnos sino á renegar de nuestra cultura y de nuestra sangre.

Los americanos, producto mixto de las razas conquistada y conquistadora, cometen una inconsecuencia enorme, pronunciándose en favor de la primera y renegando en todos los tonos de la segunda.

Que en los días de la emancipación, para justificarla, echásemos en cara á los españoles cuanta violencia ejercieron contra los primitivos habitantes de América, se comprende; pero, que pasado ese trance y en posesión de la libertad, sigamos maldiciendo á los varones de quien heredamos junto con muchos vicios las muy pocas virtudes que nos distinguen, esto, digo, es una degeneración enfermiza de que, como americano, sinceramente me duelo.

Sigan clamando en buena hora los indios puros contra los brutales españoles de la conquista: mas, nosotros sus vástagos, los blancos, mestizos ó cuarterones redimidos de la barbarie en gracia de la civilización española ¿con qué derecho?

Republicano de corazón, enemigo de cualquier especie de tiranía, no puedo sin embargo, sentir odio y mucho menos desprecio por mis progenitores hispánicos.

Es singular el apego á la civilización indígena americana, en hombres que han recibido una educación enteramente distinta de la de *Atahualpa, Lautaro* y *Xicotencal.* Por mucha sangre india que tengamos entre las venas, dudo, no obstante, que haya un americano deseoso de presentarse en Madrid envuelto en una jerga de colorines, horriblemente tatuado y con plumas en la cabeza.

¿Por qué nos indigna el saber que en Europa se suele considerarnos en pleno siglo XIX como salvajes?

Renegando de España, para ser lógicos, debíamos renunciar á todo lo que nos trajeron los españoles: desde la lengua hasta el

vestido, desde la nominación hasta las creencias.

No se me oculta que nuestros abuelos hispanos fueron en gran parte fanáticos y viciosos, pero, ¿nuestras madres indias tenían alguna virtud sublime que las hiciese dignas de otros señores? Siendo no bondadosos sino justos con los conquistadores de América, preciso es convenir, sin embargo, en que la flecha y la espada, el arcabuz y la honda, se distancian todavía un poco más que el vino tinto y la chicha, que la pereza importada de Andalucía y la clásica suciedad de los indios, que las infamias de la Inquisición y las brutalidades del gentílico sacerdocio.

No puedo perdonar á los americanos, y en especial á los mexicanos, tan esforzados, tan inteligentes y generosos, esa debilidad que consiste en superponer ciegamente lo indíjena y lo criollo á todo lo que nos ha venido de España, como si en ello consistiese el patriotismo y la consagración legal de nuestras repúblicas.

La racionalidad humana debe ahogar ciertos gritos mezquinos que nos arranca el exa-

gerado amor al terruño. Para ser digno miembro de una sociedad, basta cumplir con lo preceptuado en sus estatutos: para ser *hombre*, con la dignidad de tal, en el mundo, es necesario despreciar el peligro, las preocupaciones, hasta la muerte, y hablar con entera independencia á todos los hombres.

Placer inmenso sentía yo en departir con el venerable Guillermo Prieto.

Su mexicanismo exaltado, su misma intransigencia con lo que honradamente cree funesto para su patria en remotos tiempos, encantábame á mí, que lo rebatía en el punto que he tocado antes, sin olvidar los respetos que se merece una alma tan noble.

Muy natural hallaba el amor de Prieto á una nación que se glorifica al contarle como hijo suyo, y repetidas veces dije al poeta, cuánta era la simpatía que experimentaba yo por México, nación que no tiene á juicio mío competidora en Hispano-América, por la grandeza de sus corazones y sus talentos.

Quise oir de los labios del *Romancero*, el episodio aquel de su campaña con Juárez, en que salvó á éste la vida en Guadalajara.

Principiaba á darme gusto en tono tranquilo, á tiempo de que sentimos una detonación ensordecedora, retemblaron los vidrios é iluminóse la habitación en que estábamos casi ya en la penumbra, con un resplandor vivísimo. Pocas veces la nube tempestuosa había descargado con tanta furia sobre las casas de Tacubaya. Los ojos del anciano comenzaron á despedir entonces la electricidad de que estaba impregnada la atmósfera. Animóse en su relación, y con un lenguaje verdaderamente inspirado, pintó aquella escena de la guerra de la *Reforma*, escena que tenía un no sé qué de fantástico brotando al cabo de tantos años y de los labios del actor principal, á la lumbre siniestra de los relámpagos.

—"Descansaba yo,—dijo Prieto,—en el único lecho de nuestra momentánea prisión. Los revolucionarios seguían batiéndose con las pocas tropas fieles que querían nuestra libertad, y Juárez, impasible, departía en el centro del cuarto con varios de los compañeros, oyendo las descargas de cañón y fusil que se sucedían cada vez con menor intermitencia

en la calle. De pronto, una veintena de soldados se precipita en nuestra prisión; colócanse en fila y escúchase la voz de un oficial que grita dominando el estruendo: *preparen!... apunten!...* ¿Quién había dado esta orden de fusilarnos? Un movimiento de sorpresa y de angustia horrible se sucedió entre los prisioneros, que de manera instintiva, cubrieron con sus cuerpos al Presidente de la República. Juárez, sereno, impertubable siempre, abrióse paso entre todos y se colocó de frente á los soldados que ya apuntaban al grupo. Digna, sublime, era su apostura en esos momentos. Ni una palabra dijo y se cruzó de brazos esperando la muerte resignado aunque altivo, con la cabeza más levantada que nunca... Salté yo del lecho sin darme cuenta de lo que hacía y abocándome á los soldados, empecé á hablar y á hablar no sé qué cosas extrañas que me sugería el peligro, pero que eran frases ardientes, llenas de persuación y de patriotismo que caían como un chubasco sobre aquellos pobres hombres, que, subiendo el diapasón de mi voz, iban al par bajando los rifles hasta que, olvidados ente-

ramente de su consigna, dieron una vuelta en redondo y se salieron al patio. Un segundo más de vacilación en mi lengua y Juárez es allí sacrificado con todo su ministerio. La orden inconsulta de fusilarnos, no tardó en rectificarse por Landa, el jefe revolucionario que la impartiera. Poco después, el mismo Landa, penetró con varios jefes sublevados á la prisión para darnos desde ese instante seguridad sobre nuestra vida"...

El episodio anterior, fué escuchado con recogimiento por todos los circunstantes, y declaro que sentí hervir mi sangre recordando esa epopeya grandiosa de México que comienza con la abdicación del honrado pero débil general Comonfort y acaba muchos años después, con el fusilamiento de Maximiliano de Apsburgo.

Americanos celosos de la dignidad del Continente en que habéis nacido: leed una y cien veces la historia de México y la *Reforma*. Extasiaos en el carácter de Juárez; rendid un tributo de admiración á sus compañeros. La gloria de esos hombres refleja en todos vosotros, como hijos de una sola y grande familia.

Nunca los derechos de un pueblo libre fueron más vilmente hollados por las mercenarias legiones del Viejo Mundo: nunca fueron, tampoco, mejor reconquistados esos derechos por la valiente raza de América.

Cincuenta mil soldados de Napoleón III, vencedores en Rusia y Africa, otros tantos austriacos, belgas y mexicanos fanáticos, cedieron al peso de la indignación de los liberales obedientes á Juárez, desde el heroico sitio de Puebla hasta el ejemplar castigo de los imperialistas en el cerro famoso de *Las Campanas*. Y si esfuerzos tan inauditos que no borra la acción del tiempo, encuentran eco profundo en el corazón de todos los americanos, estad seguros de que jamás un enemigo de nuestra raza, por grande y civilizado que sea, logrará limitar el desarrollo penoso y lento, pero al mismo tiempo formidable de nuestra vida.

Debo ya cerrar este capítulo, y no lo haré sin reproducir en honor de Guillermo Prieto, la composición que le dedica Antonio Rivera G, discípulo suyo, y uno de los mozos de más levantado espíritu que hallé en México.

Musa ven! Pon en mi canto
la fuerza y el sentimiento;
conmueve mi sér; agita,
hasta quemarme, ese fuego
que á veces relampaguea
sobre las alas del verso:
Hazme digno de que ensalce
el nombre de nuestro Homero;
y en tanto mi lira suena
con sus mejores acentos,
derrama á sus pies las flores
más ricas de nuestro suelo!

¡Paso al triunfador sublime!
¡Paso al prodigioso Anteo!
¡La majestad representa
de los que Patria nos dieron!
¡Es el cantor de sus glorias;
tiene el prestigio del genio;
salvó la existencia á Juárez,
el semi-dios de los buenos!

¿No escucháis vagos rumores?
¿No percibís dulces ecos?
¡Son las voces de la Patria
y los cantares del pueblo!
Hablan de amor, de infortunios,
de victorias y de anhelos;
y en bronce y mármol grabados,
no morirán: ¡son eternos!
En el alma del artista
puso Dios celeste fuego;

brotó la luz... y nos quedan
los Cantos del *Romancero !*

. . . .

Y avanza... adorable anciano,
si vacilante, sereno !
¿ Á donde va ? Dios le llama !
¡ Se pierde ya en el misterio...!
¡ Mirad cuán hermoso brilla
el sol que se está poniendo !

IV

Buscando simplemente la genialidad de los poetas de México, y no proponiéndome un estudio metódico sobre todos los hijos de ese país que derecho tienen á la admiración por los versos que han producido, iré citando tan sólo, á los que me han impresionado de una manera particular, ó á los que aparte de mi amistoso recuerdo, se merecen como Don Guillermo Prieto una noticia algo detallada sobre su vida y sus producciones.

Defectuoso y muy incompleto será mi trabajo; pero, ya lo repito: él no tiende sino á desarrollar el interés que se ha despertado entre los sud-americanos por los poetas del Norte. Culpa será de mi pobreza intelectual

no acertar en este libro con la forma expositiva más adecuada. Excúsenme, sin embargo, la utilidad y buena fe del propósito.

Á los apuntes generales sobre varios poetas de México, fuerza es que agregue, de cuando en cuando, algunas consideraciones que pueden parecer extrañas al asunto literario en cuestión, como acaba de sucederme con Prieto; y de ello pido también excusa, porque no de otra manera lograré fijar ciertos rasgos característicos de tal ó cual hombre de letras, que necesita ser estudiado sin prescindencia del medio ambiente en que vive ó en el que ha desarrollado sus facultades.

Hecha esta aclaración, continuaré mi tarea evocando la memoria del *Nigromante*, Ignacio Ramírez, contemporáneo de Prieto y uno de los bardos que por distinto rumbo han contribuído más á la emancipación intelectual de México.

Sus versos, sobrios, rotundos, de una filosofía estoica, no se parecen á los de ningún poeta de América. Tienen algunos de ellos ese sabor amargo propio de los frutos del

árbol de la ciencia que cultivara el sabio Ramírez. Para gustarlos, hay que elevarse hasta la altura del hombre que les dió vida. Una alma frívola, difícilmente gozará con el superior desdén, con la majestad casi augusta de las siguientes estrofas de su composición *Por los desgraciados*:

Indigno es de sufrir el navegante
que tiembla cuando ruge la tormenta
y se esconde del rayo resonante;

Indigno es de la lid quien se amedrenta
cuando en el campo se desata el fuego
que de los más audaces se alimenta.

Mi madre es la desgracia; pero niego
mi parentesco con aquel cobarde
que agota, si padece, lloro y ruego.

Debemos de dormir temprano ó tarde,
y entre tanto, es placer, es una gloria
de una alma desdeñosa hacer alarde.

. . . .

Dichoso quien su loco devaneo
alcanza á prolongar! Con sus dolores
luchar eternamente á muchos veo!

Para ellos siempre espinas, nunca flores
produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?
en sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura,
do su ambición pavonearse espera,
y oyen crugir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera
les promete; y desátanse los ríos,
y la cosecha al mar corre ligera...

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?
Yo no me atrevo á contemplar sus males
por temor de llorar también los míos...

. . . .

Hay parentesco, si bien lejano, entre Ramírez y Fray Luis de León, por la índole de estos versos. No es fingida como en tantos otros, la serenidad de espíritu que se refleja en los tercetos del *Nigromante,* y es por eso que el mexicano está á la altura del español celebérrimo.

Los apóstrofes de Ramírez tienen sin embargo más energía, mayor vehemencia, hijas no de la pasión sublevada sino de su temperamento de antiguo luchador en reposo. Así, cuando dice:

Mi madre es la desgracia; pero niego
mi parentesco con aquel cobarde
que agota si padece, lloro y ruego,

recuerda las batallas en que estuvo empeñado, y fulmina un rayo contra los que tiemblan con el temor desconocido para él, varón fuerte en la extensión de la palabra y que no pasó la vida como Fray Luis, encerrado en un convento, sino en los abiertos campos de la enseñanza, de la magistratura, de la guerra y de la política.

¡ Qué gran figura es la del mexicano Ramírez !

Don Hilarión Frías y Soto notable escritor, se expresa así en una biografía que hace del *Nigromante*, su compatriota :

"Vencido Miramón en *Calpulálpam*, el gobierno de la dictadura desapareció para jamás volver, y Juárez entró á la capital restableciendo el gobierno republicano.

"El primer ministerio que se organizó fué constituído con los elementos predominantes de la revolución reformista, y las personas que lo formaron representaban al partido exaltado en su más pura expresión.

"Zarco, Prieto, González Ortega, y Ramírez, fueron los encargados de desempeñar las cuatro secretarías de que se componía

entonces el consejo del Ejecutivo: tocóle á Ramírez la de Justicia, que además de los ramos de Instrucción pública y Cultos, tenía anexo el de Fomento.

"Ramírez pudo entonces plantear y desarrollar el sistema reformista, tal como él lo concebía y como lo había prometido la Revolución.

"Ejecutó la ley de cinco de Febrero de 1861, exclaustrando á las monjas y disolviendo las comunidades de frailes, independizó la Iglesia del Estado y suprimió el culto público; reformó la ley de hipotecas y juzgados; declaró libre el mutuo usurario, quitando al interés del capital el tipo canónico; prohibió que los sacerdotes de los cultos religiosos usaran públicamente sus trajes; reformó y mejoró el plan general de estudios; decretó la formación de la *Gran Biblioteca Nacional* y acopió los materiales necesarios para ella, salvando una gran parte de las obras que existían secuestradas en las bibliotecas de los conventos; dotó espléndidamente los gabinetes del *Colegio de Minería*; salvó los cuadros originales que había en los conventos, formando

una galería especial; mejoró el personal de profesores de la *Academia Nacional de San Carlos;* activó los trabajos de los ferrocarriles de Veracruz y Chalco y arregló las diferencias que se suscitaron con los Estados que intentaron tomar para sí los bienes de manos muertas, ubicados en sus respectivas demarcaciones.

"Después de haber realizado aquellos gigantescos trabajos que requerían un hombre de bronce, Ramírez salió del ministerio con los que le habían ayudado á consumar la *Reforma*.

"Y bajó del poder, odiado por la mayoría fanática del país y censurado por los liberales tímidos, por los que creen con *Lamartine,* que es compatible la libertad con el catolicismo, y por los que se espantan con ese cataclismo social que producen las instituciones viejas al derrumbarse.

"Ramírez y sus compañeros de aquella obra magna, se retiraron pobres á su hogar, después de haber tenido en sus manos los veintiocho millones de pesos que desamortizó la Federación..."

Menos importante como poeta que como hombre de ciencia y como político, alcanza aún, títulos suficientes para ser considerado entre los primeros que pulsaron la lira con honor de la patria literatura.

Sus poesías no son muy abundantes, pero tienen todas ellas gran mérito desde el punto de vista ideológico. Pocos habrán manejado el terceto con igual maestría en los temas que se ha propuesto, tan serios y tan profundos. La composición copiada ya, *Por los desgraciados*, con ser tan buena, no es superior á otra, *Por los muertos*, en que hace su profesión de fe Ramírez, ante el sepulcro, terminando de esta manera:

Cárcel es y no vida, la que encierra
privaciones, lamentos y dolores.
Ido el placer, la muerte, á quién aterra?

Madre naturaleza, ya no hay flores
por do mi paso vacilante avanza...
Nací sin esperanza ni temores;
vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

Sublime conformidad, digna de un sabio, incrédulo, panteista!

Cualquier pobre diablo que vivió sin haber hecho bien positivo alguno sobre la tierra, muere encomendándose á Dios y á todos los santos del cielo. Ramírez, el hombre puro, el abnegado maestro que vivió para la libertad y el bien de sus semejantes, se acuesta en la tumba con una sonrisa despreciativa en los labios.

La plegaria de otros, es en él fácil resignación á perderse en el laboratorio común de la Naturaleza. No aguarda al morir ni castigo ni premio, porque se burla de los buenos y de los malos en *sus esperanzas* y *sus temores*...

Él practicó virtudes sin violentarse. ¿Qué mérito reconoce en ello el filósofo? De haber cometido crímenes sería tan responsable, según sus propias teorías, como de haber nacido indio en un pueblo de Guanajuato ó de tener los ojos negros y la cutis amarillenta.

Ignacio Ramírez es padre intelectual de Manuel Acuña.

La influeneia del viejo ateo se siente en los versos del jóven estudiante de medicina. Algo de su frío método de observación preside en

las más famosas composiciones del hijo de Coahuila.

El gran Acuña, lo mismo que infinitos discípulos de Ramírez, conformaron sus obras en el molde panteista de su maestro.

La nueva generación mexicana debe al *Nigromante*, muchísimo de lo que constituye su nacional escuela. Esa juventud liberal, patriota, enteramente despreocupada que forma, sin exageración, las nueve décimas partes del elemento del porvenir, ama la ciencia, las bellas artes y en especial la literatura más adelantada del siglo, porque profesores de la talla de Ramírez, años atrás, difundieron desde la cátedra los principios de la civilización moderna y combatieron el error con todas sus fuerzas, hasta lograr un triunfo que por su duración y sus resultados no tiene igual en sección ninguna de América.

Inspirándome en estas mismas ideas decía yo en una correspondencia dirigida al *Comercio* de Lima desde la capital Azteca, allá por el mes de Agosto de 1892:

—*La Reforma* es en México algo como la resurrección de Lázaro. La intrusión de Ma-

ximiliano de Austria y las calamidades que se siguieron á la expropiación de los bienes de la Iglesia y cumplimiento de las leyes liberales de aquella época, fueron ahogadas por la misma diestra de Juárez, en *Querétaro*, lugar de expiación para algunos ciegos dementes que acompañaron hasta allí al no menos demente vástago de la casa de Auspburgo. Desde esa fecha comienza la felicidad de este gran país, y el pueblo así lo reconoce, yendo todos los años á depositar coronas en la tumba de Juárez, su segundo libertador y primer caudillo en el orden de las ideas.

El florecimiento literario de México, no bien apreciado por sus propios hijos y de que son victoriosa muestra poetas de la talla de Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Juan de Dios Peza, Manuel José Othón y otros jóvenes más, se debe entre muchas ventajas políticas y económicas, á las saludables leyes de la *Reforma*.

Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio Manuel Altamirano, Vicente Riva Palacio, colaboradores de Juárez y maestros de la actual juventud, nada habrían podido hacer

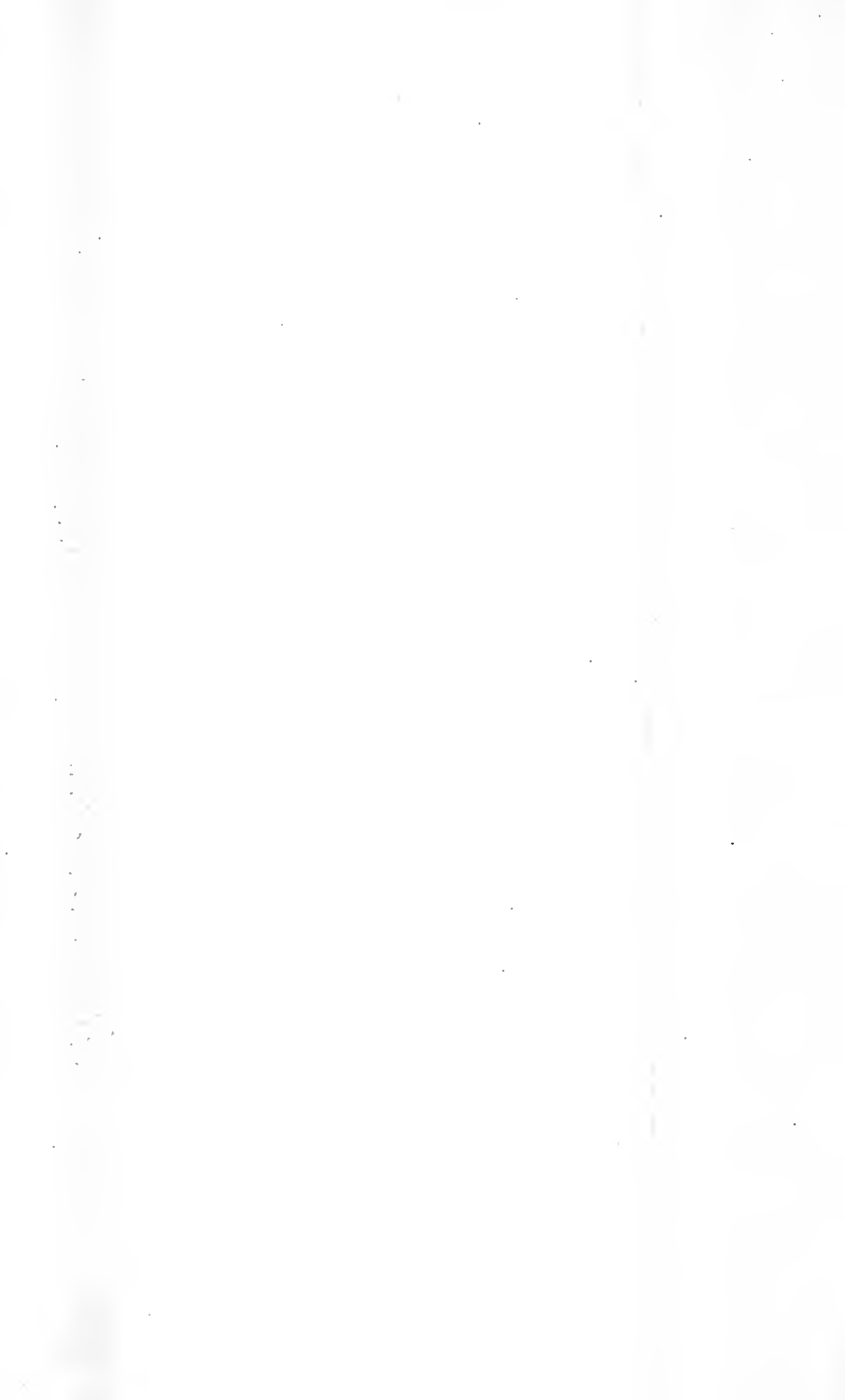
sin el triunfo político é ideológico de 1857. Perseguidos ó exterminados por la guadaña del fanatismo, no habrían tampoco esparcido con otros hombres ilustres, la simiente generadora que hoy da sus frutos en tantas nuevas y poderosas inteligencias.

Á no cumplirse las leyes de la *Reforma*, á enseñorearse del poder la teocracia batalladora, apenas brillarían hoy en México algunos talentos privilegiados, con muy mediano esplendor, entre los cirios consagrados á la *Virgen de Guadalupe*. Los ingenios rebeldes, amantes de la libertad, que son aquí los más numerosos, maldecirían en vez de entonar himnos, ó no hallarían, quizá, el lenguaje que hoy acostumbran, medio asfixiados por el humazo de las lámparas y el sahumerio.

Los pueblos que arden en la guerra civil ó que gimen bajo la opresión de un partido fanático, intransigente, no ofrecen el armonioso conjunto de bardos y pensadores que ofrece México.

Cuéntanse en la capital y estados federales, innúmeros escritores que, con más ó menos ventaja son conocidos, y que deben

al diario trabajo su subsistencia. Todos, con rarísimas excepciones, son liberales rojos de escuela y mantenedores ardientes de los principios de la *Reforma,* en el periódico, en el libro y en la tribuna...



V

. . . .

La noche viene tibia ; se cuelga ya brillando
la blanca luna, en medio de un cielo de záfir,
y todo allá en los bosques se encoge y va callando,
y todo en tus riberas empieza ya á dormir.

Entonces, en tu lecho de arena, aletargado,
cubriéndote las palmas con lúgubre capuz,
también te vas durmiendo, apenas alumbrado
del astro de la noche por la argentada luz.

Y así resbalas, muelle; ni turban tu reposo
del remo de las barcas el tímido rumor,
ni el repentino brinco del pez que huye medroso
en busca de las peñas que esquiva el pescador.

Ni el silbo de los grillos que se alza en los esteros,
ni el ronco que á los aires los caracoles dan,
ni el *huaco* vigilante que en gritos lastimeros
inquieta entre los juncos el sueño del caimán.

. . . .

Es Ignacio Manuel Altamirano el autor de esta poesía.

Venga acá el viajero que se pica de artista, ó el que, sin serlo, al menos, goza con los cuadros vivos de la naturaleza, y diga si la composición anterior no es una reproducción exacta de lo que ha visto á su paso entre las marañas del bosque y á la margen de un río en el crepúsculo vespertino.

Altamirano es allí tan verdadero pintor, que nadie, por ignorante que sea, le confundirá con un copista de segunda mano.

Los ramplones poetas cuyo furor descriptivo se desarrolla á expensas de la lectura de otros autores, no alcanzarán jamás la sencillez y verdad que respiran esos renglones, trazados por un hijo de la selva que describe el *Atoyac*, su río nativo, como pocos americanos saben describir con la pluma los objetos que ven y palpan.

¿Dónde está el artificio de esta composición? ¿Á qué poeta antiguo ó moderno ha imitado el autor?

Productos así, tan espontáneos del numen, aparte de su belleza, marcan un progreso

sensible en el arte americano, tal como le desean los que no se resignan á imitaciones más ó menos felices de lo que se escribe allende el Atlántico.

> Ni el repentino brinco del pez que huye medroso
> en busca de las peñas que esquiva el pescador...

Estos versos son de un mérito imponderable. Cuánta naturalidad y cuánta novedad al mismo tiempo, en la manera de presentarnos este vulgarísimo accidente sobre la superficie de un río!

¿Y el silbo agudo de los *grillos* y el ronco de los *caracoles*, en los esteros, como el grito del *vigilante huaco* que,

> Inquieta entre los juncos el sueño del caimán,

no impresionan hondamente al que conoce los lugares descritos, ú otros semejantes en los agrestes valles del trópico?

Fué Altamirano, hasta su muerte, propagandista ardoroso de la independencia literaria de México, y apuntar es justo en sus obras, determinado estilo y tendencias hacia

la emancipación que en grande escala han continuado ya sus discípulos.

Hasta aquí, con Carpio, Prieto y Ramírez, no he podido hacer respecto á originalidad propiamente dicha, sino un tanteo en la sombra. Mas, con Altamirano, empieza mi tarea á ser comprensible, porque algo proporciona en sus versos este poeta, que es franca evolución literaria, maduro fruto del estudio y del carácter nacional mexicano desarrollado en la contemplación de su naturaleza y el amor á las luchas por la libertad y los ideales filosóficos más avanzados en el décimo nono siglo.

Era muy joven Altamirano cuando escribió su famosa composición *Las abejas.* Hay en ella cierto amaneramiento escolástico, perdonable á un adolecente. En cambio, esos versos anuncian una inteligencia de primer orden, una inspiración fresca, pura como el agua del manantial que baja de la montaña y no ha podido enturbiarse corriendo sobre lecho de pórfido, lamiendo orillas tapizadas de musgo y florecillas silvestres.

El plan de *Las abejas* es de una moral sen-

cilla, y copiaré aquí las estancias finales para que se juzgue al poeta en los primeros pasos de su juventud, cuando nada anunciaba que había de mezclarse él también, en la alborotada vida de los grandes centros sociales.

¿ Ves discurrir, zumbando entre las flores
de este carmen umbroso y escondido,
afanosas buscando las abejas
el néctar delicioso apetecido ?
Mira cual van dejando desdeñosas
de su brillo apesar y su hermosura,
las flores venenosas.
Ellas buscan quizá, las más humildes,
las que ocultas tal vez en la espesura,
de las agrestes breñas,
apenas se distinguen, ó en la obscura
grieta se esconden de las rudas peñas.
Ellas no creen que al ostentarse ufanas
aquellas que parecen
con mayor altivez y más colores,
sean también las que ofrecen
los nectarios mejores.

Tú, imita ese modelo,
pobre insecto, es verdad, pero dotado
por el próvido cielo
de un instinto sagaz y delicado ;
y en el jardín del mundo,
si el néctar de la dicha libar quieres
para endulzar las penas de la vida,

deja la flor pomposa, envanecida,
que á la virtud en su soberbia insulta.
busca á la que se oculta
viviendo entre las sombras recogida.

Una infame y perjura cortesana
tu corazón sedujo; tú la amaste
y alimentando esa pasión insana,
tu puro corazón envenenaste.
Olvídala, y que presto,
ya despertando de tu error funesto,
puedas hallar la miel de los amores
de esta montaña en las sencillas flores.

Mirta, la dulce Mirta, la que alegra
nuestras montañas y risueños prados,
la que garbosa con diadema negra
de cabellos rizados
su tersa frente candorosa ciñe,
que el alba pura con sus lampos tiñe;
la de los grandes y rasgados ojos,
la de los frescos labios purpurinos
que ríen, mostrando deslumbrantes perlas;
la de turgentes hombros y divinos
que la Venus de Gnido envidiaría,
mírala: ¿no enloquece tu alma, joven,
como hace tiempo enloqueció la mía?
¿La faz de tu perjura es comparable,
y su pálida tez marchita y fría
do la salud y la color simula
comprado afeite, con la faz rosada
de esta virgen del bosque,
do la sangre purísima circula

con el calor y el aire de los campos,
y con la grata esencia
que en su redor esparce la inocencia ?

Dime ¿ á apagar su fuego esa mirada
con el ansioso labio no provoca ?
¿ Quién al verla riendo, no querría
libar la miel de su encendida boca ?
¿ Quién no deseara con delirio ciego
estrecharla en sus brazos un instante ?
¿ Dónde buscar de amor el sacro fuego
sino en su blanco seno palpitante ?
¿ Y dónde hallar la dicha que asegura
su fe constante y pura ?

Estas humildes flores busca ansioso,
abeja del amor, y no te cuida
de los torpes placeres
que te ofrece la corte corrompida,
si el néctar de la dicha libar quieres
para endulzar las penas de la vida.

Escribir así á los veinte años, cuando no se tiene idea clara del arte, es un triunfo. La severa crítica de hoy encontraría en *Las abejas*, algunos ripios y voces que pertenecen al léxico diluviano romántico, y que emplean todavía no pocos rezagados poetas en la actualidad; pero, esa misma crítica que no perdona ya *el alba pura*, *los rasgados ojos, los purpuri-*

nos labios, las deslumbrantes perlas y otras vejeces que asoman en la anterior composición, tendría sí, que confesar al juzgarla imparcialmente, que en su conjunto es muy bella y que puede compararse con las valiosas joyas del arte griego.

Después de *Las abejas*, la fantasía de Altamirano tomó otro rumbo. No se acomodaba á su genio la escolástica antigua y revélase en *El Atoyac*, como en otras muchas composiciones posteriores á 1860, libérrimo cantor de la naturaleza patria.

Su americanismo fué pasional y no tuvieron en el Norte, los americanos del Sur, propagandista más ardiente de su poesía que Altamirano.

La originalidad del arte en América tuvo en él un campeón infatigable como bien lo recuerdan hoy sus discípulos.

Multitud de composiciones entre las que se recomiendan *Flor del Alba*, *La salida del sol* y *La caída de la tarde*, dan testimonio de la evolución provechosa de este poeta en el sendero que indico.

Los acentos patrióticos de Altamirano no

recuerdan á Quintana, á Gallego, á López García. Júzguesele por estos fragmentos:

Sí, donde quiera en la empeñada lucha
altivo el patrio pabellón ondea:
¿Qué importa que el cobarde abandonando
las filas del honor, corra á humillarse
del déspota á las plantas, tembloroso?
¿Qué importa la miseria? ¿qué, la dura
intemperie y las bárbaras fatigas?
¿Qué, el aspecto terrible del cadalso?
Este combate al miserable aparta
del desamparo; el fuerte no se turba;
sólo el vil con el número bravea.
¡Cuán hermoso es sufrir honrado y libre,
y al cadalso subir del despotismo
por la divina libertad, cuán dulce!

. . . .

¡Oh! yo te adoro Patria desdichada,
y con tu suerte venturosa sueño.
Me destrozan el alma tus dolores,
tu santa indignación mi pecho sufre.
Ya en tu defensa levanté mi acento;
tu atroz ultraje acrecentó mis odios;
hoy mis promesas sellaré con sangre,
que en tus altares consagré mi vida!

Nada de hinchado ni fanfarrón hay en los versos que dejo copiados, pero sí mucho de

varonil y profundamente sincero. Es éste el lenguaje de un héroe,—y Altamirano lo fué,—que rompe en cláusulas donde relampaguea el valor y asoma en sentidas frases la resolución de morir; pero no de morir solamente *en verso*, como pretenden ciertos vates poco animosos ante el peligro.

En apoyo del poeta, venga lo que dice del hombre uno de sus biógrafos:

"Como si la fama no se hubiese hallado satisfecha con haber elevado á Altamirano á tan grande altura, le proporcionó nuevas é imperecederas glorias con la guerra de intervención francesa y del imperio de Maximiliano. Lanzóse á combatir en 1863; en 1866 ganó la acción de Tierra Blanca; tres días después la de los Hornos; en 1867, obligó á los imperialistas á evacuar todas las plazas que ocupaban en los estados del Sur, se apoderó de Cuernavaca, pereciendo en la acción el jefe imperialista; ocupó el Valle de México y llegó á situarse á cuatro leguas de la capital. En marzo del mismo año marchó al sitio de *Querétaro*, distinguiéndose en los más reñidos encuentros, tales como el del Cimata-

rio, en 28 de abril y el de Callejas el 1º de mayo, siendo recomendado por el general en jefe como un héroe... "

El poeta guerrero pinta así la situación de su patria en la guerra de Intervención:

> ¡ Cómo abrigan las águilas francesas
> bajo sus alas que meció la gloria
> y sólo dan su sombra los valientes,
> á esos bandidos que rechaza airada
> doquier la humanidad ! Nunca los bosques
> del áspera Calabria, ni la arena
> del árabe desierto, ni las torvas
> soledades del Norte, que ligero
> cruza el indio feroz, vieran un día
> tantos delitos bárbaros y horribles
> cual cometieran en su infanda lucha
> en mi Patria infeliz, los despiadados
> guerreros de la cruz y de la Iglesia !

Adivínase á Altamirano cuando escribía estos versos, sintiendo cólera. Santa cólera, por cierto, la del patriota mexicano; cólera igual á la que debieron sentir los viejos latinos fulminadores de anatemas contra la tiranía, en tan robustas estancias cual la transcrita.

Pues bien, este hombre á quien los cleri-

cales de entonces han llamado energúmeno, tenía el corazón de un niño. Era la personificación del maestro benévolo, cariñoso. Gutiérrez Nájera, decía de él: "Es un pródigo: da todo lo que tiene. No estudia para sí; estudia para todos. Su inteligencia no es avara, nada guarda. Altamirano es un admirable maniroto que á nadie escatima su talento. Él dijo: *Dejad á los niños que vengan á mí!* y fué dueño de toda una generación! Esos niños fueron hombres; esos hombres son célebres; ¡ y son suyos!"

Yo he podido juzgar, en efecto, cuán grande era la admiración y respeto que se le ha tenido mientras vivió.

El nombre *del maestro Altamirano*, sonaba en mis oídos á cada instante cuando me hallaba en México. No había un solo joven literato de los muchos que tuve allá la fortuna de conocer, que no me hablase de él con verdadero amor, casi con fanatismo.

Es el *Liceo Mexicano* la principal asociación literaria á que tuve acceso en 1892 y á la que me honro todavía en pertenecer. Considero esta sociedad, un templo del arte en que se

venera á las grandes figuras literarias de México,y no exagero al decir que en ese templo, por consentimiento unánime, se ha consagrado á Altamirano el altar mayor.

Los méritos de este hombre no se discuten allí: se le dispensa el culto ciego de los católicos á sus santos. ¿Puede sorprendernos aquello? Altamirano fué un santo de las letras, un espíritu noble, consagrado enteramente á la juventud; un maestro que no omitió jamás sacrificio material ni moral por el más pobre é insignificante de sus discípulos.

Á Luis González Obregón, José P. Rivera, Balbino Dávalos, José María Bustillos, Ángel de Campo, Ezequiel A. Chávez, y tantos otros jóvenes de talento, miembros del *Liceo Mexicano*, que tienen conquistada en su patria una envidiable reputación, oía yo frecuentemente lamentarse de la ausencia del maestro en Europa, por comisión del Gobierno desde el mes de agosto de 1889.

— Si Vd. le tratara — decíanme, — tendría que profesarle el mismo cariño que nosotros le profesamos.

—¿Y cómo no lo he de querer? — contestábales yo, — si para tal extremo es innecesaria la materialidad de estrechar su mano? Le conocí por sus obras á la distancia, y es privilegio de ciertas almas despertar con sus obras la ardiente simpatía del que las lee.

Un hombre que inspira á la mocedad ilustrada y talentosa de México el cariño verdaderamente exaltado que ha sabido inspirar Altamirano, tiene que ser, por fuerza, un cerebro lleno de luz, un corazón todo fuego, todo amor y benevolencia.

Altamirano, indio puro, lo mismo que Ramírez y Juárez, forma con éstos una trinidad gloriosa.

El vigor intelectual y moral de los nativos pobladores de México es digno de notarse, en contraposición á los demás indios que han alentado desde la margen del *San Lorenzo* al archipiélago de los *Chonos*.

Los *pieles rojas* al Norte y los *araucanos* al Sur, mostraron siempre un valor idéntico al de los mexicanos, pero carecieron de un intelecto desarrollado, de esa condición moral que se perpetúa en las razas aún bajo la es-

clavitud, preparando lentamente su engrandecimiento con la adquisición de los elementos civilizadores que le faltaron.

La indomable energía de *araucanos* y *pieles rojas,* más es signo de orgánica estupidez que de simple salvajismo ó inconsiderado amor á la libertad.

El hombre enteramente feroz, sólo apto para la lucha, es un sér incompleto y por lo mismo condenado á sucumbir en el campo destinado á la actividad de otras fuerzas. ¿Por qué los leones y las panteras van disminuyendo de día en día? Porque no caben en sociedad con el hombre, ni con los animales domésticos. Y de que hay hombres fieras, responde el acabamiento rápido, rapidísimo, de los que luchan á brazo partido contra la civilización, como sucede con los *araucanos*, los *pieles rojas* y ciertas salvajes tribus del continente africano.

El indio de México, valeroso pero no indomable, se sujetó primero á la civilización azteca y á la española después, porque tenía condiciones de viabilidad que resultan extraordinarias en comparación á las de otros

indios. Inteligente como el que más, lleva en su sangre un principio enérgico que se manifiesta en todos sus actos. Son revelaciones en grande, de este principio, los caracteres de Juárez, de Ramírez y Altamirano.

¿Qué nación americana exhibe siquiera un indio de raza pura, comparable en su respectiva línea á los nombrados anteriormente?

Sin remontarme á *Netzahualcóyotl*, el sabio azteca que maravilló con su ciencia á los españoles, podría citar infinitos nombres de abogados, médicos, literatos, teólogos y militares indios que han conquistado en México una posición elevada con sus esfuerzos.

El Perú, que, después de México, es la república americana que cuenta con mayor número de pobladores indígenas, no puede sostener una competecia digna con su hermana del Norte, por dos razones. Es la primera, el ovejuno carácter de sus autóctonos, y la segunda, el lamentable abandono en que se les mantiene respecto á instrucción y mejoramiento civil.

Es el indio peruano mucho más frío y

apàtico que el de México. No se puede esto atribuir como resultado, al despotismo de España, porque con igual ó mayor fuerza que aquí se sintió allá tal despotismo por tres centurias. Hay algo, pues, de nativo en esa depresión moral del indio peruano.

Cahuide y *Tupac-Amaru* fueron dos héroes; pero ¿es morir con valor la única nota que exhibe una raza como comprobante de sus aptitudes para la vida civilizada de nuestros tiempos?

La organización incaica, muy superior á la azteca en algunos puntos, está anunciando con su mansedumbre histórica, que se trataba más que del gobierno de un pueblo, de la dirección de un rebaño.

Los feroces aztecas, los guerreros infatigables, no podían dictar leyes blandas como las del Perú, porque en México se necesitaba sujetar pueblos que no pagaban tributo á la simple intimación de un monarca, por poderoso que fuese, sino que oponían una resistencia tenaz, horrible, desconocida á los ejércitos conquistadores de *Pachacutec* y *Tupac-Yupanqui.*

Como ilustración particular sobre esta materia, recomiendo la lectura de una obra del licenciado Don Eduardo Ruiz, titulada *Michoacán*. Se refieren allí con gran talento y belleza de estilo, las espantosas luchas mantenidas entre las tribus acampadas á las orillas del lago de *Pátzcuaro*, y la resistencia heroica que todas ellas juntas, formando ya un solo pueblo, opusieron después á la dominación azteca desde el siglo XIII hasta el arribo final de los españoles.

Los indios del Perú que llegan á instruirse, no adquieren por este hecho, superioridad moral apreciable. Lastima verles siempre dispuestos á la servidumbre y aun á la opresión de sus hermanos que se agitan en las tinieblas de la ignorancia.

No faltan entre los indios del Perú algunas *ilustraciones*, pero, ¿y los caracteres? ¿dónde están esos rasgos de la verdadera hombría, esas líneas salientes de la individualidad, por las que muchas veces se reconoce la fisonomía de todo un pueblo?

Un indio como Juárez en el Perú, sería algo inconcebible y que se negarían á reconocer

sus propios hermanos de Ayacucho, del Cuzco, de Junín ó de Cajamarca.

Los indios del Perú forman las cuatro quintas partes de su población. Y otra fuera la suerte de nuestro país, si en tan considerable masa prevalecieran los instintos del mexicano puro; si el contingente de indios ilustrados fuera aquí, como allá, una fuerza latente que vigoriza y colora desde los simples municipios hasta la más alta magistratura.

Las eminencias del valor, del talento y aun de la criminalidad, salen en el Perú de las razas blanca y mestiza. En nuestra raza india no se conocen hasta hoy los ímpetus superiores que apartan enteramente al hombre de la naturaleza del bruto.

Me he propuesto decir la verdad y á cada paso tropezaré con el peligro de fijarla en caracteres de imprenta.

Si es falta de patriotismo confesar ante el mundo lo que constituye, quizá, nuestra mayor desgracia, declaro no ser patriota. Sin embargo, yo perseguiré siempre la reacción de nuestras abatidas fuerzas por medio del

estímulo, de esa corriente magnética que suele obrar prodigios en las naturalezas no refractarias al bien y que yacen tan sólo sepultadas en un temporal adormecimiento.

Ojalá nuestra raza india durmiera sólo, para despertar un día con el ya probado vigor de la mexicana!

VI

El General Don Vicente Riva Palacio, correligionario de Prieto, Ramírez, Altamirano, Ocampo, Zarco, Gutiérrez Zamora, Payno y casi todos los grandes hombres que han ensanchado la vida intelectual de México en la Reforma, es también un poeta notabilísimo.

Pertenece al número de los inmortales, á la fracción escogida que brilla hoy con la luz propia de su talento, y que seguirá brillando mañana en el cielo de *Anáhuac,* con resplandores más vivos en el sentido inverso de la distancia.

Ocupa entre la constelación poética mexicana, un puesto demasiado visible para que le olvide yo en mi trabajo.

Anciano ya, cubierto de gloria y rodeado de materiales comodidades, es quizá uno de los pocos hombres de verdadero mérito, en quien la desgracia no ha querido hundir su garra de tigre, dándole así derecho para ser optimista como lo es en este admirable soneto:

Mienten los que nos dicen que la vida
es la copa dorada y engañosa,
que si de dulce néctar se rebosa,
ponzoña de dolor guarda escondida;

Que es en la juventud senda florida,
y en la vejez, pendiente, que escabrosa
va recorriendo el alma congojosa,
sin fe, sin esperanza y desvalida.

¡Mienten! Si á la virtud sus homenajes
el corazón rindió, con sus querellas
no contesta del tiempo á los ultrajes;

Que tiene la vejez horas tan bellas,
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas.

Riva Palacio, como tantos mexicanos ilustres, ha vigorizado su inteligencia en la lucha y respirado á pulmón abierto el humo sulfuroso de los combates. Vencedor en *Querétaro*,

á la cabeza de doce mil soldados de caballería, tomó prisionero á Maximiliano, y fué entre los generales enemigos del príncipe, uno de los más empeñados en salvarle la vida, con esa generosidad tan propia de los valientes.

Supremos intereses exigieron al tribunal de Maximiliano condenarlo á muerte; y es tiempo de afirmar aquí, haciendo honor á sus jueces, que algunos de ellos sintieron la propia inclinación benévola de Riva Palacio, pero que la ley era terminante, y no se trataba de la existencia de un hombre, sino de la salvación de un principio.

México necesitaba responder á los ultrajes de Europa, con un acto de valor, único, extraordinario, semejante á la pretendida asfixia de sus costumbres republicanas con el cordón del *Imperio*. En el *Cerro de las Campanas*, no se ejercitó venganza contra uno de tantos desgraciados caudillos de nuestra raza, sinó que se castigó á un personaje de sangre real, á uno de esos privilegiados seres que no compurgan sus faltas allá, en Europa, y que á todo se creen autorizados por el derecho divino.

La grandeza de este fusilamiento estriba, pues, en el ningún respeto que á los americanos inspira una monarquía; en la igualdad de la ley puesta en práctica para todos los hombres, cualquiera que haya sido su nacimiento; en la lógica inflexible de Juárez, que no paralizó su acción justiciera y patriótica ni ante el ruego ni ante las amenazas, porque tuvo esa visión firme y clara de lo que había de asegurar para siempre á México el verdadero respeto de las naciones.

Después del fusilamiento de Iturbide, el emperador *nacional*, ¿qué de extraño tenía el fusilamiento de Maximiliano, el emperador *extranjero?*

Si la muerte del primer emperador no bastaba, preciso era que muriese el segundo, para cerrar de una vez el camino de tan extraña ambición en México.

Hay correlación perfecta en estos dos hechos políticos, al parecer aislados, y que no tienen semejanza en la historia del Nuevo Mundo.

Como recuerdo de aquella lucha en que figuró Riva Palacio, y como hermosa mues-

tra también de la poesía nacional mexicana, copiaré un romance del guerrero poeta, titulado *El Chinaco*:

Sobre los robustos lomos
de un poderoso alazán,
que apenas deja la huella
de su ligero trotar,
apuntando la mañana
y camino á Tehuacán,
va Márgaro Peñadura,
el *chinaco* más cabal.

Ancho bordado sombrero,
cubre su morena faz,
y matiza su *sarape*
la bandera nacional.
En el cinto la pistola,
el mosquete en el *carcax*,
bajo la pierna la espada
y en el cinto su puñal.

Busca inquieto entre la bruma
y descubre " á poco más ",
pequeña casa escondida
en las sombras de un palmar,
y dejando su camino
y aguijando su animal,
en un instante el ginete
cerca de la casa está.

Y como si ya impaciente
se cansara de aguardar,

da golpes en la ventana
y muestra luego su faz
una morena que puede
pasar por una beldad,
de esas que hemos visto todos
y nos han hecho soñar,
y que siempre se recuerdan
como visión ideal.

— ¡ Alabo Don Margarito !
¿ Tan temprano por acá ?
— ¿ Te pesa luz de mis ojos ?
pues ya me voy á marchar.
— No me pesa, Dios me libre;
pero dicen que aquí están
los franceses. -- No hay cuidado,
porque yo vengo á explorar.

Tuvimos ayer campaña
y hoy quiere mi capitán
volver á *darle* á los zuavos;
conque adiós. — ¿ Por qué se va ?
estése siquiera un rato,
bájese á desayunar;
ha tres días que no viene...
— Mi linda, otra vez será,
que llegan los compañeros
y voy para Tehuacán.

Inclinóse la doncella,
un beso se oyó sonar;
alzó el *chinaco* el embozo,

cobró su empaque marcial,
y se perdió entre la bruma
galopando en su alazán.

En este cuadrito de tan amable sencillez, luce, no obstante, con todo su esplendor el heroísmo popular de México. El poeta nos descubre con arte superior el alma de esos hombres que defendían su suelo patrio; alma grande que desdeña el placer y las caricias frente del enemigo y se conforta con sólo un beso de la mujer amada, por no faltar al cumplimiento de su deber. Es más heroico este hijo del pueblo resistiendo á las tentaciones de la hermosura, que cargando á los zuavos en la serranía de Tehuacán.

Y si nos fijamos en la material pintura del *chinaco* de México, sorpréndenos su semejanza con el *gaucho* de la Argentina. Quien como yo conoce ambos pueblos, encuentra aún más semejanza en la realidad. Tiene Rafael Obligado, el cantor popular austral, iguales notas á la del *chinaco* de Riva Palacio en el septentrión, porque, en efecto, los argentinos y mexicanos del campo no se diferencian gran cosa por su carácter y sus costumbres.

En el cinto la pistola,
el mosquete en el carcax,
bajo la pierna la espada
y en la bota su puñal.

Estos arreos bélicos lo mismo pintan a
hijo de las *pampas* de la América del Sur qu
al de las *tierras templadas* en la del Norte. Cám
biese las voces de *puñal* y *sarape*, por las d
chiripá y *facón*, altérense otros provincialis
mos argentinos y mexicanos, y se obtendr
la copia idéntica en el *chinaco*, del *gaucho*, po
la composición de su sangre y apuesto tipo
su amor á la libertad, coraje en la lucha, des
treza en el manejo del caballo y el lazo, af
ción á la música, y, en general, por todo l
que constituye en el campo sus aventuras.

Riva Palacio era doctor en leyes cuando s
lanzó á la guerra, y vuelto á la paz, no ha de
jado un momento de trabajar con la pluma
Autor de muchísimas tradiciones y cuento
de la época del coloniaje, es, en este particular
el Ricardo Palma de México. Hay en su estil
familiar una gracia exquisita, un encanto es
pecial, que le reconocen todos sus compatrio

tas, aún aquellos en quienes alguna vez extremó su sátira.

El libro de los *Ceros* es, á este respecto, un ejemplar rarísimo. Se burla en él de cierto número de escritores notables, amigos suyos, imitando su propio estilo, pero sin caer jamás en la chocarrería y la inconveniencia.

Difícil y hasta imposible parece guardar las buenas formas de la amistad, haciendo reír á costa de un individuo. Riva Palacio, no obstante, es eximio en este trabajo de cosquillear la piel con una punta de lanza. Adivínase qué mortales heridas podía hacer enterrando un poco el acero; mas, obra de maravilla resulta esa labor sobre las carnes amigas, de las que otro, sin el talento de Riva Palacio, irremisiblemente vertiera sangre.

El libro de los *Ceros* es, pues, antes que todo, un triunfo de ingenio. Se ríe desde el principio hasta el fin á costa de los amigos y compañeros del General literato, y ciérrase el volumen con la impresión de haber conocido unos caballeros muy inteligentes, muy ilustrados y muy seriotes, bailando la tarantela por arte mágica de un diablillo.

Entre las poesías más aplaudidas de Riva Palacio está su soneto *El Escorial.* Fué la primera que leí y se grabó en mi memoria de tanto repetirla á mis camaradas en el colegio.

Resuena en el marmóreo pavimento,
del medroso viajero la pisada,
y repite la bóveda elevada
el gemido tristísimo del viento.

En la Historia se lanza el pensamiento,
vive la vida de la edad pasada,
y se agita en el alma conturbada,
supersticioso y vago sentimiento.

Palpita aquí el recuerdo, que aquí en vano,
contra su propia hiel buscó un abrigo,
esclavo de sí mismo, un soberano

Que la vida cruzó sin un amigo;
águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo.

Dificulto que en el Parnaso Español exista una joya de más valer. Sólo á un gran talento le es dado en catorce renglones pintar á un hombre como Felipe II, de la manera que lo hace Riva Palacio.

Águila que vivió como un gusano,
monarca que murió como un mendigo...

No conozco símiles más apropiados, pinceladas de mayor mérito, tratándose del personaje aquél, rencoroso y malvado, en quien se manifestó el desequilibrio de su abuela *Juana*, á estar con las teorías de los criminalistas modernos, que deducen, generalmente, ciertas malas pasiones de la locura en el abolengo más ó menos remoto.

Riva Palacio, hoy Ministro Plenipotenciario de México en la Corte de España, es objeto allí de grandísimas distinciones. Las eminencias políticas y literarias de ese país se encuentran con un representante americano de los muy pocos que no deben su encumbramiento al favor. Aprécianle en todo lo que vale y se sienten satisfechas de alternar con un hombre que no suple como tantos otros, con la investidura diplomática, la nulidad de su espíritu.

Hay una obra de grandísimo aliento,—*México al través de los siglos,*—en la que Riva Palacio ha trazado el plan y colaborado con los señores Juan de Dios Arias, Alfredo Chavero,

Julio Zárate, José María Vigil y Enrique de Olavarría y Ferrari, hombres todos muy versados en ciencias, artes, literatura é historia. Esta obra monumental, aunque adolezca de algunas faltas, es sin disputa, la mejor que se ha escrito en su género por americanos de habla española. Abarca la historia de México desde la remota edad en que aparecieron los *Otomíes* con otras tribus anteriores á los *Méxica* ó *Nahuatlacas,* allá por el siglo XIII, hasta nuestro días. En ninguna biblioteca de americano estudioso debe faltar esta obra editada con extraordinario lujo y que resume todo lo que la investigación humana ha alcanzado en distintas épocas sobre la vieja patria de Moctezuma *(Motecuhzoma).*

Riva Palacio, el militar, el historiador, el hombre político naturalmente gastado por la edad y la lucha de la existencia, aparece en algunas composiciones escritas en su mayor edad como un poeta de veinte años: tal es la viveza de sus sentimientos, el frescor de sus rimas, y un no sé qué de juvenil en sus acentos que brotan indudablemente del corazón.

Es un recuerdo dulce pero triste,
de mi temprana edad:
Mi madre me llevaba de la mano
por la orilla del mar.

Alzábanse las sombras de la tarde
como pardo cendal,
y á gritar comenzaba en la cañada
el huaco pertinaz.

Cantaban los turpiales en el bosque
con dulce suavidad;
los penachos del mangle caballero
agitaba el terral,

Y de la balsa entre los verdes musgos
acechaba el caimán,
y bajaban los peces á sus nidos
de concha y de coral.

Zumbaban los insectos en el bosque
en su continuo afán,
y en medio á los rumores, dominando
los tumbos de la mar.

Mas, de improviso, atravesando el viento,
escuchóse fugaz
de las campanas de vecina aldea
tañido funeral.

Detúvose mi madre y en silencio
la contemplé rezar,
y de llanto llenáronse sus ojos
y se inmutó su faz.

— ¿ Por qué lloras, mi madre ? la decía
con dulce ingenuidad;
y ella me contestó dándome un beso:
— Es preciso llorar,

Que, con lúgubre toque, las campanas
anunciándome están
que un hombre, como todos, de esta vida
pasó á la eternidad.

— ¿ Y tú te has de morir ? le dije entonces,
¿ tu amor me faltará ?
y ella sin contestar sólo lloraba
y yo lloraba más.

Sobre su seno recliné mi rostro,
y ella con dulce afán
enjugando mis lágrimas decía:
— " ¡ Vamos, ya está, ya está ! "

Pocos años después perdí á mi madre:
No ceso de llorar,
y en sueños la contemplo cada día...
Del cielo viene ya;

Llega, se acerca hasta tocar mi frente
su rostro celestial,
y con acento tierno me repite:
— " ¡ Vamos, ya está, ya está ! "

Si hay algo infalsificable para el talento, es este lenguaje tan tierno, donde las palabras son tomadas de la realidad más sentida. Es

cierto, ciertísimo, el episodio infantil que rememora el poeta, porque no existe imaginación alguna que sea capaz de inventar estas cosas de una extrema delicadeza, de un sentimiento exquisito, rebelde á toda forma que no sea la natural.

— Vamos, ya está, ya está !...

Sublime vulgaridad de lenguaje en una madre que quiere calmar el dolor de su hijo !

¿ Qué artificio de ingenio puede suplir una locución tan sencilla, que todos hemos escuchado alguna vez, con ocasión semejante si no igual á la que nos pinta Riva Palacio ?

Vamos, ya está, ya está, es la frase sacramental con que quieren nuestras madres, cuando somos niños, hacernos olvidar el amargor de una medicina, la caricia hablada con que notifican el perdón de una travesura, la voz amorosa por excelencia que oímos todos, como Riva Palacio, entre las melancolías del sueño, recordando las muchas veces que hemos vertido lágrimas y recostado la cabeza en el blando seno materno...

Quien no se siente conmovido ante la rima anterior, ¿qué sabrá de las bellezas del alma? ¿qué idea tendrá de la misión de la poesía?

En todos los versos citados hasta aquí, de Riva Palacio, habrá notado el lector, que se trata de un poeta en quien nada ha influído el mal gusto de su época. Sin ser joven, sin pertenecer al número de los que han bebido en mejores fuentes, tiene la espontaneidad y mayor tersura de forma apetecibles en un poeta moderno.

Desarrollado en un medio distinto del actual, durante una época en la que poco ó nada influían en América los grandes bardos de Alemania, Francia é Italia, està sin embargo, como artista, á nivel de Acuña, Peza, Díaz Mirón y otros poetas de que ocuparme debo más adelante en confirmación de lo que en un principio dejé asentado, respecto á ser hoy México la sección americana que más originalidad y vigor demuestra en su poesía.

La flexibilidad del talento de Riva Palacio es notable, porque casi no hay ramo de la literatura en que no haya sobresalido. La críti-

ca, la historia, la poesía de su patria le deben mucho. Este Proteo de las letras no sabiendo una vez cómo sorprender á los lectores de *El Imparcial* de México, allá por los años de 1872,, resolvió disfrazarse de mujer dando á luz una serie de composiciones en verso firmadas por *Rosa Espino*. Bien pronto la fama de esta poetisa, que guardaba el más riguroso incógnito, creció y creció hasta llamar la atención de todos los literatos que saludaban á *Rosa Espino* con entusiastas voces.

Muchas tiradas de versos y artículos encomiásticos aparecieron en la prensa de México saludando á la novel poetisa que se anunciaba con la inspiración de una Gertrudis Gómez de Avellaneda.

No faltó quien la declarase su amor en versos quemantes y la llamase *linda* y *púdica flor*, con otras expresiones que alimentan el orgullo de las mujeres.

Llegó la fama de *Rosa Espino* á tal punto, que un célebre escritor, don Anselmo de la Portilla, español avecindado en México largos años, y muy querido por sus virtudes profesionales, propuso en el *Liceo Hidalgo*,

durante una sesión á la que asistía Riva Palacio, que se nombrase socia honoraria del Liceo, á la poetisa que engalanaba con las joyas de su talento las muy leídas columnas de *El Imparcial*. La propuesta se aprobó por aclamación; y es lo chistoso del lance, ateniéndome á lo que refiere don Francisco Sosa, el conocido americanista, que la Portilla dirigiéndose á Riva Palacio, le dijo en tono sentencioso: "Para escribir como *Rosa Espino* escribe, se necesita tener alma de mujer, y de mujer virgen..."

No sé qué cara pondría el General ante esa declaración. Ello, en todo caso, demuestra lo que puede el arte cuando le ayuda en sus pesquisas en el campo de la sensibilidad femenina, un corazón experimentado.

El marinero audaz que se aparta de las orillas donde echan sus redes los pescadores tímidos, ¿cómo no ha de volver trayendo ejemplares de peces extraordinarios?

El hombre superior, amante, que ha lanzado su barca por todos los mares de la pasión, que ha naufragado alguna vez y puéstose á flote nadando con valor entre las rompientes,

es natural que conozca dorados peces, sirenas encantadoras que sólo viven en islas muy apartadas, huyendo de la vulgaridad del hombre en ciertas orillas.

Rosa Espino es la revelación de ese tipo desconocido para los pescadores de playa. Cuando dice,

> Entre angustias y desvelos
> paso la noche agitada:
> ¡ Ay ! del alma enamorada
> adonde anidan los celos !
>
> Y mi razón se extravía
> entre el temor y el recuerdo,
> que en esos amores pierdo
> el alma del alma mía,

se ve á la sirena sorprendida, lanzando sus ayes lejos, muy lejos, allá sobre algún peñasco, mar adentro de la pasión.

¿Y por qué esta mujer fingida no ha de ser la realidad de otra á quien el poeta ha escuchado? *Rosa Espino* ha existido, seguramente, con la diferencia de que habla por boca ajena, quizá por la del hombre que repite sus mismas voces, recordando como entre sueños, el

arribo á misteriosa gruta bañada por el Océano, cuando explendía para él en plena dicha, el sol de la juventud...

Privilegio es de las almas grandes sorprender los sentimientos y hasta el lenguaje de aquellos á quien se acercan. Una mujer superior por la bondad y el talento enseña más á un poeta en el trato íntimo del amor, que todos los libros escritos sobre su sexo. Puede hablar como *Rosa Espino* sin tener *alma de mujer y de mujer virgen*, al decir de don Anselmo de la Portilla, el hombre no vulgar puesto en comunicación amorosa con una virgen. Cuántas bellezas reales, cuántas frases sublimes escapan de los labios de una mujer electrizada por la pasión! Si un amante cualquiera no las comprende, ellas son en cambio, vivas y calientes inspiraciones para un poeta.

Á las muy nobles prendas literarias del general mexicano, hay que agregar todavía la del valor moral que exhibe en este soneto que se registra con el título de *La muerte del tirano*, en la última colección de sus poesías.

Herido está de muerte, vacilante,
y con el paso torpe y mal seguro,
apoyo busca en el cercano muro,
pero antes se desploma palpitante.

El que en rico palacio deslumbrante,
manchó el ambiente con su aliento impuro,
de ajeno hogar en el recinto obscuro,
la negra eternidad mira delante.

Se extiende sin calor la corrompida
y negra sangre, que en el seno vierte
de sus cárdenos labios la ancha herida,

Y el mundo dice al contemplarle inerte:
"Escarnio á la virtud era su vida;
vindicta del derecho fué su muerte."

Hay valor moral, he dicho, en la poesía anterior, porque no todos los hombres de pluma colocados en la alta esfera política y social de Riva Palacio, se atreven á disculpar el tiranicidio.

Nuestra pobre América, más fecunda que Grecia y Roma en déspotas sanguinarios, ha presenciado muchos dramas también, del género que representaron Hiparco y Harmodio, Julio César y Bruto. Los fanáticos ó abnegados ciudadanos que entre nosotros han dado muerte á ciertos genios maléficos

que se titularon dictadores y presidentes, no han hallado sin embargo, otra recompensa que el exterminio ó la persecución más cobarde por parte de los mismos que se beneficiaron con el castigo de esos tiranos.

García Moreno, el ogro del Ecuador, el que vivió sin ley alguna, azotando y fusilando en diez y seis años, cayó al fin herido de muerte por unos cuantos jóvenes ardorosos que se propusieron libertar á su patria de tal verdugo. ¿Y cuál fué la suerte de estos fanáticos que no hicieron más que seguir el consejo dado en un libro por Montalvo, el gran escritor?... El que no murió en un patíbulo, condenado estuvo cual Roberto Andrade, á vivir proscripto en el extranjero.

¡Oh! crucifixión eterna de todos los Redentores!

En el aislamiento moral en que viven los tiranicidas, víctimas de su ciego amor por la patria, cuán grata satisfacción debe producirles la voz de un hombre superior como Riva Palacio, que dice inspirándose en los principios de la más alta justicia, y cual si se dirigiese en particular al monstruo que han inmolado:

Vindicta del derecho fué su muerte!

Para terminar este capítulo, añadiré que Riva Palacio, sin vivir con la juventud de México en la intimidad que han vivido Ramírez y Altamirano hasta ayer, y Guillermo Prieto hasta hoy, fué siempre un maestro solícito, cariñoso, y que ha sabido cual pocos impulsar á esa juventud en el camino que recorre con provecho de las ciencias y de las artes.



VII

Don José Peón y Contreras es un poeta de los más fecundos é imaginativos de México. Nacido en 1843 bajo el sol esplendoroso de Yucatán, tiene para la producción literaria esa abundancia de frutos característica de los trópicos.

Es como médico, hombre de ciencia al par que de letras, y goza de simpatías muy generales en todos los círculos literarios y científicos de su patria.

Ha escrito mucho y bueno Peón y Contreras, aunque es quizá entre los líricos mexicanos el que menos ha llegado á individualizarse en sus versos.

Tiene rimas, este poeta, muy notables, sin

embargo, por la ingeniosidad y hermosura de los conceptos.

Mata la luz! á obscuras! que no vean
cómo logré un instante ser feliz.
Esos desventurados, prenda amada,
sólo saben reír!

Si alguna vez surcaron sus mejillas
á torrentes las lágrimas sin fin,
sabrán lo que es llorar, pero no saben
lo que es llorar por tí!

Profundizando la idea de esta rima tan sencilla á primera vista, se encuentra una alabanza amatoria del género superior.

Lo que es llorar por tí!

significa muchas cosas que engríen á una mujer; es la ponderación más grande que de su valor material y moral puede hacerse. Ahorra la frase aquella, una vulgar enumeración de perfecciones en que se pierden otros poetas, y dice más todavía, que cualquier tirada de versos apologéticos, porque demuestra la convicción profunda del autor

respecto al merecimiento de la dama que lo ha inspirado.

Locuciones así, que tienen algo de apotegmáticas, constituyen en poesía una belleza desconocida únicamente para los lectores frívolos ó de gusto literario muy imperfecto.

He aquí otra rima de Peón y Contreras que no cede en valor á la precedente:

No me arredra del campo en altas horas
la densa obscuridad:
las sombras de esta duda
me espantan mucho más!

No acongoja á mi espíritu, el gemido
de la brisa al pasar:
éste que en mi alma escucho,
me apesadumbra más.

No me anonada el sepulcral silencio
que en torno mío hay...
Aquel silencio de tus labios, ese,
ese sí, porque al fin me matará!

Podría pasar por exagerado el concepto final si aludiese positivamente á la muerte; pero es valor entendido entre los poetas, que morir equivale á sufrir tormento. Esa atenuación hace soportable un rigor que nadie toma

ya en serio, pues los románticos melenudos, acostumbrados á morir dos y tres veces por semana á los pies de hermosas distintas, han acabado por desacreditar á la muerte. Aparte de esa que llamaremos convencional exageración, tiene la anterior rima el mérito de pintar una ansia amorosa con gran viveza...

Sobria la frase, verdadera la angustia, los términos de comparación oportunos, es aquella composición una de las más bellas que hay en su clase.

Hay quienes piensan que al morir el alma
se va con los placeres que ha gozado,
que deja sus desdichas, que por eso
hay tantos desdichados.

Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,
que es falso, que es muy falso;
que el alma que se va sólo se lleva
la única dicha de romper sus lazos.

Aquí el poeta es excéntrico y pesimista en en el fondo, sin chocar en la forma con las preocupaciones de la multitud.

¿Cómo tratándose del alma, se puede interpretar

la única dicha de romper sus lazos?

Á riesgo de equivocarme respecto á la intención del autor, paréceme que esta frase vela un absoluto desprecio por todo aquello que nos rodea en el mundo, y que los lazos rotos del alma no tienen el vulgar sentido de prisiones que se les da. Se siente un dejo amargo en esa composición, que denota la mezquindad de los placeres terrenos y lo absurdo que es soñar con su acompañamiento en otras regiones. *La única dicha de romper sus lazos* es, pues, para el alma humana, desprenderse de todo lo que aun juzgándose grande y noble aquí, aparecería allá, en las alturas, como una miserable y torpe reminiscencia.

Peón y Contreras ocupa en México un lugar prominente como dramaturgo. Ha dado á la escena bastantes obras que acreditan su inspiración y conocimientos. Las más aplaudidas fueron: *Un amor de Hernán Cortés, El sacrificio de la vida, La hija del rey, ¡Hasta el cielo! Gil González de Avila, Luchas de honra y amor, Juan de Villalpando, Impulsos del*

corazón, *Esperanza*, *Antón de Alaminos*, *El conde de Peñalva*, *Vivo ó muerto*, *El capitán Pedreñales*, *Por el joyel del sombrero* y *Doña Leonor de Sarabia*.

Entre todos estos dramas y comedias, la que le ha valido más grandes triunfos es *La hija del rey*, obra desbordante de pasión en que se admiran la sonoridad de los versos y el creciente interés de las situaciones.

Peón y Contreras sigue en el teatro los procedimientos de Zorrilla, con quien compite á veces en la opulencia del lenguaje y variedad de los ritmos.

Siendo el arte dramático el más difícil y en el que precisamente los americanos aún no descuellan, digno es de alabanza el que Peón y Contreras haya dado pasos tan firmes. Su teatro es sin duda el primero de los contemporáneos en México, pues continúa noblemente el impulso dado ayer por Alarcón y por Gorostiza. Bastaría esta circunstancia para salvarle del olvido á que están condenados otros autores, si ganadas no tuviese también las palmas de buen poeta y mejor hablista.

Hablista he dicho, y aquí tropiezo con una cuestión muy debatida y que preocupa á muchos ingenios.

¿Es la primera condición del poeta ser observante fiel de las académicas prescripciones?

Los más grandes poemas no son ciertamente un dechado de perfección en aquella parte. Sin seguirse de aquí que deban los poetas descuidar el estudio de su lengua, por dar rienda á la imaginación que corre algunas veces desenfrenada, no me parece exigible, como condición primera de los que escriben en verso, ese atildamiento ó nimia observancia de reglas en que para ciertos críticos descansa todo el mérito de una obra.

Los furibundos gramáticos son, por lo general, unos artistas mediocres, unos albañiles muy fatuos que no perdonan en lo subalterno de su oficio el descuido menor á los arquitectos del pensamiento.

Grandes escritores no son hablistas, y poetas extraordinarios hoy admiramos, que saltan sobre algunas dificultades del idioma como se salta en caso de apuro sobre una acequia.

Por eso recordaré aquí esta frase de Quintiliano tan aprendida en nuestros colegios: *Curam ergo verborum, rerum volo esse solicitudinem.*

Á ser la elegancia y corrección de la frase el título más grande en la poesía, no existiera, verdaderamente, un poeta en México, de mayor significación que don Joaquín Arcadio Pagaza. Este sacerdote, venerable por la pureza de sus costumbres, es también un hombre de letras notabilísimo. La seriedad de su ministerio que le impide aventurar su musa en cosas profanas, ha contribuido à lanzarle en el clasicismo, acortando así el vuelo de un numen que compitiera, à gozar de más libertad, con los que mayor aplauso han ganado en estos últimos tiempos.

Don Joaquín Arcadio Pagaza, no obstante, es tenido en México por los literatos, como un bardo de singulares prendas y que no tiene rival en el conocimiento de los latinos.

Antes que para gusto de mis lectores en general, para satisfacción de los inteligentes, insertaré aquí una traducción parafrástica de Horacio en que se revelan el talento y eru-

dición nada comunes del prebendado señor Pagaza.

Descanso, Grosfo, de los dioses altos
El que navega por el mar Egeo
Cuitado implora si á la luna esconde
Lívida nube,
Si inquieto busca con turbados ojos
En cielo obscuro la polar estrella
Que el rumbo indique y le conduzca al puerto
Pávido el nauta.
Descanso piden los furiosos tracios
En las batallas, y descanso el medo
Que al hombro lleva por mayor decoro
Lúcida aljaba.
Pero es descanso que jamás se compra
Ni con las gemas que atesora el Indo,
Ni con el oro, ni con rica y grave
Púrpura noble.
Porque ni el lujo, ni el lictor adusto
La turba espantan de cuidados fieros
Que tumultúan y del techo en torno
Rápidos vuelan.
El hombre parco sosegada vida
Vive con poco, si en su mesa pobre
Aquel salero que sirvió á su padre
Límpido esplende.
Que no interrumpen los temores vanos
El sueño leve que en su torno gira,
Ni su reposo la codicia torpe
Rábida corta.

¿ Por qué, esforzados, nuestros rudos tiros
¡ Ay ! dirigimos á región lejana,
Cuando sabemos que la fútil vida
Rápida corre ?
¿ Por qué dejamos la nativa tierra
Por otro suelo bajo sol extraño ?
Qué ¿ por ventura, quien su patria esquiva,
Se huye á sí mismo ?
Sube el cuidado en la ferrada nave
Y más ligero que el ligero ciervo,
Y más que el Noto que las nubes rompe
Sigue al ginete.
Gócese el alma con el bien de ahora
Sin inquietarse por el mal futuro;
Temple su duelo; que ¡ por todos lados
Nada hay dichoso !
Hurtan y amenguan al preclaro Aquiles
Temprana muerte, y á Titón los años;
Y tal vez dióme, lo que á tí el destino
Crudo te niega.
Por ti se apacen abundosas greyes;
Por ti se apacen mugidoras vacas
En las cuadrigas, y por ti, relincha
Ágil la yegua.
Á tí te envuelven reteñidos paños
En roja tinta de murícea concha;
Y á mí tan sólo la inmutable Parca
Próvida dióme,
Un campo angosto, de la musa griega
Algún talento, y su donaire y gracia;
Y, cual merece, despreciar al necio
Vulgo envidioso.

Sensible á las bellezas naturales, atormentado quizá por la melancolía del celibato, pero culto siempre hasta la afectación, escribió el señor Pagaza este soneto que tiene muchos admiradores.

El níveo cáliz, inocente abeja
busca y encuentra de la flor galana,
y el suave tallo de color de grana
busca en los llanos baladora oveja.

Brota humeante y presurosa deja
la clara linfa su natal fontana,
y á la ova grácil que surgió lozana,
ciñe y embriaga con sabrosa queja.

El áureo sol surcando el aura pura
baja á irizar la gota de rocío
tremulante en su lecho de verdura.

Y yo tan sólo... ¡ desencanto impío !
no hallo un pecho que mida mi ternura,
ni un pensamiento que responda al mío.

Sacerdote también y dado á los clásicos, el señor Ignacio Montes de Oca, obispo de Tamaulipas, conocido con el seudónimo de *Ipandro Acaico,* es un poeta que bastante se asemeja á don Joaquín Arcadio Pagaza. Si

menos correcto, es en cambio de mucho más brío que el anterior.

Invocando á su lira, tiene los siguientes versos que acusan un temperamento fogoso:

Por largos años á tus cuerdas de oro
no arranqué ni un sonido: el sol de Aquino,
Crisóstomo, Jerónimo, Agustino,
fueron no más mi estudio y mi tesoro.
¡Cuántas veces con ímpetu violento,
loco por escuchar tus melodías,
al sauce me arrojé, de cuyas ramas
pendiente te mecías;
y al recordar de Dios el mandamiento,
de nuevo te dejé á merced del viento!

Sí: yo te abandoné; que por entonces
al dulce canto despegar los labios
el cielo me vedaba; mas ahora
que ya de Roma los adustos sabios
el premio á mis fatigas concedieron,
y mi cansada frente
del anhelado lauro al fin ciñeron,
hoy me es dado cantar. ¡Y hoy que en las vegas
del Aneo te descuelgo, y al estudio
dando treguas, un cántico te pido,
tú, desdeñosa, un cántico me niegas!
¡Resuena lira mía! No preludio
sobre tus cuerdas cantilena indigna
de un ministro del cielo: no de amores
fútil canción modulo: ¿cuándo nunca

á una beldad de barro ofrecí flores?
¡Ea, lira, resuena!
Cantemos al Señor: su nombre santo
ayúdame á ensalzar; el aire llena
de celestiales notas; que mi canto
desdeñando sublime el triste suelo,
de hoy más á Dios remontará su vuelo!

En honor de la verdad y sin cegarme como cierto crítico de la Academia Española al juzgar á los poetas americanos que no huelen á sacristía, diré que Pagaza y Montes de Oca son talentos muy elevados y más dignos de respeto por cuanto viven en un país descreído.

Si suena mal este adjetivo aplicado á México, conste que me refiero á las clases directoras allí del movimiento intelectual y político, que no á la masa ignorante, en que tampoco es hoy notable el fervor católico. Los más grandes escritores y poetas de México, sin ser ateos, ven los temas religiosos después de la sangrienta lucha de la *Reforma*, con aquella pasividad muy parecida á la indiferencia de que nos dan ejemplo las cabezas mejor organizadas que hay en el mundo.

Pagaza y Montes de Oca, haciendo, pues,

abstracción de todo punto evangélico, contribuyen noblemente y en el tono que les es propio, á la ilustración poética de su patria. En el vigor de la edad, mucho se espera aún de estos dos sacerdotes que honrarían el país más civilizado de la tierra por su elevación de carácter y pensamientos.

El señor José M. Roa Bárcena, que sin ser enteramente místico participa bastante en sus versos de los fervores cristianos, es un inspirado poeta que goza en México de muy envidiable reputación. Miembro correspondiente de la Academia Española, cuenta con un bagaje literario que justifica esa distinción al lado de Montes de Oca, Pagaza, Riva Palacio, Icazbalceta y otros mexicanos ilustres por el saber.

Roa Bárcena, en lo descriptivo, tiene páginas tan bellas cual la siguiente :

De cuanto he visto, no hay cosa
que así me halague y sonría
como mi ciudad natía,
como Jalapa la hermosa.

Ni vi más lindo vergel
que Coatepec, cuya calle

se extiende en ameno valle,
limpia y trazada á cordel.

De sus montañas musgosas
se asienta aquella en la falda,
luciendo fresca guirnalda
de mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa
red de arroyuelos sutiles,
y baña sus pies gentiles,
honda y cristalina presa.

El pueblo al pie de altos montes
se aduerme al rumor de un río,
y tiene perpetuo estío
si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,
tras la aridez de la costa,
esos campos que no agosta
Julio, ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío
blanquear en la montaña,
ó que descubrirle extraña
en hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente
en aromas impregnado
del *liquidámbar* preciado
y del *jinicuil* pendiente;

Y oye que en dulces conciertos
dan su voz por las mañanas

las arpas en las ventanas,
los pájaros en los huertos;

Y halla una limpieza extrema
en calles, casas, personas,
y un sol en aquellas zonas
que vivifica y no quema;

Un sol que brilla á través
del aire diáfano y puro;
flores que visten el muro
y dan alfombra á sus pies,

Y gente de afable trato,
y, lector, aunque te asombres,
franca amistad en los hombres
y en las mujeres recato;

Toma súbita querencia
á la tierra en que nací,
y á veces quédase allí
á terminar su existencia...

Estas redondillas, como se ve, unen á la facilidad cierto moderno encanto naturalista que se aparta no poco del patrón bucólico virgiliano.

Á algunos poetas tan amantes del Lacio que olvidan ser hijos de América comunmente en sus descripciones, puede parecerles hasta prosaica la manera cómo Roa Bárcena

nos presenta el camino de Coatepec; mas, á otros que persiguen con mejor criterio la propiedad local en toda pintura, sorprenderán gratamente esos versos que no pueden ser por otra parte más armoniosos.

Tan feliz como la anterior es esta pequeña descripción que encuentro en la misma composición del académico Roa Bárcena:

> Verdinegros los bosques, rubio el llano,
> limpio y azul el cielo peregrino;
> el huerto floreciente en el verano,
> blanca la habitación, pardo el molino;
> cual asa de cristal, chorro lejano
> del agua que le mueve de contino;
> sobre la tosca torre allí erigida
> el gallo en pie que á madrugar convida...

Este poeta ha escrito también algunos versos eróticos que pueden competir en gracia con los de Luis Gonzaga Ortiz, el bardo mexicano que fué allá en su mocedad el encanto de las mujeres.

Ortiz, que vive aún y frisa en los sesenta años, ha sido efectivamente, muy halagado de la fortuna por sus canciones amatorias de arte exquisito. En *La mora de Gibraltar*, com-

posición original y que se ha reproducido mucho por toda América, pone este bardo de manifiesto las cualidades que le distinguen: verdad y sencillez, amabilidad penetrante y en cierto modo festiva, que no siempre es de la cuerda de los eróticos.

Á las preguntas interesadas tal vez, de una dama española, Ortiz responde así con muy dudosa galantería:

> Que más allá del Estrecho
> qué cosa pude admirar?
> Sí que admiré linda amiga,
> mas no lo que pensarás.
> No el peñón que con orgullo
> el inglés velando está,
> sino una cosa más bella:
> *la mora de Gibraltar.*
>
> Del escocés es soberbia
> la erguida guardia real,
> con sus airosos penachos,
> con su fría majestad,
> con su caprichoso traje
> y su aire siempre marcial;
> pero, á mí sólo agradóme
> *la mora de Gibraltar.*
>
> Viven en aquel país
> en dulcey buena amistad,

ingleses, moros, judíos,
griegos é íberos que van
formando una algarabía
que nadie puede alcanzar;
pero á mí bien me entendía,
la mora de Gibraltar.

¡El peñón! ¡ay! cuánto el hombre
por orgullo inventará!
¿Cómo pudo ese peñasco
como hierro taladrar,
y hacer galería inmensa
con mil cañones y más,
y... pero, á mí más me admira
la mora de Gibraltar.

Tanto instrumento de muerte,
do quiera el hierro fatal,
bombas, reductos, soldados,
todo amenazando al mar
no me agradó; te confieso
que á mí me gustaba más
mirar entre sus persianas
la mora de Gibraltar.

Morena como las hijas
de mi suelo occidental,
es, y son negros sus ojos
y su cabello lo es más.
Viva como la gacela
de sus bosques, al andar
es como nardo en su tallo
la mora de Gibraltar.

Queman sus ojos de fuego;
pero no queman la faz,
que hasta el corazón sus rayos
abriéndose paso van,
y si roza nuestro cuerpo,
un pliegue de su *caftán*,
nos hace temblar de amores
la mora de Gibraltar.

Ducha es en unir las flores;
con ellas escribe, y va
diciendo cosas muy dulces
en su lenguaje oriental.
Sabe preparar perfumes
frescos y blandos, que dan
sueño dulce en que se sueña
la mora de Gibraltar.

Yo también le daba flores
de jazmín y de azahar,
y juzgo que me entendía
aunque me explicaba mal,
porque á hurtadillas de un moro
adusto y barbudo asaz,
me daba á besar su mano
la mora de Gibraltar.

Cuando partí estaba triste,
muy triste, ¡quién lo creerá!
y estaba llorosa y pálida
su antes animada faz.
Y si alguien le preguntaba
la causa, — *Se va, se va...*

murmuraba entre suspiros
la mora de Gibraltar.

De ajenjo, ciprés y brezo
me dió al despedirse ya,
unas ramas que decían :
"luto, angustia, soledad".
Y alguien cruzando el Estrecho
dijo viéndome, sagaz :
"Qué triste deja el indiano
su mora de Gibraltar !"

Y la dejé : aquí me tienes...
Me pediste algo, aquí está.
Te traigo de aquella tierra,
dátiles y un almaizar ;
que para mí sólo traje,
para mi angustia y no más,
en el alma retratada
la mora de Gibraltar.

Esta composición escrita en 1866, ha tenido después imitaciones muchísimas, cambiándose de estribillo. Hoy quizá pueda confundirse entre las mil de su especie, pero nunca perderá su mérito real é ingenuidad enteramente criolla.

Luis G. Ortiz ha traducido del italiano varias poesías entre las que se recomienda por su fidelidad y belleza, la que aquí inserto:

Era la noche fúnebre :
En el castillo aquél todo dormía,
y el rubio paje en tenebrosa cárcel
solo con su dolor así gemía :
" Por qué tan alto ¡ ay mísero!
mi esperanza y mi amor he levantado !
Amé á la hija del rey; decreto pérfido,
vivo en este sepulcro me ha enterrado !
¡ Oh ! si una sola lágrima
ella por mí vertiera en el misterio
de su dolor, este sepulcro frígido
no cambiara ¡ ay ! de mí, por un imperio ! "
Blanca, divina imagen,
súbitamente apareció en la puerta,
y pálido y temblando el triste joven
preguntóle: " ¿ Quién eres pobre muerta ? "
— " Muerta no soy — respóndele
la aparición gentil ; — mírame, toca !...
¿ Sabes ? la guardia duerme :
Yo soy la hija del rey; besa mi boca ! "

Don Francisco Sosa, ha hecho en una biografía elogios muy merecidos de este poeta; lamentando el que haya abandonado hace algún tiempo el trato íntimo de las musas.

Pero don Francisco Sosa, solícito siempre en recomendar á cuantos se distinguen como poetas en su país, y aun fuera de él, merece

de igual manera que le dedique algunas líneas en el presente capítulo.

Pocos mexicanos habrá más laboriosos y amantes sinceros como él de las letras americanas. Bastante conocido ya para no necesitar de las noticias que en este libro pudiera yo dar sobre su persona, debo sin embargo apuntarle no sólo entre los críticos que han contribuido en mayor escala al desenvolvimiento literario de su país, sino entre los mismos poetas por cuya gloria ha trabajado y trabaja con incansable empeño hace muchos años.

Si se quiere una prueba de las facultades poéticas de Sosa, allí está su soneto *Á Lelia,* que equiparo con los mejores de nuestra lengua.

Cuando marchite tus galanas flores
el que es de la beldad fiero enemigo,
y en vano pidas protección y abrigo
á los que fueron, Lelia, tus amores;

Cuando todos te olviden; cuando llores
en triste soledad, sin un amigo
que de tu pena ruda al ser testigo
anhele disipar tus sinsabores,

Entonces ven á mí... Conserva el pecho
puro el recuerdo de su afecto santo,
y olvida tu pasado desvarío.

Entonces, Lelia, ven; mi hogar estrecho
contigo partiré, que no lo es tanto
que en él no quepan tu dolor y el mío.

Cuánta honradez y bondad se transparentan en esta composición!

Exteriorizar así un sentimiento, valerse de una forma tan elocuente y hermosa para decir algo más hermoso y simpático aún, es ser poeta sin duda, pero un poeta muy elevado.

Pocos trabajos en verso conozco de Don Francisco Sosa. Á los bardos como á los músicos se les juzga, no obstante, en audiciones muy cortas. Unas cuantas notas de *Aida* ó de *La Africana,* bastaban para formar concepto sobre la voz de Gayarre. El anterior soneto es suficiente también para acreditar lo que Sosa vale como poeta.

Cerraré este capítulo con otra personalidad de México muy ilustre en los dominios de la poesía contemporánea. Me refiero á Justo

Sierra, el cantor de Colón que ha dicho con tanta oportunidad y talento:

> ¡Oh! Colón, para hacer de tu renombre
> eco digno mis débiles cantares,
> yo necesitaría
> encontrar en el alma poesía
> un mundo nuevo como tú en los mares.

Y á fe que esta exclamación del principio era necesaria. ¿Cómo lanzarse en un empeño tal, sin recordar los millones de versos que lleva Colón encima, como expiación de su culpa por el descubrimiento de América? ¿Qué viejo presumido, qué muchacho ardoroso no le ha compuesto siquiera media docena de endecasílabos?

Los cantores del Genovés sublime son hoy más numerosos que los peces del océano que recorrió este marino en las postrimerías del siglo xv. En las selvas americanas, principalmente, y con motivo del último centenario, se ha levantado una nube de poetas mosquitos que pretenden, cada cual por su lado, entonar un himno á Colón. Por supuesto que estos alados cantores apenas si llegan en

conjunto á producir con sus débiles trompetillas y demás órganos vibrátiles, el desapacible run-run que se escucha en las cercanías de los pantanos.

Justo Sierra que comprendió la dificultad de ser original en materia tan *zumbada*, si se me permite la expresión, ha logrado un verdadero triunfo en la introducción del poema á que me refiero.

¡ Oh ! Colón, para hacer de tu renombre
eco digno mis débiles cantares,
yo necesitaría
encontrar en el alma poesía
un mundo nuevo como tú en los mares.
Nunca tanto osaré; si la voz mía
se levanta en un himno á tu memoria,
es que cumplo un deber de americano :
ave del Oceano
que canta tu pasión y tu victoria
plugo al cielo colgar mi frágil nido
en el eterno nido de tu gloria;
Por eso tu recuerdo, enternecido
llamo del seno del sepulcro adusto;
Surja tu sombra de sus piedras santas
y mi musa feliz, mendigo augusto,
doblará las rodillas á tus plantas.
¿ Quién es ? ¿ qué afán le guía
y qué busca ese hombre entre los rojos

perfiles del Poniente?
¿Por qué siempre una nube en esa frente,
por qué una llama siempre en esos ojos?
¡Un visionario! ¡Ah, sí! Cuando ya deja
la sombra un horizonte; cuando alcanza
el corazón á vislumbrar la hora
en que va á convertirse la esperanza
en el primer destello de la aurora,
cuando el sol de las almas centellea
y un justo sufre y muere en el Calvario,
es que la antorcha sacra de la idea
brilla en manos de un pobre visionario.
Dios con el limo del dolor los hace...
Ineludible ley! ¡La vida nace
de la muerte; el amor brota del llanto;
su sed la tierra en la tormenta calma;
de la tumba, la miel que acendra el lirio
fluye, y el genio del sufrir del alma,
y el progreso del mal y del martirio!

Estos conceptos si no enteramente nuevos, son al menos expresados con gallardía.

Es digno Sierra de cantar á Colón.

Su voz no es desapacible: tiene la entonación grandilocuente del alma. El filósofo y el poeta no se separan una línea, y por eso hay tanta severidad como belleza en los anteriores renglones.

Continúa Sierra:

¿El genio es por ventura
un signo de expiación sobre la Tierra?
¡Humanidad que vas entre ruinas
rastreando las huellas misteriosas
de esas grandes figuras dolorosas
coronadas de espinas!
Tú eres su ideal y su verdugo;
tu hogar calientan con su vida; vierten
en tu cáliz su sangre gota á gota,
y tú les pagas con la cruz, ó matas
su alma selecta con tortura ignota.
Llega después el porvenir y cubre
sus cadáveres ¡ay! con refulgente
mortaja de oro y púrpura, y corona
con una rama de laurel su frente;
y sólo entonce al pronunciar sus nombres
sentimos en el pecho
como un orgullo inmenso de ser hombres...
Vosotros sed benditos
por vuestra fe, por vuestro puro anhelo;
en lámpara se tornan vuestros años,
encendida en la noche de este suelo
para alumbrar los lúgubres peldaños
de la eterna espiral que sube al cielo.
Bendito tú, Colón; nauta arrogante
que quisiste el abismo de tu alma
del abismo del mar poner delante,
y sentistes á solas
con tu fe inconmovible y con tu ciencia,
la gran revelación de tu conciencia
en el perenne ritmo de las olas.
De rodillas, atónito, aceptaste

la unción suprema en tu nublada frente,
y rey te levantaste...
Los reyes te miraron, peregrino,
mostrar entre los mares ignorados
el invisible trazo de un camino;
mas, en tus manos soñador austero,
no veían los mundos anunciados,
sino al hijo sin pan del pordiosero.
Y pedistes en vano
un puñado de oro á su escarcela.
ofreciendo arrancar al Oceano
el Asia en cambio de una carabela.
" Para alzar de la noche el hemisferio
de perlas y oro que la mar engasta,
dadme un punto de apoyo, les dijiste,
que la palanca de la fe me basta."
El corazón de la mujer tuviste:
Y tendiendo á los vientos la ancha lona,
marchastes á pedir á lo Ignorado
tu sublime corona.
Por hórridas borrascas despertado,
corrió el mar ante tí su velo denso,
mas ibas tú, tras tu ideal soñado,
solo, tranquilo, inmenso!

Para admirar cumplidamente estos versos, necesario es tomar reposo. Sucédense los pensamientos felices con rapidez; la elocución es robusta, y en ningún punto afeada por las exageraciones declamatorias

de que tanto gustan los neófitos en el arte.

Solo, tranquilo, inmenso!

Estas tres palabras en admirativo *crescendo* son de un valor épico extraordinario. El adjetivo *inmenso* suena á nuestros oídos como una nota suprema y digna de tan grande hombre en sus aventuras sobre los mares. Inmenso! Era ese el calificativo que convenía á Colón; inmenso, porque nada puede expresar mejor la desesperada lucha de un sér humano contra lo desconocido de ese elemento líquido; de un sér humano que al afrontar en su debilidad esa lucha, adquiere las colosales proporciones de su rival.

Nada te pudo detener, ni el hombre
uniendo á la del mar su saña impía...
Cuando la aurora en el zafir marcaba
con su aguja de oro tu agonía,
tú en pie en la proa del bajel hispano
clamaste con acento sobrehumano:
" ¡ En el nombre del Dios omnipotente
en cuyo arbitrio la Creación se encierra:
despierta, Continente !."
y cual eco pasmoso, de repente,
gritó una voz en lontananza: *¡ Tierra !*

¿ Y qué más desear nauta atrevido ?
Entre el futuro y tú la muerte sobra;
hombre del barro y del dolor nacido
á quien el Creador ha permitido
colaborar impávido en su obra.

La afirmación anterior es digna así de Colón como del poeta. Esa idea, con ser de un atrevimiento inaudito, no resulta impropia, al tratarse de quien, efectivamente, ha *colaborado* por permisión divina,—para no falsear la intención de Sierra,—en la obra que permanecía incompleta hasta el año de 1492.

Sea cual fuese el criterio de los deistas ó los ateos, esa ponderación poética es admirable.

Gracias á tí, la completada esfera,
átomo de topacio,
se ha sentido volar en el espacio;
gracias á tí, los astros radiantes,
lumínea florescencia de la noche,
no á nuestros ojos son regios diamantes
de la diadema sideral del mito,
sino soles de órbitas gigantes
girando en un rincón del infinito.
Íntegra ya la humanidad avanza
hacia el Dios que del alma inteligencia
se aleja como sombra, y la esperanza

enciende como luz en la conciencia.
¡Gracias á tí, Colón! ¿Qué dar podría
nueva aureola á tus cabellos canos?
La más noble de todas, la más triste:
la ingratitud cruel de los humanos.
La tuviste ¡feliz! Cuando premiaba
el cielo con un mundo
tus incontables penas,
el hombre te ligaba
al borde de la tumba con cadenas.
¡Mártir padre de América! El futuro
en la hora fatal de la justicia
te exhumará de tu sepulcro obscuro;
un himno estallará de polo á polo
y hará entonces tu tierra americana
de tu corona de martirio, el ígneo
sol de tu apoteosis soberana!
Cuando llegue ese instante
poned en la balanza, grandes reyes,
la protección, la autoridad inmensa,
dada y quitada sin piedad, al hombre
que os diera en recompensa
algo que fué mayor que la esperanza:
y coloque la Historia conmovida
del otro lado de la fiel balanza,
los grillos de Colón... ¡Que Dios decida!

Quien no conozca de Justo Sierra sino estos versos tiene ya lo suficiente para admirarlo.

México le cuenta, no sin razón, entre sus

predilectos bardos. La envidia que persigue á los grandes talentos en todas partes, no le ha mordido aún, quizá porque su modestia es proverbial, y á nadie inquieta en ese país un hombre que vive como Sierra de su trabajo, uniendo á las virtudes del corazón las perfectas costumbres de un caballero.



VIII

Marcos Arróniz, Juan Díaz Covarrubias, Antonio Plaza, José Ignacio Rosas Moreno, Agustin F. Cuenca y Manuel M. Flores, son poetas que en el vigor de su edad desaparecieron, legando á México triunfos muy apreciables en la carrera del arte.

Hijos de una misma generación, todos ellos son recordados por sus compañeros que aún viven, lamentándose de su ausencia. Ninguno de estos poetas ha conocido la ancianidad. Muertos en el transcurso de los años de 1867 á 1885, cuéntanse entre los más distinguidos bardos que han levantado con sus esfuerzos la poesía mexicana y dádole esa

novedad yriqueza que continúan aumentando los más modernos.

El estudio particular de cada uno de ellos haría interminable esta obra que, como ya he dicho, no tiene por objeto una sucinta relación de todos los ingenios que se aplicaron á la poesía en México. Antes sí, de ocuparme del gran Acuña, quiero consagrar un capítulo á sus coetáneos los poetas nombrados anteriormente, y que han bajado á la tumba como él, cuando la gloria ceñía sus frentes con una corona, al mismo tiempo que el infortunio les apretaba con un cilicio.

¡ Desventurados poetas !

Marcos Arróniz y Juan Díaz Covarrubias antes de cumplir treinta años murieron asesinados; Antonio Plaza cayó extrangulado por la miseria y el vicio; José Ignacio Rosas Moreno, Agustin F. Cuenca y Manuel M. Flores, abandonaron el mundo tras dolorosas enfermedades y en la aflicción de espíritu más completa.

Arróniz, poeta melancólico, está retratado en el siguiente soneto dedicado *á un ciprés:*

Verdinegro ciprés ¡ mi árbol querido !
busquen, sí, los dichosos amadores
de la palma los ramos cimbradores ;
tú eres nomás del triste apetecido.

Nunca el ave en tu copa cuelga el nido,
ni la estación de céfiros y amores
una flor te regala de sus flores,
ni sus frutos Otoño enriquecido.

Cuando las auras de la noche giman,
cuando las aves de la noche lloren
y lánguida la luna raye el cielo,

Tus ramas á mi sien su sombra impriman,
mis cantos en tus tintas se coloren,
y el arpa te salude en són de duelo.

Altamirano decía de Arróniz: "Ha empapado su poesía de la poesía de Byron. El gran poeta inglés es su modelo, su maestro, su favorito. Como él, era hermoso, enfermizo y excéptico; como él, había amado mucho y sufrido tremendos desengaños; como él, también manejaba las armas; pero al contrario de él no amaba la Libertad".

Alude con esto Altamirano á sus ideas reaccionarias. En efecto, Arróniz, al contrario de la inmensa mayoría de los jóvenes inteligentes de su época, tomó partido en las filas

ultramontanas y combatió con ardor á los liberales de México hasta su muerte trágica y misteriosa en la campiña de Puebla.

Juan Díaz Covarrubias fué, á la inversa, sacrificado por los sicarios del entonces triunfante partido de Arróniz. Este joven médico se registra en la célebre *matanza de Tacubaya*, ordenada á sangre fría por Márquez, el abominable teniente de Maximiliano, que vive aún ocultando su vergüenza y los remordimientos de este crimen en una aldea de Cuba.

Díaz Covarrubias era de un carácter dulcísimo, y parece que hubiera presentido su fin, cuando años antes cantando *á una ave muerta* terminaba de la siguiente manera:

Esa es la vida... lágrimas... martirio,
la muerte en la esperanza y la alegría,
el llanto tras el goce y el placer;
rápida exhalación que brilla y muere,
fugaz recuerdo en corazón de niño,
constancia del amor de una mujer.

Nube de estío que disipa el viento,
fugaz arroyo que se va sonriendo
á perderse en las ondas de la mar;
juramento de amor en una orgía,

esperanza final de un moribundo,
postrer rayo de luz crepuscular.

¡ Ay ave ! sin llevarme ni un recuerdo,
tal vez llorando moriré mañana,
huérfano y despreciado como tú ;
tal vez ni me darán vago suspiro
y sólo algunas flores solitarias
de mi sepulcro alfombrarán la cruz !

Antonio Plaza fué lo que se llama un rebelde á la sociedad. Su talento grandísimo no le sirvió más que para ahondar la sima en que desde muy joven se sepultara, renegando del mundo y de la falsedad de los hombres.

Contrista leer los versos de este poeta por el acíbar que manan, por el dolor intensísimo que demuestran.

Coplero á quien inspira el desencanto,
trovador sin futuro y sin amores,
sobre la tumba de mis sueños canto
al colocar mi búcaro de flores.

Odia el mundo mi canto descreído,
el estigma social tiznó mi frente...
Cárabo del dolor, cada gemido
me concita el sarcasmo de la gente.

Sin luz el alma la ilusión desdeña,
el pesar no la irrita ni la abate,

y ni la frente envejecida sueña,
y ni el leproso corazón me late.

Repugna á todos mi fatal delirio,
repelen todos mi sufrir eterno,
que brilla en mi aureola de martirio
la fatídica llama del infierno.

Devorado por negra pesadumbre,
lanzo en vez de sollozos, carcajadas,
porque de infame crápula en la lumbre,
arrojé mis creencias adoradas.

En aras de la fe vertí mi llanto;
perdida ya la fe busqué la orgía;
pero el vicio acreció mi desencanto,
y el vicio, la virtud, todo me hastía.

Á mi gastado corazón de lodo
nada en fin, es capaz de conmoverlo,
y perezoso, indiferente á todo,
ni puedo ser feliz ni quiero serlo.

Mi vida ha sido decepción horrible;
el mundo sin piedad ha envenenado
mi corazón que, un tiempo tan sensible,
no sufre al encontrar un desgraciado.

Y si me duelo del dolor ajeno,
mi risa burla ese dolor profundo,
que si á mi corazón queda algo bueno,
me da vergüenza que lo sepa el mundo!...

¿Fué acaso un mal hombre Plaza? Nada de eso. El poeta se calumnia allí en el delirio de

sus tormentos. Sufrió mucho porque nació desequilibrado, con más sensibilidad que juicio. Es el vivo ejemplo de tantos hombres quiméricos, que viven sin darse cuenta de la realidad, hasta que punzados por sus espinas, vuélvense á ella y la apostrofan creyendo que esa realidad, que ese orden natural de la vida, es especial invención en contra suya, de un cierto genio maléfico.

Por lo general, estos locos tienen ideas artísticas con que expresan la magnitud de sus penas, haciendo dudar algunos del desequilibrio mental de que son víctimas, por la ingeniosidad, el colorido y la extrema belleza de sus palabras.

¿No es loco Antonio Plaza á la manera de estos últimos, cuando dice

> Yo también la ilusión vestí de gala
> del placer en los cármenes risueños;
> yo también de Jacob fijé la escala
> para subir al mundo de los sueños?

Revelando el flaco de su naturaleza, — la idealidad, — no sorprende que Plaza, cual tantos hombres buenos haya caído en el in-

fierno desde el cual blasfemara con el impulso no de la maldad sinó del despecho.

Los idealistas puros, están condenados á desesperarse en el mundo y á celebrar ¡ oh sarcasmo ! las más humillantes transacciones con la materia. Filósofos y poetas de complexión delicada, amantes de la perfección suma y de la belleza, presentan muchas veces el asqueroso aspecto de los mendigos. Sueñan con los esplendores del cielo y viven revolcándose en las pocilgas : predican la generosidad, el amor á sus semejantes, y no obtienen por todas partes sinó la ingratitud y el desprecio.

¿ Cómo no han de conocer estas almas la desesperación que rebosa en los versos de Antonio Plaza ? Y luego, el contraste visible de la elevación moral con la bajeza, en los resultados ! Quien adora las estrellas rueda en el lodo : quien comercia con el lodo se encumbra hasta las estrellas...

No hay, pues, por qué reprochar á Plaza estos versos, resumen de su muy amarga sabiduría :

Obra mucho y cierra el labio,
que llega á su fin más pronto
con su actividad el tonto
que con su pereza el sabio.

Es la corte cosa brava;
todos mal de todos piensan:
los enemigos comienzan
donde la nariz acaba.

Tú allí con muy buenos modos
sé expansivo, sé jovial:
de todos piensa muy mal,
pero habla muy bien de todos.

Que mascarada es completa
la corte que ves con asco,
y sufre allí más de un chasco
quien no toma su careta.

Allí es el afeite aseo;
sinceridad el cinismo.
la locura excentricismo,
la adulación galanteo.

Se le llama bueno al bobo,
se llama al miedo prudencia,
se llama á la charla ciencia
se llama finanza al robo.

Allí en duda has de poner
la castidad del beato,
la mansedumbre del gato,
la virtud de la mujer.

Y magüer razon te sobre
en la sociedad, buen chico,
evita el odio del rico
y la intimidad del pobre.

. . . .

Es feliz quien por fortuna
mujer buena tiene Andrés,
pero más dichoso es
el que no tiene ninguna.

Amor es mentida flama,
la gratitud no parece :
sólo, Andres, una madre ama,
y sólo un perro agradece.

Pero quien habla así, es porque ha procedido en el mundo, generalmente, de la manera contraria.

Los pícaros no tienen contra la gente honrada en desgracia, otro argumento que sus palabras arrancadas por la violencia del dolor como á los antiguos reos del *Santo Oficio,* la propia acusación en las vueltas del torniquete.

Á los maldicientes se les condena en nombre de la moral ultrajada de viva voz. En cuanto á los que la ultrajan de hecho, ya es otra cosa : si guardar han sabido las apariencias, si á la villana acción acompañan el

discurso cristiano, la sonrisita devota ¿ cómo compararles á aquellos monstruos que reniegan á la manera de Antonio Plaza, que dicen mal de la sociedad pulquérrima de los hombres ?

Traicionándose alguna vez el poeta, dejando de ser blasfemo para convertirse en moralista, escribió este soneto modelo en su clase, y que con el lema de *Enseñanza superior*, ha dado la vuelta al mundo :

Muchachas sin camisa ni tomines,
concepciones de honrada figonera,
que no saben mover una tijera
ni remendar siquiera calcetines;
Pero armadas de lazos y botines
pretenden sacudir su pobre esfera
aprendiendo posturas de bolera
y á cantar como en ópera y maitines :
Luego que esas chicuelas relamidas
se conviertan en hembras pretenciosas,
primas donnas con *puff*, marisabidas,
Y nieguen á sus madres haraposas,
para los ricos sobrarán queridas,
para los pobres faltarán esposas.

Poco tiempo antes de morir Antonio Plaza- cuando agobiado por sus males de todo gé-

nero caminaba al sepulcro sin conocer lo que un católico de buena fe llamaría *arrepentimiento*, escribía los catorce renglones siguientes, que compendian la historia del hombre en perpetua lid con sus semejantes :

Me hizo nacer la suerte maldecida,
de sombra y luz conjunto inexplicable;
que, oculta en mi corteza despreciable,
arde una alma grandiosa y descreída.
Llevo en mi frente, do la audacia anida,
un mundo de ilusiones impalpable;
soy, en fin, un misterio impenetrable
que me agito en el sueño de la vida.
Por el cielo á sufrir predestinado,
me llena el mundo de ponzoña y duelo;
mas yo siempre orgulloso y resignado,
Contra mi propia pena me rebelo,
y en cada golpe, al mundo malhadado
doy mi desprecio y mi perdón al cielo.

Perdonar al cielo!... Hé allí la expresión de un orgullo gigantesco, verdaderamente satánico. No ha tenido el Dante frase de mayor sublimidad en sus réprobos. Tanta arrogancia en un sér oprimido es digna de admiración, porque mucho de heroico tiene la persistencia hasta el borde de la tumba, en cier-

tas ideas cuyo simple abandono significa para los hombres como Plaza, un cambio rápido de fortuna.

Los claudicantes de toda escuela, obtienen favores de aquellos que ven un triunfo para su causa en ciertas claudicaciones. Y es lo más vulgar en el mundo, ver á los talentos rebeldes en un principio, doblegarse ante el chicote de la miseria, buscando tardíamente un puesto humildísimo entre las propias filas que combatieron. Pero, Plaza el poeta, solo, descalzo, enfermo, sintiendo todos los rigores del hambre, no imita al *Tasso*: él no reclama piedad de los fuertes dulcificando su lira ni reniega de su pasado implorando misericordia. Parado allí, en medio del arroyo, no se cuida del barro que le salpica ni de los insultos que le descargan, sino de que no le vean agachar la cabeza, porque ¿para qué negarlo? hay elevación de carácter hasta en el vicio.

Yo conocí un borracho á quien nunca pude mirar con el desprecio que á los demás. Era un hombre taciturno, que paseaba su beodez por las calles de Lima sin lanzar un término descompuesto, sin importunar á nadie con la

solicitud de una copa. Con el sombrero hundido hasta las cejas y las manos en los bolsillos, solía permanecer apoyado contra una esquina, dos y tres horas mirando á los que pasaban con indefinible expresión de lástima.

¿Qué había en ese desgraciado para que le contemplase yo con respeto?

Un día se le encontró moribundo en el zaguán de una casa. El dueño de ella, malhumorado le preguntó por su domicilio.

—"Perdone Vd. la molestia,—dijo el borracho:—no me ha alcanzado la fuerza para llegar con mis propios pasos al cementerio"... Murió allí mismo, y supe después, que ese hombre había nacido en la mayor opulencia; que abandonado por la fortuna no quiso merecer favores de nadie y que toda la altivez de su corazón en los postreros instantes, se había revelado en esa frase tan cortés y tan amarga de: *perdone Vd. la molestia!*

Como poeta, Plaza, es una personalidad distinguida. Muy lejos estuvo de ser un cómico del dolor, uno de aquellos plañideros de oficio que contrastan con sus versos por el buen humor y la porcina obesidad, extra-

ños al sufrimiento. La atrabilis de este poeta, dió á casi todas sus composiciones el sombrío tinte que las denuncia al observador, como productos morbíficos, dignos siempre de admiración por el atrevimiento de las ideas, la turgencia de la forma y nunca desmentida energía de sentimientos.

José Ignacio Rosas Moreno, al revés de Plaza, fué de un carácter benévolo y sumiso á los contratiempos de la fortuna. Dedicado á la enseñanza, en comunicación diaria con los niños, su pluma ha estado muchos años á servicio de la escuela y por lo mismo tal vez no se conocen de él tempestuosos arranques, ni imprecaciones en verso cual las del poeta que le antecede. Gran estilista, pulcro en la forma y concienzudo maestro en el arte de escribir, pasa en México entre el contado número de los clásicos.

Rosas Moreno, autor dramático también, conquistó en el teatro aplausos muy merecidos; pero nada ha elevado tanto su nombre como las fábulas que publicó en 1864 y que han merecido el raro honor de ser traducidas al inglés. Como poeta es sentimental y dan

una idea de su estro favorito las siguientes estancias :

Es la existencia un cielo
cuando el alma soñando embelesada
con amoroso anhelo,
en los ángeles fija su mirada.
¡ Feliz el alma que á la tierra olvida
para vivir gozando !
¡ Quién pudiera olvidarse de la vida !
¡ Quién pudiera vivir siempre soñando !

En esta estrecha y mísera morada,
es un sueño engañoso la alegría;
la gloria es humo y nada,
y el más ardiente amor gloria de un día.
Afán eterno el corazón destroza
cuando los sueños ¡ ay ! nos van dejando.
Sólo el que sueña goza...
¡ Quién pudiera vivir siempre soñando !

El nombre de este poeta es digno de recordación ante todo, por su consagración á la infancia. Militó entre los obreros infatigables que han instruido á la juventud mexicana de hoy, no sólo con la palabra sinó con el ejemplo. Fué grande y fué modesto. Jamás se sintió tentado por la ambición de lucro, y prefirió volver tristemente á la ciudad donde na-

ciera, para morir allí, abandonando las esferas políticas en que alguna vez le lanzaran, antes que renunciar á su libertad de acción y adquirir compromisos ingratos á su naturaleza sencilla y buena, por decir lo menos en honor de este hombre á quien muchos escritores y poetas de la actualidad deben la formación de su gusto desde la escuela.

Agustín F. Cuenca es otro ingenio desaparecido tempranamente, como los anteriores, dejando un surco profundo en la literatura nacional de México. Íntimo amigo de Acuña y su compañero de estudios, logró recibirse de médico algunos años después del suicidio de éste, aunque no debía sobrevivirle por largo tiempo. El germen de una dolencia mortal que acabó con él á los treinta y cuatro años, no emponzoñó sin embargo las producciones de su numen exuberante. Nada se adivina en los versos de este poeta que acuse una enfermedad del alma derivada de la del cuerpo, como ha acontecido con otros bardos de igual talento y mucha menos resignación.

Nadie ha traducido á *Stecchetti*, con la precisión y la verdad que lo hizo Agustín F.

Cuenca. Así lo acreditan estas estrofas que se hallan á la altura del conocido texto italiano:

Del sol naciente á las primeras luces,
sola, enlutada, reprimiendo el llanto,
mi tumba buscarás entre las cruces
del mudo y solitario camposanto.

Búscala entre la yerba enmarañada,
donde á los brazos de la cruz musgosa
se enreda la campánula morada
y trepa el tallo de la blanca rosa.

De mi pecho esas flores han brotado
y morir en el tuyo han de pedirte,
que son los versos que pensé á tu lado
y las ternezas que olvidé decirte.

Cuenca ha dejado viuda á Laura Méndez, insigne poetisa que vive hoy en California dirigiendo un colegio de señoritas. De ella, en lugar oportuno, reproduciré una composición poética admirable y que le ha valido grandes aplausos.

Pareja interesante fué aquella, rota por la muerte en 1884.

Laura Méndez de Cuenca, noble mujer que

se busca hoy animosamente el pan en territorio extranjero, debe recordar con frecuencia estas quintillas, obra de su esposo y que á nadie corresponden mejor que á ella en la afanosa vida que lleva:

Sentir, amar, padecer...
arte y victoria á la par
en vago sueño entrever...
Batallar para vencer
y vencer para llorar;

Ser envidia y desamor;
queja de alma apasionada;
lágrima y voz de dolor,
y el infierno del rencor
encender en la mirada;

Ser caricia y golpe aleve,
súplica y marcial arrojo,
valor que á todo se atreve;
la piedad que se conmueve,
la vergüenza y su sonrojo;

Ser amante galanteo
que en la reja solitaria
sopla el fuego del deseo;
en el salón devaneo
y en el santuario plegaria;

Dar arranque al sentimiento,
dar impulso á la pasión,

esplendor al pensamiento,
sombras al remordimiento,
borrascas al corazón,

Es ser poeta... es llorar !
es ser artista... es sufrir !
nacer y no despertar,
y soñar, siempre soñar
la visión del porvenir.

Á Manuel M. Flores, al eterno cantor de la hermosura, difícil es todavía arrebatarle el puesto que le han otorgado los mexicanos, de primer bardo erótico en la República.

Ciertamente que Flores vivió y murió cantando á la mujer en todos los tonos; que nadie como él ha derramado tan odoríferas esencias en el cabello de sus queridas; que tuvo notas dulcísimas para hacerse perdonar la inconstancia con ellas; que fué en un tiempo el bardo preferido de los amantes, y que algunos de sus versos han alcanzado triunfos desconocidos para la mayoría de los poetas; pero, es cierto también, que gran parte de sus amatorias, como esas reinas del jardín, como esas flores bellas que á todas supeditaron en color y fragancia un día, van

de tarde en tarde palideciendo, y no tardarán en caer desechas para servir de abono á otras plantas.

¿Puede negarse á Flores, sin embargo, el valor real que ha tenido y lo que aún tiene de grandísimo mérito en sus trabajos? Sería esto una injusticia evidente.

La poesía de Flores que palidece, la que abonará muy pronto la tierra, es esa poesía fútil, amorosa, en que tanto abunda y que no parece escrita sino para deleitar los oídos de casquivanas mujeres, pues casi toda esa poesía del mismo asunto y empaste, muy lejos está de compararse á aquella otra en que Flores se nos revela como un artista de primer orden, grandilocuente, inspirado.

Eva, el mejor canto de Flores, no morirá por cierto. En ella ha gastado el poeta los tesoros de su imaginación. Para cumplimentar á las que no fueron reinas del Paraíso, ha quedado pobre. Tuvo que apelar con frecuencia al vidrio y las joyas falsas, en multitud de sus composiciones posteriores á *Eva*, porque diamantes y rubíes como los empleados en engalanar á la madre del gé-

nero humano, son imposibles de conseguir á cada momento.

Eva es una composición bien larga y para su mejor estudio iré aquí fraccionándola.

Era la sexta aurora. Todavía
el ámbito profundo
del éter, el *Fiat-lux* estremecía;
era el sereno despertar del mundo
del tiempo en la niñez.
Amanecía,
y del Creador la mano soberana
ceñía con gasas de topacio y rosa,
como la casta frente de una esposa,
la frente virginal de la mañana.

Rodaban en la atmósfera ligera
las olas de oro de la luz primera,
y levantando púdica su velo
Primavera gentil, rica de galas
iba en los campos vírgenes del suelo
regando flores al batir sus alas.

El monte azul, su cumbre de granito
dejando acariciar por los celajes
dispersos en el éter infinito,
en campos desplegaba de esmeralda
la exuberante falda
de sus bosques tranquilos y salvajes.
Y cortinas de móviles follajes,
cascada de verdura

cayendo en los barrancos,
daban sombra y frescura
á grutas que fragantes tapizaban
rosas purpúreas y jazmines blancos.

El denso bosque presintiendo el día,
poblaba su arboleda de rumores:
el agua elegre y juguetona huía
entre cañas y juncos tembladores.
El ángel de la niebla sacudía
las gotas de sus alas en las flores,
y flotaba la aurora en el espacio
envuelta en sus cendales de topacio.

Era la hora nupcial. Dormía la tierra
como una virgen bajo el casto velo,
y el regio sol al sorprenderla amante,
para besarla, iluminaba el cielo.

Era la hora nupcial. Todas las olas
de los ríos, las fuentes y los mares
en un coro inefable preludiaban
un ritmo del Cantar de los Cantares.
El incienso sagrado del perfume
exhalado de todas las corolas,
flotaba derramando en los cefiros
que al rumor de sus alas ensayaban
un concierto de besos y suspiros;
y cuantas aves de canoro acento
se pierden en las diáfanas regiones,
inundaban de músicas el viento
desatando el raudal de sus canciones.
Era la hora nupcial. Naturaleza

del caos al salir aun deslumbrada,
ebria de juventud y de belleza,
virginal y sagrada,
velándose en misterio y poesía;
sobre el tálamo en rocas de la tierra
al hombre se ofrecía.

¡ El Hombre !... Allá en el fondo
más secreto del bosque, do la sombra
era más tibia del gentil palmero,
y más mullida la musgosa alfombra
y más rico y fragante el limonero;
donde más lindas se tupían las flores
y llevaba la brisa más aromas,
la fuente más rumores,
y trinaban mejor los ruiseñores,
y lloraban más dulce las palomas:
do más bellos tendía
sus velos el crepúsculo indeciso,
allí el Hombre dormía;
aquel era su hogar, el Paraíso.

Hasta aquí la decoración no deja que desear por la magnificencia de su pintura. Este Paraíso de Flores es sin embargo la copia fiel de un valle del trópico, y no ha necesitado el poeta, como se comprende, de una abstracción violenta para reproducirlo en la tela. El sensualismo del arte palpita en esos renglones. Difícil es no sentir el embria-

gante perfume de nuestras selvas en tan hermoso cuadro robado á la misma naturaleza en el abandono de sus encantos. Y hay resplandores divinos en este cuadro, porque es divina también la musa que ardiente de inspiración oficia allí, en el santuario de los bosques vírgenes.

Pero, ¡qué pasaje tan triste sigue á los anteriores versos!

> El mundo inmaculado
> se mostraba al nacer grande y sereno;
> Dios miraba á lo creado
> y veía que era bueno.

¿Puede darse algo más prosaico, más ñoño y cuanto se quiera?

Esa frase tan desgraciada de la Biblia que representa á Dios como á un artesano embobado en la contemplación de su obra, tiene por fuerza en poesía, un valor paupérrimo. Agrégase á lo ruin del concepto un defecto de prosodia que crispa los nervios: las sinéresis de *creado* y *veía* en dos heptasílabos inmediatos.

El poeta ha tropezado, es verdad, pero no

ha caído. Sigámosle en su marcha para admirarle con el interés creciente que desarrolla.

Bañado en esplendor, lleno de aurora,
de aquel instante en la sagrada calma,
á la sombra dormido de la palma,
y del césped florido en el regazo
estaba Adán, la varonil cabeza
en el robusto brazo,
y esparcida á la brisa juguetona
la melena gentil; pero la altiva
frente predestinada á la corona,
la noble faz augusta de belleza
enmedio de su sueño, revelaban
severa y melancólica tristeza.
El aura matinal en blando giro
su frente acariciaba, y suavemente
su pecho respiraba,
pero algo como el soplo de un suspiro
por su labio entreabierto resbalaba.
¿Sufría?... En aquel retiro
sólo el Criador con el dormido estaba.

Era el hombre primer, era el momento
primero de su vida, y ya su labio
bosquejaba la voz del sufrimiento.
La inmensa vida palpitaba en torno,
pero él estaba solo. El aislamiento
trasformaba en proscripto al soberano...
Entonces el Criador tendió su mano
y el costado de Adan tocó un instante.

. . . .

Suave, indecisa, sideral, flotante,
como el leve vapor de las espumas,
cual blanco rayo de la luna, errante
en un girón de tenebrosas brumas,
emanación castísima y serena,
del cáliz virginal de la azucena,
perla viviente de la aurora hermosa,
ampo de luz del venidero día
condensado en la forma voluptuosa
de un nuevo sér que vida recibía,
una blanca figura luminosa
alzóse junto á Adán... Adán dormía.

Eva, la reina del Paraíso, ha surgido irreprochable, según el Génesis. Y si bella es la manera de presentar á la primera mujer en estado fluídico, llega á más todavía el poeta en su inspiración al hacerla carne.

La primera mujer! Fúljido cielo
que bañó con su lumbre
la mañana primer de las mañanas.
¿ Viste luego en la vasta muchedumbre
de las hijas humanas
alguna más gentil, más hechicera,
más ideal que la mujer primera?

La misma mano que vistió la tierra
de azules horizontes,

los campos de esmeralda,
y de nieve la cumbre de los montes
y de verde obscurísimo su falda;
la que en las olas de la mar sombría
alza penachos de brillante espuma,
y corona de arco-iris y de bruma
la catarata rápida y bravía;
la que tiñe con mágicos colores
las plumas de las aves y las flores;
la que tan bellos pinta esos celajes
de oro y ópalo y púrpura que forman
del cielo de la tarde los paisajes;
la que cuelga en el éter cristalino
el globo opaco de la luna fría
y en el zenit espléndido levanta
la corona del sol que lanza el día;
la que al tender el transparente velo
del ancho firmamento, como rastros
de sus dedos de luz dejó en el cielo
el polvo fulguroso de los astros;
la mano que en la gran naturaleza
pródiga vierte perennal hechizo,
la del eterno Dios de la belleza,
¡oh! primera mujer... esa te hizo!

La dulce palidez de la azucena
que se abre con la aurora
y el casto rayo de la luna llena,
dejaron en su faz encantadora
la pureza y la luz. Los frescos labios
como la rosa purpurina, rojos,
esa mirada en que fulgura el alma

en los rasgados y brillantes ojos,
y por el albo cuello,
voluptuoso crespón de sus hechizos,
la opulenta cascada del cabello
cayendo en olas de flotantes rizos.

Su casta desnudez iluminaba,
su labio sonreía,
y el mirar de sus ojos encendía
una inefable luz que se mezclaba
del albor al crepúsculo indeciso...
Eva era el alma en flor del Paraíso.

Y de ella en derredor, rica de vida
se agitaba dichosa
naturaleza toda palpitante;
como á la virgen trémula el amante,
la envolvía cariñosa,
Las brisas, y los hojas le cantaban
la canción del susurro melodioso
al compás de las fuentes que rodaban
su raudal cristalino y sonoroso ;
en torno cefirillos voladores
su cabello empapaban con aromas;
suspiraban pasando los rumores
y trinaban mejor los ruiseñores
y lloraban más dulce las palomas ;
en tanto que las rosas extasiadas,
húmedas ya con el celeste riego,
temblando de cariño á su presencia,
su pie bañaban de fragante esencia
y se inclinaban á besarle luego.

Iba á salir el sol, amanecía,
y á la plácida sombra del palmero
tranquilo Adán dormía;
su frente majestuosa acariciaba
el ala de la brisa que pasaba
y su labio entreabierto sonreía.

Eva le contemplaba
sobre el inquieto corazón las manos,
húmedos y cargados de ternura
los ya lánguidos ojos soberanos;
y poco á poco, trémula, agitada,
sintiendo dentro el seno, comprimido
del corazón el férvido latido,
sintiendo que potente, irresistible,
algo inefable que en su sér había,
sobre los labios del gentil dormido
los suyos atraía,
inclinóse sobre él...

Y de improviso
se oyó el ruido de un beso palpitante;
se estremeció de amor el Paraíso...
¡Y alzó su frente el sol en ese instante!

El hombre cálido, exuberante de vida, con todos los refinamientos de la pasión amorosa, revélase en el poeta que canta á Eva.

El ideal supremo de la beldad femenina está encarnado en esa Venus paradisíaca, la mujer única de quien somos todos enamora-

dos, dándole un nombre nuevo en cada nueva estación de la vida. Esa mujer que nos pinta Flores, no puede morir jamás porque es eterna, porque es la misma que despierta al adolescente, sacude al hombre en su virilidad y tortura al viejo en sus noches.

¿ Por qué, pues, llamar á Eva madre del género humano ?

Antes que *madre*, es esa la *hembra* nacida para el deleite. La leyenda del Paraíso no nos habla del primer hogar sino de la primera disolución. La madre no parece en aquella voluptuosa muñeca bastante instruida ya, al abrir los ojos, en el idioma de los sentidos. Se nos presenta afable, provocativa, diabólicamente hermosa en su desnudez. Y para el hombre, sér tan dispuesto al amor que muy atrás deja al irracional en la brama, no existe casta desnudez, mentira !

Puede haber castidad en el arte de Fidias y Praxíteles, pero no en los ojos que ven representado con exactitud el mullido cuerpo que el pudor vela, la femenina carne de sus delirios.

En una madre apenas si toleramos el pe-

cho ebúrneo fuera del corpiño cuando le reclama la criatura que de hambre llora. La *casta desnudez* es una invención enteramente pagana. ¿Quién ha podido recrearse en la contemplación de una mujer en cueros vivos si no es apartándose del sentimiento puro de la maternidad? No seamos hipócritas. Esa Eva radiante de hermosura,

> sintiendo que potente, irresistible
> algo inefable que en su sér había
> sobre los labios del gentil dormido
> los suyos atraía,

no tiene en tal situación nada que nos recuerde á la madre, nada que no sea una profanación de ese nombre que borra para nosotros la más remota sombra de concupiscencia.

Flores ha producido allí una obra maestra de gracia y no me detendré á señalar una por una sus excelencias. Insistiré sí, en el punto de que el poeta ha tomado quizás demasiado al hombre. Vaga en los anteriores versos un airecillo picante, una cierta fragancia de alcoba que vende al pecador amante de

muchas Evas, y que por la asociación ideológica me ha llevado hasta la negación de maternidad substancial en la Venus calenturienta del Paraíso.

¿Calumniaré yo á Flores? Él mismo ha dicho:

> Tanto he querido y con pasión tan loca,
> que dejé sin sentirlo en mi embeleso,
> un poco de mi vida en cada boca,
> un pedazo de mi alma en cada beso!

Esta naturaleza ardiente y simpática rindióse antes que á la muerte, ocurrida para él en 1885, á las enfermedades que envenenaron los últimos años de su existencia. Aquellos grandes ojos del poeta que reflejaron el amor y la gloria, velados fueron por una dolencia crónica hasta que expiró en los brazos de una interesante mujer que sigue amándole todavía, pues jamás le recuerda sin verter lágrimas.

En el siguiente capítulo diré algo sobre esa mujer, que fué hermosísima, que inspiró á los más grandes poetas de México, allá, en su tiempo, y á quien el vulgo hace respon-

sable del trágico fin de Acuña, por haberle éste dedicado su famoso *Nocturno* antes de matarse.

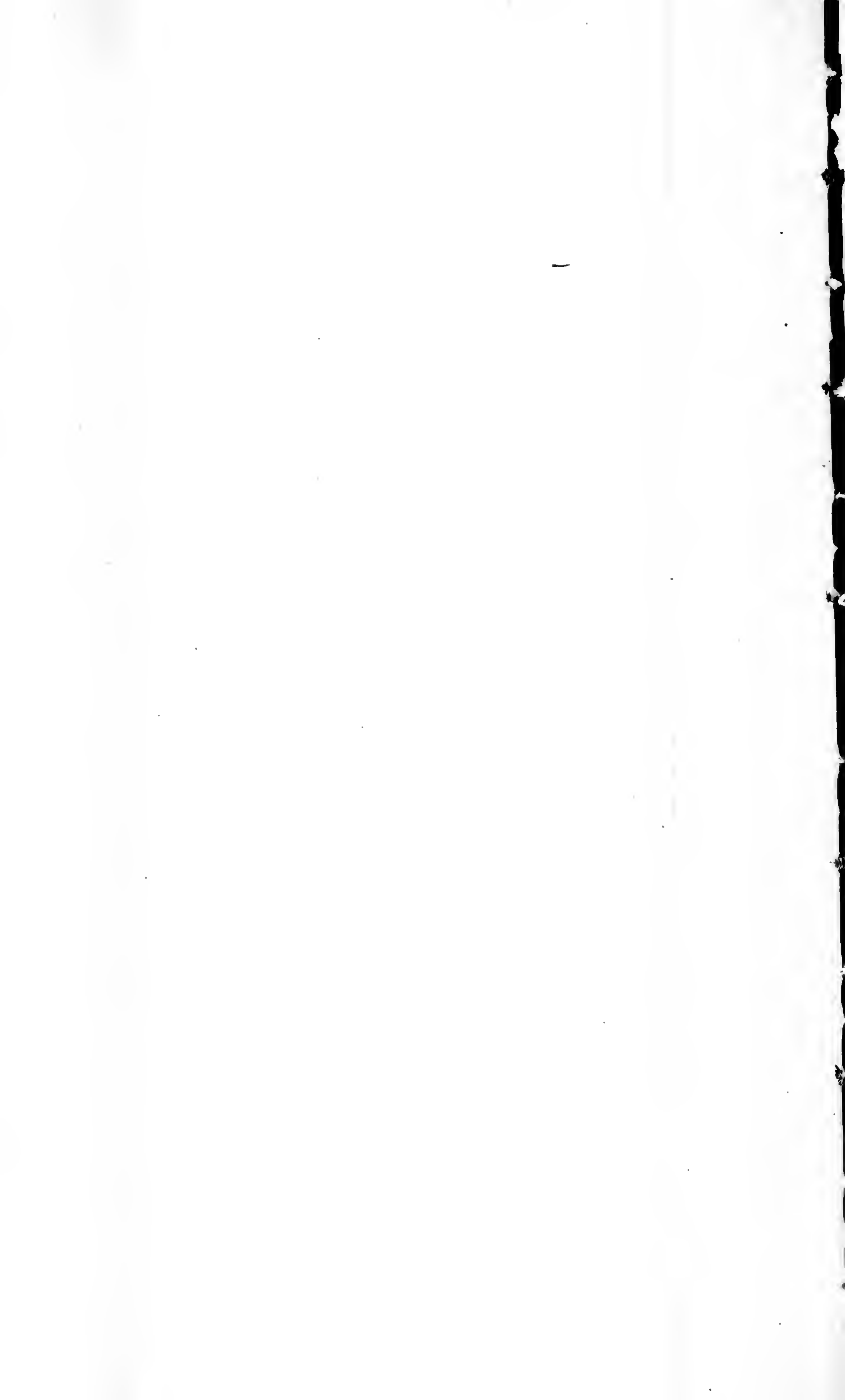
Flores que goza de más reputación como poeta erótico, ha abordado distintos temas en que deja muy atrás, sin embargo, el verso amatorio. En su *Oda á la Patria*, digna de la hazaña que conmemora ante los muros de Puebla, donde fueron derrotadas las mejores tropas de Napoleón III, el 5 de mayo de 1862, dice el poeta:

> Allí queda la invicta
> amazona mostrando cual trofeo
> la palpitante herida del combate,
> por la cual, ante el sol, como en el roto
> pecho de los guerreros de Tirteo,
> se ve el valiente corazón que late.
>
> Allí queda ese fuerte de los libres
> ante cuyo granito la soberbia
> de los nunca vencidos se destroza:
> allí queda ese campo de pelea
> donde hollaron las cruces de Crimea
> los cascos del corcel de *Zaragoza!*

Toda esa composición es tonante y magnífica. Ella prueba, lo mismo que muchas

otras iguales en valentía, que Flores al tocar la dulzaina para agradar á las mujeres, capaz era también con la trompa épica de hacerse escuchar de los hombres con entusiasmo.

El cantor de *Eva* ha dejado buenos discípulos. Menos original que Prieto, Altamirano y Riva Palacio, está á su altura por el esfuerzo intelectual desplegado en pro de las letras. Murió pobre y casi abandonado de la fortuna; mas, su talento, uno de los mayores que se dieron á la poesia en el Nuevo Mundo, es y seguirá siendo un timbre de legítima gloria para su patria.



IX

Manuel Acuña, el suicida, es quizá como poeta el más aplaudido de todos los mexicanos.

Nada le falta hoy para su admiración en la tierra. El tiempo, ese verdugo desapiadado con los talentos de menor cuantía, es por el contrario, para los grandes, una entidad reparadora y benéfica; un acumulador de gloria que centuplica los capitales bien invertidos en honor y provecho de la Humanidad.

Nacido Acuña en 1849, joven sería aún, pero no brillaría tal vez con resplandores tan vivos como los que lanza desde la tumba.

El día de la vida es muy corto y no permite á los astros que se dibujen allá arriba, donde

les buscamos de noche. Es preciso morir! Es preciso que se haga en torno la obscuridad más completa, para que juzguemos á la simple vista, sin telescopio, la fosforescencia del astro humano que en nuestro cielo ha gravitado sin conmovernos...

¡ Y qué astro tan luminoso es Manuel Acuña!

Tiene su trágico fin tanta poesía como sus versos. El poeta que se arranca la vida á los veinticuatro años, en medio de los triunfos que brinda el arte, renunciando al porvenir que le sonríe, á la amistad que le busca, al amor que no le desdeña, es ciertamente un poeta muy extraordinario y que lleva consigo al sepulcro un poema de dolores incomprensibles para la mayoría de los mortales.

Es el suicidio para esa mayoría, un crimen horrendo ó por lo menos una locura. Vivir á todo trance, aunque sea con sacrificio de la honra y de la ventura, es lo más natural y más cómodo para muchas buenas gentes que se resignan á cualquier cosa, siempre que no les falte un pedazo de pan ni una miserable estera en qué revolcarse.

¡Ah! Naturaleza fué sapientísima cuando limitó ciertas rebeldías á muy pequeño número de individuos en la superior escala animal.

Cómo se matarían los hombres, á tener conciencia de lo inútil que es sufrir en el mundo porque se cumpla una voluntad extraña del todo á ellos, indiferente si no enemiga de lo que estrechamente les conviene como á cantidades infinitésimas!

Muchos de los llamados locos porque contravienen á la ley general suicidándose, no son tales locos, sino espíritus convencidos de su impotencia, que se rebelan contra el desconocido tirano que les azota, y ya que devolverle no pueden golpe por golpe, escúpenle á la cara, en un momento de rabia, su propia vida.

Acuña no se suicidó por los desdenes de una mujer. Tiempo es ya de que termine esta fábula vulgarizada en toda la América por culpa del mismo Acuña con su famosa composición *á Rosario*. Estoy en posesión de datos al respecto, que me atrevo á llamar interesantísimos y que no dudo sorprenderán

á todos los que de buena fe maldicen todavía á una criatura inocente del daño que se hizo Acuña.

La Rosario que inmortalizó el poeta, existe en México y es mi amiga.

¿Qué hombre de pluma no la conoce allá?

—*Rosario de la Peña es un monumento histórico,* — me decía una tarde Manuel José Othón, el dramaturgo mexicano á quien el invicto Echegaray ha batido palmas.

Manifesté vivos deseos de conocerla, y Othón me prometió anunciarla mi visita, agregando que desde algún tiempo atrás habitaba Rosario en el pueblo de Guadalupe, situado á algunos kilómetros de la capital y segregada por propia voluntad, casi completamente, del mundo social en que antes viviera. Pocos días después, José María Bustillos, uno de los poetas más jóvenes y aprovechados de México, me presentó á Rosario por encargo de Othón, que se dirigió precipitadamente á San Luis, cumpliendo antes con anunciarme á esta dama que nunca celebraré lo bastante haber conocido.

Guadalupe es á México lo que *Lourdes* á

Francia: el lugar de un santuario donde no deja un día de ofrecerse á la Virgen el más reverente culto por los católicos. En *Guadalupe*, como en *Lourdes*, tuvo la madre de Dios el capricho de presentarse á un pastor sencillote y no menos ignorante que *Bernardita*.

El santuario mexicano no cede en esplendor al francés, y creí natural cuando me dirigía allí, que Rosario viviese prosternada ante el altar de la Virgen, doliéndose todavía de su homicida crueldad para con Acuña.

¡Qué desengaño el que me esperaba!

En una casita modesta de la villa, no muy distante del Santuario famoso, vivía nuestra heroína, acompañada de su señora madre, una joven hermana y varios sobrinos.

La madre de Rosario y su hija menor, Margarita, fueron las primeras personas á quien hablé. Á juzgar por el aspecto de la anciana y de Margarita, la hija mayor ausente no debía desdecir la singular hermosura patrimonio de aquella raza.

Bien pronto me hice cargo de que estaba en el seno de una familia hospitalaria y cor

dial. Respiré esa atmósfera del hogar decente no desvirtuado por la pobreza, y comprendí á las primeras razones cambiadas con los dueños de la casa, el secreto amargor que deja en los corazones más fuertes toda declinación muy rápida de fortuna.

Abriendo y cerrando con estrépito una mampara, adelantó hacia mí, de pronto, Rosario, la mujer á quien buscaba yo en mi peregrinación literaria con un fervor no menos digno de respeto que el de los fieles cristianos en *Guadalupe*.

Era una mujer de sangre española, bastante morena y de cuarenta años. Alta y erguida, tenía la majestad de una princesa reinante. Su cabello negrísimo blanqueaba en algunos puntos; sus ojos, de un pardo obscuro, centelleaban en la cavidad de sus órbitas con la inequívoca luz de la inteligencia. Una nariz correcta, unos labios muy rojos, apretados y finos completaban esta fisonomía que debió ser soberanamente hermosa diez años antes, y que produce todavía una impresión agradable por su conjunto armónico, lleno de animación y de vida, profundamente simpático.

Hablamos, y desde el principio me expliqué la fascinación que ejerció esta Rosario sobre los poetas que allá en su mocedad habíanla cantado como á una diosa. No presume de literata; jamás ha compuesto un verso, pero recita admirablemente los versos de sus amigos y de otros notables bardos. Tiene un timbre de voz melodioso, una manera de decir que subyuga, porque da á cada palabra y sin aparente esfuerzo, el tono más apropiado para su efecto, cual si estuviera sintiendo idénticamente con el autor.

El resumen de mis conversaciones con Rosario, respecto á Acuña, lo daré aquí en forma de diálogo para conservar en lo posible su exactitud. Debo sí, advertir, que estas conversaciones las tuve algún tiempo después de mi presentación á ella, y cuando en el seno de la confianza amistosa, comprendió que no me guiaba, al hablarla sobre ciertos asuntos, por una impertinente curiosidad.

—¿Cómo hizo Vd. conocimiento con Acuña?

—Me fué presentado en casa con motivo de sus primeros triunfos poéticos. Mi casa, no lo atribuya Vd. á pretensión mía, era un

centro de reunión preferido por los más distinguidos literatos de entonces. Yo recibí á Acuña lo mismo que mis padres y mis hermanos, como á un buen amigo, sin que él hubiese en el resto de su vida manifestádose de otro modo.

—La fama cuenta, y Vd. no debe ignorarlo, que Acuña se dio la muerte por los desdenes de la Rosario aquella á quien dedicó su *Nocturno...*

—Sí señor, así aparece á primera vista; pero nada es más falso que aquello de que Acuña se haya suicidado por mí.

—¿Vd. no le desdeñaba?

—Muy lejos de eso, yo lo quería como se puede querer á los hombres de la naturaleza de Acuña: con admiración y cierto respeto. Ahora, si mi corazón perteneció á otro...

—Luego es cierto que él vivía celoso y que la desesperación le arrastró al suicidio.

—¿Cómo podía yo darme cuenta de ese cariño en un hombre que me trataba como á su hermana, que siempre estaba alegre en presencia mía, que jamás me habló de terribles pasiones ni de violencias? Para que me-

jor comprenda Vd. el carácter de Acuña, bástele saber que sus amigos todos le creían escéptico en el amor hasta el punto de conceptuar imposible que se apasionase exclusivamente de una mujer. Cuando vino á casa, ya sostenía relaciones estrechas con una poetisa notable. Yo no podía ignorarlo, y si de broma aludía alguna vez á estas relaciones, Acuña se manifestaba un buen muchacho contento de su felicidad y nada exigente.

—Muy extraño es lo que Vd. dice, y más extraño aún, que un poeta sincero y de la talla de Acuña haya querido engañar al mundo en su último trance...

—¿Vd. no comprende que yo no tengo tampoco por qué mentir? Si fuese una de tantas vanidosas mujeres, me empeñaría por el contrario, con fingidas muestras de pena, en dar pábulo á esa novela de la que resulto heroína. Yo sé que para los corazones románticos no existe mayor atractivo que una pasión de trágicos efectos cual la que atribuyen muchos á Acuña; yo sé que renuncio, incondicionalmente, con mi franqueza, á la admiración de los tontos, pero no puedo ser cómplice de un

engaño que lleva trazas de perpetuarse en México y otros puntos. Es verdad que Acuña me dedicó su *Nocturno* antes de matarse, es verdad que conservo el original de esa composición como un tesoro inapreciable, pero es verdad también, que ese *Nocturno* ha sido un pretesto y nada más que un pretesto de Acuña, para justificar su muerte; uno de tantos caprichos que tienen al final de su vida algunos artistas... ¿ Sería yo en su última noche una fantasía de poeta, una de esas idealidades que en algo participan de lo cierto, pero que más tienen del sueño arrebatado y de los vagos humores de aquel delirio? Tal vez esa *Rosario* de Acuña, no tenga nada mío fuera del nombre!

—Perdone Vd. que no dispense entero crédito á sus palabras. ¿Qué significan entonces las expresiones amargas y tan concretas de ese *Nocturno ?* ¿ Cómo fingir tan admirablemente bien lo que no es verdadero en el corazón de un hombre que va á matarse? Recuerde Vd. los siguientes alejandrinos :

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos,
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos,
bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos,
y en vez de amarte menos
te quiero mucho más.

Á veces pienso en darte
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión;
mas, si es en vano todo
y el alma no te olvida,
¿qué quieres tú que yo haga,
pedazo de mi vida,
qué quieres tú que yo haga
con este corazón?

Y luego que ya estaba
concluido tu santuario,
la lámpara encendida,
tu velo en el altar;
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario,
y abierta allá á lo lejos
la puerta del hogar...

—Todo eso es fantasía pura. Yo amaba es cierto, á otro hombre, al único á quien me he sentido obligada por el cariño toda la vida; á Flores, á quien Vd. seguramente ha conocido de fama... pero, ese poeta no menos desgraciado que Acuña, y que ha muerto posteriormente en mis brazos, ese hombre que no sospechaba tener un rival en su amigo Acuña, se encontraba en aquellas circunstancias fuera de México. Le repito á Vd. que Acuña no pudo estar quejoso de mí porque siempre fuí amable con él y no usé de ese rigor á que alude en sus versos, porque ni lugar siquiera me dió para tal rigor... Es bien difícil, amigo mio, la causa que yo defiendo, pero tengo todavía en mi apoyo una prueba que es concluyente...

—Veamos aquella prueba.

—Acuña nació tan inclinado al suicidio, que debía matarse más temprano ó más tarde, conociendo ó no conociendo á esta Rosario á quien condenan las apariencias. Pertenecía el poeta á una familia desequilibrada, no cabe ya duda alguna.

—Cuidado con esa afirmación que es muy

grave y puede parecer calumniosa por lo difícil que es dar las pruebas...

—¡Las pruebas! Todos hoy en México las conocen: dos hermanos de Acuña se han suicidado con posterioridad á él. Ya Vd. ve que eso no puede ser una casualidad sino una degeneración morbosa de que existen por desgracia muchos ejemplos...

Las razones últimas de Rosario dejáronme convencido.

Familias hay de suicidas, como las hay de tísicos y cardíacos. Acuña, con poseer una inteligencia de primer orden, con ser tan gran poeta, llevaba escondida en lo más íntimo de su sér aquella desesperación muda, aquel profundo disgusto de la vida que precipita ordinariamente al suicidio, cuando se ponen determinados sentimientos en conjunción. No le acusemos de loco, porque aquello también es una injusticia. Sentir con mayor viveza que otros el dolor, no resistir á la pena que algunos sobrellevan con estoicismo, será una debilidad puramente animal, pero no un total eclipse de la razón. Hiperestesia no quiere decir locura. Ella, por el contrario, es á las

veces, generadora de muchas obras sublimes de arte que significan para su autor angustia horrible, llantos é insomnio, tensión nerviosa que enferma, incubadora fiebre que mata.

Después de visitar á Rosario he reflexionado mucho en si era ó no conveniente trasmitir al público las noticias que recibí de sus labios. Como esas noticias acrecen en interés á la distancia que se halla México de nosotros, no he vacilado al fin en hacerlo. Perdóneme, pues, Rosario, que por complacer á mis lectores de Sud-América, donde tiene tantos admiradores Acuña, haya trazado las anteriores líneas que aclaran un punto obscuro en la historia del infortunado poeta.

Completando estos datos, reproduciré también un artículo, escrito en 1886 por Juan de Dios Peza; artículo en el cual se detallan muchas cosas que apreciarán debidamente los que no conocen de Acuña sino sus versos.

"Hoy hace trece años, y todavía están vivos en mi corazón los dolorosos recuerdos de esta fúnebre fecha.

"Fué una de las más hondas impresiones

de mi vida. Llegué á la una de la tarde á la Escuela de Medicina y me fuí, como de costumbre, al cuarto número 13 del segundo patio. En este obscuro cuarto donde un tiempo viviera Juan Díaz Covarrubias, habitaba entonces uno de los más notables estudiantes de la escuela y uno de los más íntimos amigos míos: Manuel Acuña.

"No era de extrañarse que en la modesta estancia á que me refiero, hubiera en pleno día una bujía encendida, porque el cuartucho era asaz obscuro, muy bajo de techo y está, como podeis verlo, en un entresuelo al que más obscurecen los corredores de arriba.

"Era sábado y yo estaba inquieto por los acontecimientos de la víspera.

"Habíamos andado juntos Acuña y yo todo el viernes: elegimos como mejor sitio la Alameda, y en ella nos estuvimos desde las tres hasta las seis de la tarde.

"El viento de Diciembre arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos, y Acuña, en cada ocasión que pasaban bajo sus pies rozándole, levantaba alguna, y me decía algo como esto: *Mira cómo puede*

sorprender la muerte en plena vida á quien menos la espera.

"Me recitó después una poesía intitulada *Génesis de mi vida*, que aunque dejó de ella un ejemplar escrito, lo extrajo no sé quién de entre sus papeles y esta es la hora que nadie sabe en qué manos pára. Era una poesía lindísima; recuerdo uno que otro de sus versos admirables y me servirán para el día que la vea aparecer con otra firma en algún periódico.

"Su poema *La Gloria*, era mucho más largo de lo que es hoy. Él suprimió muchas estrofas y entre esas la siguiente:

Como si hacer un verso lisonjero
le diera á un hombre títulos bastantes
para aspirar á que, sus semejantes,
le alcen altares por el mundo entero;
cuando después de Homero y de Cervantes
no ha habido otro Cervantes ni otro Homero.

"Creen muchos que el *Nocturno* de Acuña fué su último canto, esto es un error completo.

"Lo penúltimo que escribió fué la silva

festiva *Á la luna*, y lo último un soneto.

"En la tarde á que me refiero en este artículo, quedó de pronto sumergido en profunda tristeza y me dictó un soneto que escribí, por falta de papel, al dorso de la portada de un pequeño libro, *Las hojas de Otoño* de Víctor Hugo, que á la sazón llevaba en mis manos y que como reliquia conservo todavía.

"El soneto á que puso galante dedicatoria es el intitulado *Á un arroyo* que todos han leído en la colección de sus versos.

"Estos versos son los últimos que escribió el alma enferma del poeta.

"Hablamos después de muchas cosas, serias unas y tristes otras, y á las seis de aquella nublada tarde, nos separamos diciéndome él con su acostumbrado imperio amistoso: Sin falta mañana á la una.

—"Sin falta, le respondí.

—"Si tardas un minuto más me iré sin verte.

—¿"Te irás adonde? le pregunté.

—"Estoy de viaje... ya lo sabrás.

"Estas últimas palabras cayeron sobre

mi alma como gotas de fuego. Yo sólo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y que su mal agravaba por instantes. Temía, como era natural, la crisis y con ella la muerte.

"Acuña no es conocido de muchos que han pretendido estudiarlo en la plenitud de su grandeza.

"Acuña era triste en su fondo; pero jovial y punzante en su carácter y sus frases; sensible como un niño le atormentaban los dolores ajenos; fuerte y noble, como el sándalo holgábase en perfumar el filo de las hachas que le herían por todas partes.

"Era un estudiante que tenía constantemente un cortejo más que de amigos, de hermanos, y bajo este hermoso título nos tratábamos, y para decir la verdad entera, nos amábamos sin doblez, sin envidia y sin rencillas de ningún género. Formábamos este grupo, Agustin F. Cuenca, que hoy duerme eterno sueño, Gerardo M. Silva, Javier Santa María, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Antonio Coellar y Argomániz, Juan B. Garza, Gregorio Uribe, Juan D. Villalón y

Vicente Morales. Estos éramos los constantes compañeros del autor de *El pasado*, á quien trataban y veían con profundo interés todos los literatos de México, así nuestros maestros como todos los demás que esgrimían la pluma.

"La noche del viernes á que me he referido, Acuña, con el pretesto de arreglar sus papeles estuvo en compañía de uno de sus amigos de la Escuela, destruyendo la mayor parte de ellos y quemándolos luego. Ya al amanecer le llevaron papel enlutado que había pedido y que con la mayor indiferencia colocó sobre la mesa de trabajo, y habiéndose despedido de su acompañante, se acostó, despertando muy tarde al día siguiente.

"No bien se hubo levantado, puso en orden su habitación, hizo él mismo su lecho, se lavó el rostro y cuello y después se puso á escribir cinco cartas: una de ellas á la señora su madre que vivía en Saltillo, otra á Antonio Coellar, uno de sus más íntimos amigos, dos á personas de su estimación y una á Gerardo M. Silva. Salió á las doce á la calle, volvió pocos minutos después, se vis-

tió de ropa limpia y es probable que entonces haya sido cuando escribió las siguientes líneas con mano segura y firme, pero que algunos descuidos de redacción denotan que su cerebro estaba ya trastornado.

Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importen á ninguno; basta con saber que nadie más que yo mismo *es* el culpable.

Diciembre 6 de 1873.

M. Acuña.

“ Salió después; estuvo conversando sobre asuntos indiferentes y á eso de las doce y media volvió á su cuarto... Nadie sabe lo que sucedió entonces...! Yo llegué á la una y minutos y encontré sobre la mesa de noche una bujía encendida y á Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme. Toqué su frente guiado por extraño presentimiento y la encontré tibia; alcé uno de sus párpados y la expresión de la púpila me aterró; volví entonces con sobresalto el rostro hacia la mesa y me encontré en ella junto á la vela un vaso vacío, en el cual estaba

recargado el papel que antes he copiado.

"Aturdido, loco, llamé á los entonces estudiantes y hoy médicos Vargas y Villamil y tras ellos entró Gregorio Uribe, que se precipitó sobre el cadáver queriendo volverlo á la vida y haciéndole una insuflación, á tiempo que Vargas movía el tórax para producir la respiración artificial. Todo era en vano.

"Los labios de Acuña despedían un acre olor á almendras amargas, tan fuerte, que Uribe á punto de intoxicarse, fué después de insuflarle presa de un vértigo.

"El vaso olía á lo mismo... Acuña había apurado cerca de dos dracmas de *cianuro de potasio*."

. . . .

"Los versos de Acuña han recorrido el mundo entero; se han traducido á varios idiomas y se han comentado de mil modos diversos.

"Acuña murió de veinticuatro años, es decir, cuando apenas amanecía en el horizonte de su porvenir.

"Lo mataron, el hastío, la nostalgía, la enfermedad moral que mina á los seres que desde muy temprano viven lejos del bendito

calor del hogar doméstico. ¡Quién lo sabe!

"Nunca he querido examinar filosófica ni fríamente las causas de la muerte de Acuña. Le amé como hermano y le lloro todavía.

"Era de sinceridad de carácter y de una nobleza de alma admirables.

"Un día me dió por escribir á los veinte años un drama social en verso, que una vez terminado fuí á leerlo al refectorio de la Escuela de Medicina, delante de muchos de sus amigos y compañeros de cátedra. Fuí leyendo acto por acto y él me interrumpía de vez en cuando para observar algo con extremada dulzura. Cuando terminé exclamó: Magnífico! Creo que el argumento, la versificación, la trama, el desenlace, todo está muy bien hecho. Te felicito! y me dió un abrazo.

"Todos al oír esto opinaron lo mismo y me abrazaron cordialmente, prodigándome las más encomiásticas frases.

"Cuando quedamos solos me dijo dándome una palmada en el hombro.

—"¿Por qué me obligaste á mentir en público?

—¿" Cuándo?—le pregunté con extrañeza.

—"Hoy mismo. ¿No me has leído delante de muchos tu drama?

—" Sí, le repuse.

—"Pues bien: delante de todos yo no podía decirte sino que era magnífico, pero aquí, á solas, te digo que es de lo más disparatado que he oído, y que me vas á hacer el favor de romperlo inmediatamente para que no se te ocurra volver á leerlo delante de nadie.

" Yo obedecía siempre los consejos literarios de Manuel y sin sentir,—á fuer de caballero,—herida ni lastimada mi vanidad, rompí aquel drama, aborto insoportable de una calenturienta imaginación.

" Acuña era generoso, sencillo, noble hasta el extremo. Su trágica y mil veces censurable muerte fué, á no dudarlo, á causa de un extravío de aquel cerebro. No puedo explicarla de otro modo.

"Han pasado trece años!

" Todavía se dan para levantarle un monumento, funciones dramáticas y se trabaja por perpetuar su memoria con una estatua.

" Coahuila, tierra del poeta, tiene hoy un

teatro precioso al que se ha puesto *Teatro Manuel Acuña*. Hay un monumento más alto y más duradero que todos los que se le erijan: sus versos. Adolecen de incorrecciones, es cierto, pero palpita en ellos el genio.

"La Patria debe estar satisfecha de haber tenido un hijo que tan hermosa fama ha conquistado, y que sería *si tan prematuramente no se roba á su propia gloria*, como hablando de él me dijo en una carta el inspirado Núñez de Arce, la más brillante personalidad literaria de México en nuestros días."

. . . .

Las composiciones de Acuña son conocidas en todas partes. Sus tercetos *Ante un cadáver*, gozan de un privilegio no concedido sino á muy pocos versos, reproduciéndose aquí y allá sin descanso.

Esos tercetos, realmente, bastarían para inmortalizar á cualquiera. Refiriéndose á las transformaciones inacabables de la materia, en presencia de unos restos humanos dice el poeta:

Círculo es la existencia, y mal hacemos
cuando al querer medirla, le asignamos
la cuna y el sepulcro por extremos.

Pero ni es esa forma la primera
que nuestro sér reviste, ni tampoco
será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
volverás á la tierra y á su seno
que es de la vida universal el foco.

Y allí á la vida, en apariencia ajeno,
el poder de la lluvia y el verano
fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
irás del vegetal á ser testigo
en el laboratorio soberano;

Tal vez para volver cambiado en trigo
al triste hogar donde la triste esposa
sin encontrar un pan sueña contigo;

En tanto que las grietas de tu fosa
verán alzarse de su fondo abierto,
la larva convertida en mariposa,

Que, en los ensayos de su vuelo incierto,
irá al lecho infeliz de tus amores
á llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores,
tu cráneo lleno de una nueva vida,
en vez de pensamientos dará flores,

En cuyo cáliz brillará escondida
la lágrima, tal vez, con que tu amada
acompañó el adiós de tu partida...

No se conoce poeta alguno que haya sacado más originales bellezas de tan triste motivo, ni se concibe tampoco mayor fortuna de expresión en esa verdad científica.

Cantar el horror, poetizar la muerte, la descomposición animal en lo que tiene de más repugnante para nosotros, reservado estaba á un numen extraordinario como el de Acuña, á un talento desmedido que se burla del miedo y el asco humanos, transformando al igual de la naturaleza, lo más vil y despreciable en un objeto precioso.

El panteísmo de Acuña no lo rechazan hoy ni los románticos puros; aunque éstos no dejan de sorprenderse de que la poesía, mariposa ideal que revolotea entre flores, vaya á chupar vitales jugos en la carroña.

¿Cómo sentirse indiferentes á la novedad y hermosura de pensamientos que abundan en la citada composición? ¿Cómo no admirar al hombre que de tan ingrata materia hace una joya literaria que respetarán los siglos con

mucha mayor razón que el *to be or not to be* de Guillermo Shackespeare?

Si tuvo Acuña predecesores en la vulgarización de ciertas verdades, no los tuvo al respecto, como poeta, en legua española. Ignacio Ramírez, el único que podía reclamar esa precedencia y á quien, como maestro, alguna parte cupo en los primeros vuelos de Acuña, no rayó sin embargo á la enorme altura de su discípulo.

Es el bardo coahuilense uno de los más grandes revolucionarios del arte, á quienes debe México el notable paso que ha dado en su poesía. Con la personalidad de Acuña empezó esta nación á surgir de la penumbra en que vivió muchos años para nosotros. Aquel esplendente faro, alumbrando desde tan lejos, llevó nuestras miradas al Golfo, y saludamos en él todos los americanos del Sud, á la tierra que sólo conocíamos por los nombres de *Cuauhtémoc, Hidalgo* y *Juárez.*

La significación de México cambió entonces para nosotros, de hazañosa y política, en literaria. Los brillos del talento pudieron más que los fulgores guerreros. Á la admiración

sucedió el cariño. La voz de Acuña fué como el doble de una inmensa campana que se dejó escuchar en el Nuevo Mundo con vibraciones desconocidas. Era un tañido fúnebre, es cierto, pero que terminaba con las notas de un himno á México... Al suicidarse Acuña en edad tan tierna, confundióse nuestra admiración al poeta con una sorpresa trágica, y asistimos en su sepulcro al alumbramiento de una poesía digna del siglo, por su novedad y por sus alientos.

Hay que reconocer en algunos trabajos de Acuña la influencia de Campoamor. El más filósofo de los poetas españoles, tuvo forzosamente que impresionar al joven americano, filósofo también y por añadidura materialista; pero, lo que Campoamor ha prestado á Acuña es tan insignificante, que no pasa de las maneras del verso, de cierta naturalidad jocosa con que disimula el bardo asturiano el atrevimiento de sus conceptos.

La composición de Acuña que lleva por título *Uno y quinientos*, tiene en su forma toda la gracia distintiva del Campoamor, discípulo á su vez del humorista *Juan Pablo.*

Pensando las quinientas unidades
que el número quinientos componían,
que si quinientas eran
al uno y nada más se lo debían;
en sociedad se unieron, y los miembros,
sin vacilar ni protestar alguno,
levantaron un templo y en sus aras
pusieron como Dios al número uno.

Mientras que unidos todos le adoraron,
á nadie aquello le causó extrañeza;
pero, cierta ocasión en que uno de ellos
llegó solo del templo á los umbrales,
á pesar de la fe y el fanatismo,
se halló con que él y Dios eran lo mismo,
puesto que el uno y él eran iguales.

Después de recorrer estos renglones
que tantas reflexiones nos ofrecen,
deduzco entre otras muchas conclusiones,
que en materia de Dios y religiones,
los quinientos y el mundo se parecen.

Campoamor con la misma hoja de fino acero, no habría tirado sin embargo, á las creencias vulgares, la estocada tan á fondo que tiró Acuña.

El viejo maestro en esa esgrima del pensamiento, no acostumbra herir las cuestiones religiosas de la manera que el mexicano.

Tiene salidas muy impetuosas, multiplica sus movimientos en el ataque, se divierte con fintas originales aprovechando del terreno y de sus ventajas, hace primores con el florete; mas, cuando todos esperan que va á rematar el lance con una estocada á muerte, fija en tierra la punta que fué en sus manos una centella y lanza de improviso una carcajada ó suelta un lagrimón enternecedor.

¿Podía el incomprensible católico Don Ramón herir el fanatismo religioso universal de la manera que lo hace Acuña?

Esa burla sangrienta de la unidad por las unidades, esa *intención maldita* de Acuña apoyada en el valor de las matemáticas, en la ciencia que todo lo compone y lo descompone con arreglo á principios fijos, no pertenecen á la escuela del asturiano. Campoamor se pierde en la metafísica como los ilusionistas de teatro para ocultar su juego en las sombras. No tiene el valor de Acuña en la afirmación de ciertas verdades, y mucho más artista que el mexicano, carece de la sinceridad de este bardo, que puede fallar en sus raciocinios, pero que jamás pretende extra-

viar á sus semejantes haciendo empleo poco satisfactorio de su talento.

De la magnanimidad de Acuña y superior concepto que tuvo del progreso humano, hay una preciosa muestra en los siguientes renglones:

> Sombras gigantes de Scipion y Ciro,
> de César y Alejandro,
> no os alcéis de la tumba á mis acentos:
> que si es verdad que vuestra gloria admiro,
> me espanta vuestra gloria resonando
> entre ayes de dolor y entre lamentos.
> Yo no canto á vosotros, cuyos lauros
> en la sangre crecidos
> respiran con el aire de la muerte;
> yo no canto á vosotros, los temidos.
> los que formáis las leyes con la espada
> sin tener más derecho que el del fuerte.
> Vuestros nombres sublimes
> no hacen arder la sangre de mis venas;
> yo canto á Atenas enseñando á Roma,
> no canto á Roma conquistando á Atenas.

Hé allí un poeta verdadero hijo de la civilización moderna, limpio de esa torpe admiración á la fuerza, que se revela en muchos bardos de América. Contrista en efecto, ver á jovenes poetas del Nuevo Mundo elevar to-

davía sus cantos á Bonaparte y otros genios guerreros, que resultan hoy criminales, por mucha que haya sido su ciencia de sojuzgar pueblos y matar hombres.

Acuña es un digno engendro de la Libertad y el estudio. Él canta *á Atenas enseñando á Roma*, pero no *á Roma conquistando á Atenas,* porque prestigio mayor no cabe en su alma que el del saber y la inteligencia.

Los héroes sanguinarios ejercen sobre ciertos poetas la misma fascinación que las serpientes sobre los pajaritos cantores. ¿Qué vienen á ser en el fondo, los mansos individuos que cantan á Alejandro, César y Napoleón, sino pajaritos...? Y esos poetas americanos que por aplaudir el genio militar divinizan la tiranía, no solamente olvidan su fe patriótica sino que hacen traición á sus intereses. Cuántos bajo el imperio del sér glorioso que alaban, no tendrían libertad para la simple manifestación de su pensamiento! Cuánto general perínclito, en vez de gozar con el talento de esos poetas, aprovecharía tan sólo de ellos el cuero para vibrante parche de sus tambores!

Es digna de notarse en Acuña, su general tendencia en pro de los desvalidos.

En su composición *La Ramera*, defiende con valentía á esta pobre mujer víctima del hombre, y tiene rasgos humanitarios de una elocuencia que llamarse puede apostólica.

> Humanidad pigmea,
> tú que proclamas la verdad y el Cristo,
> mintiendo caridad en cada idea:
> tú que de orgullo el corazón beodo,
> por mirar á la altura
> te olvidas de que marchas sobre lodo:
> tú que diciendo *hermano*,
> escupes al gitano y al mendigo
> porque son un mendigo y un gitano:
> allí está esa mujer que gime y sufre
> con el dolor inmenso con que gimen
> los que cruzan sin fe por la existencia;
> ¡ escúpela también...! ¡ anda. .! ¡ no importa
> que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,
> que tú hayas sido quien mató su creencia !

Así comienza esta silva reputada por una de las mejores de Acuña, y que lo es en efecto, si se atiende á la energía de la frase y á la magnanimidad de los pensamientos.

No canta el poeta á la *Ramera*, cual otros

mal aconsejados hijos de Apolo, sino que la defiende como abogado de la desgracia y reclama para ella sólo justicia.

El hombre noble jamás escupe á esos seres en que imprime el vicio una marca. Huye de su contacto, pero no les niega el tributo que paga todo corazón bien puesto al que sufre.

Filósofo mentido...!
Apóstol miserable de una idea
que tu cerebro vil no ha comprendido !
Tú que la ves que gime y que solloza,
y burlas su sollozo y su gemido...
¿ Qué hiciste de aquel ángel
que amoroso y sonriente
formó de tu niñez el dulce encanto ?
¿ Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
que lloraba contigo si llorabas
y gozaba contigo si reías...?
¡ Te acuerdas...! Lo arrancaste de la nube
donde flotaba vaporoso y bello,
y arrojándole al hambre,
sin ver su angustia ni su amor siquiera,
le convertiste de camelia en lodo :
¡ le transformaste de ángel en ramera !

¡ Maldito tú que pasas
junto á las frescas rosas,
y que sus galas sin piedad les quitas !
¡ Maldito tú que sin piedad las hieres,

y luego las insultas por marchitas !
¡ Pobre mujer...! ¡ Juguete miserable
de su verdugo mismo...!
Víctima condenada
á vegetar sumida en un abismo
más negro que el abismo de la nada,
y á no escuchar más eco en sus dolores,
que el eco de la horrible carcajada
con que el hombre le paga sus amores!

La indignación de Acuña contra los miserables que escarnecen su propia obra, no puede ser más moral ni más pura. Se eleva sobre todas las pequeñeces humanas, sobre todos los cálculos egoístas cuando añade :

¡ Pobre mujer á la que el hombre niega
el sublime derecho
de llamar hijo á su *hijo!*
¡ Pobre mujer que de rubor se cubre
cuando le escucha que la grita *madre !*
y que quiere besarle, y se detiene,
y que quiere besarle, y calla y gime,
porque sabe que un beso de sus besos
se convierte en borrón donde lo imprime !

Muy lejos podría irse en el análisis filosófico de estos versos.

Nuestra sociedad, tal como está constituida,

es un juez severísimo para ciertos *culpables*, y aun para los que, como Acuña, levantan en su defensa una voz misericordiosa.

Todavía es la castidad en el mundo, la primera de las virtudes ; todavía ocupan las miserias del cuerpo un lugar preferente sobre las delicadezas del alma.

Para un vecino *honrado*, imbuído en la moral de estos tiempos, nada valen las cualidades de una mujer si no tiene ésta un aduanero certificado ó resguardo de pudicia. Sin descender hasta la ramera que puede ser muy caritativa y muy generosa, no cabe punto de comparación ante los ojos de ese honrado vecino, entre la mujer fiel que se unió á un hombre sin intervención de la Iglesia, y la *señora* que con intervención de la Iglesia tiene ancho campo á sus picardías...

¿Cómo predicar hoy la superioridad de una mujer de libres costumbres, pero de corazón bondadoso, sobre tanta doncella á más no poder codiciosa, ruín, sin entrañas, y que alberga en un cuerpecillo casto las invencibles furias de Satanás?

El honor sexual... ¡Eterna pesadilla de los

hombres y las mujeres; exageración de moralidad que conduce muchas veces al crimen y á las monstruosidades de la carne en el obligado misterio de las alcobas!

Pero, otros días vendrán en que acabe tanta demencia que acusa, tanta hipocresía que goza, tanta brutalidad que legisla al amparo de la hipocresía y de la demencia...

Acuña, ha dicho uno de sus biógrafos,—Don Rafael de Zayas Enríquez,—sintió una impaciencia febril por la producción, como si tuviera la conciencia de que el tiempo había de faltarle.

¿Qué sería hoy este poeta á no matarse tan joven? Nadie puede medir con exactitud el desarrollo intelectual de Acuña, pero no es aventurado decir que quien comenzó tan temprano escribiendo versos extraordinarios, que son la admiración de cuantos conocen hoy nuestra lengua, estaba destinado en fuerza de los años y del estudio á producir obras no inferiores á las de los poetas más grandes en este siglo.

Colombia, rival de México en el número y calidad de sus bardos, perdió en 1887 á Joa-

quín González Camargo, estudiante de medicina como Acuña, y que, rara coincidencia, á los veinte y dos años recién cumplidos se reunió con éste en la eternidad. González Camargo era un discípulo de Acuña, á juzgar por la siguiente composición que reproduzco en homenaje de ambos poetas.

En la sala anatómica desierta,
desnudo y casto, de belleza rara,
el cuerpo yace de la virgen muerta,
como Venus tendida sobre el ara.

Lánguida apoya la gentil cabeza
del duro mármol en la plancha lisa,
entreabiertos los ojos con tristeza,
en los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
del hombro haciendo torneado lecho,
viene á cubrir la suelta cabellera
las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
pero hay en ella contracción de frío;
es que al morir, el cuerpo se estremece,
cuando siente el contacto del vacío.

Mas, yo que he sido de la ciencia avaro,
que busco siempre la verdad desnuda,
á estudiar aquel libro me preparo,
interrogando á la materia muda.

Al cadáver me acerco: en la mejilla
brilla y tiembla una lágrima luciente...
¡Un cadáver que llora!... mi cuchilla
no romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
tanto esa gota silenciosa y yerta,
que los raudales de mi llanto en breve
se juntan con el llanto de la muerta.

González Camargo, como se ve por los anteriores versos, fué un discípulo de talento que no un imitador de Acuña en sus famosos tercetos *Ante un cadáver*. Ambas composiciones tienen el mismo teatro,—la mesa de disección; el colombiano se inspira en el sentimiento mismo de Acuña, pero no hace una copia servil de sus versos, sino que enriquece la poesía de Colombia con una producción bellísima y nueva por mucho que recuerde las sublimes notas del mexicano.

Un temor que calificaré de pueril, ha retraído á los coleccionistas de las obras de Acuña, de comprender entre éstas, una décima *Á Dios*, que de puño y letra del autor he visto escrita en el álbum de su amiga Rosario. Menos escrupuloso yo, regalaré á mis lecto-

res con esa décima, á bien seguro de que no será el mayor atrevimiento de que me acusen los que conmigo no piensan en estas páginas:

Supremo y obscuro mito
hijo del miedo del hombre,
que piensa encontrar tu nombre
en todas partes escrito:
si tú eres el infinito,
si es infinita tu esencia,
si probando tu existencia
todas las formas revistes,
¿por qué si es verdad que existes,
no existes en mi conciencia?

X

Juan de Dios Peza es un rey sin trono, pero con infinitos vasallos.

Ha conquistado los corazones de todo un mundo.

Su poder es omnímodo, allí donde el sentimiento de la familia es una verdad.

¿Quién como él ha cantado el hogar y las dulzuras que le son propias, de una manera más sencilla y más elocuente?

La crítica de un Venancio González podrá encontrar en sus versos tal ó cual defectillo; pero, las almas sensibles, buenas, ó simplemente humanizadas por el amor, dirán siempre ante esos versos lo que un grande hom-

bre (1) tiene ya dicho en caso muy semejante: "Cuando siento correr mis lágrimas, hincharse mi pecho y deleitarse mi oído, no trato de saber en medio de mi emoción, si lloro, tiemblo, palpito ó gozo, según las reglas."

Juan de Dios Peza se singulariza como poeta, porque ha logrado con recursos los más triviales, hacer de su poesía una maravilla. Sus cantos del hogar son, en efecto, una maravilla de verdad, de delicadeza, de varonil ternura, á la que no pueden resistir sino los malvados.

Citar al acaso, cualquiera de las muchas composiciones que han dado á Peza la nombradía de que disfruta por toda América, basta á mi propósito de juzgarle con arreglo á los dictados del sentimiento.

César en casa, es la primera con que tropiezo en la colección de sus poesías.

> Juan, aquel militar de tres Abriles,
> que con gorra y fusil sueña en ser hombre,

(1) Cormenin.

y que ha sido en sus guerras infantiles
un glorioso heredero de mi nombre;

Ayer, por tregua al belicoso juego,
dejando en un rincón la espada quieta,
tomó por voluntad, no á sangre y fuego,
mi mesa de escribir y mi gaveta.

Allí guardo un laurel, y viene al caso
repetir lo que saben mil testigos:
esa corona de oropel y raso
la debo, no á la gloria, á mis amigos.

Con sus manos pequeñas y traviesas,
desató el niño de la verde guía
el lazo tricolor do están imprésas
frases que no descifra todavía.

Con la atención de un sér que se emociona
miró las hojas con extraño gesto,
y poniendo en mis manos la corona,
me preguntó con intención: "¿qué es esto?"

— "Esto es — repuse — el lauro que promete
la gloria al genio que su luz innunda..."
—"¿Y tú por qué lo tienes?" — "Por juguete,"
le respondió mi convicción profunda.

Viendo la forma oval, pronto el objeto
descubre el niño de la noble gala;
se la ciñe faltándome al respeto,
y hecho un héroe se aleja por la sala.

¡Qué hermosa dualidad! Gloria y cariño
con su inocente acción enlazó ufano,

pues con el lauro semejaba el niño
un diminuto emperador romano.

Hasta creí que de su faz severa
irradiaban celestes resplandores,
y que anhelaba en su imperial litera
ir al Circo á buscar los gladiadores.

Con su nuevo disfraz quedé asombrado,
(No extrañéis en un padre estos asombros,)
y corrí por un trapo colorado
que puse y extendí sobre sus hombros.

Mirélo así con cándido embeleso;
me transformé en su esclavo humilde y rudo,
y—"¡Ave, César!—le dije,—dame un beso;
yo que muero de penas, te saludo!"

—"¿César?—me preguntó lleno de susto,
y yo sintiendo que su amor me abrasa,
—"¡César!—le respondí—¡César augusto
de mi honor, de mi nombre y de mi casa!"

Quitéle el manto, le volví la espada,
recogí mi corona de poeta,
y la guardé deshecha y empolvada
en el fondo sin luz de mi gaveta.

Esta escena de un realismo conmovedor, despierta interés profundo por esa casa donde mora el poeta entregado al estudio y á los afectos más puros que brinda al hombre,

en general, su flaca y no siempre bien apreciada naturaleza.

Para comprender la fruición que experimenta el padre de Juan, viendo ufanarse á este niño con la corona hallada á su alcance, no es necesario ser padre ni mucho menos el poeta que se extasía allí, con la mímica *del diminuto emperador romano*, más que con los triunfos simbolizados por el laurel.

Cualquier pobre diablo sin instrucción, lo mismo que un académico, sentirá con la lectura de estos versos, un movimiento cariñoso, aproximativo, hacia esos dos seres que representan la humanidad entera en sus extremos de puerilidad y amarga experiencia. El padre y el hijo, personajes eternos del drama representado sobre el planeta con variedad infinita de situaciones, aparecen en el hogar de Juan de Dios Peza, amables, llenos de luz, divinizados no por el arte sino por el lenguaje nativo del corazón.

... César augusto
de mi honor, de mi nombre y de mi casa,

resulta un apóstrofe sublime en boca del pa-

dre; es un grito que sale de muy adentro, una explosión orgullosa de la paternidad que no puede encontrar más que simpatías en todas partes.

En la composición anterior, como en otras de Peza de la misma índole, no se ve el efectismo dramático, la artificiosa disposición de las partes en concurrencia á un fin que es ganar aplausos. El grandísimo mérito del poeta, está precisamente, en el ningún esfuerzo que hace para cautivar los ánimos, en la exposición sencilla del asunto, fijando sus sentimientos en el papel de una manera que se pueda llamar instintiva, como lo haría un hombre que goza en estudiarse á sí propio, con prescindencia del mundo que le rodea.

Otros talentos, sin duda, han intentado igual cosa, pero no obtuvieron idénticos resultados, porque sintieron menos intensamente, ó faltos de la verdadera unción paternal, pensaron más en producir efecto como artistas que como padres.

Hablando con el poeta, he podido yo confirmar la exactitud de este juicio.

Juan de Dios Peza desconfió mucho de su inspiración en los primeros versos en que aparecen como protagonistas sus tiernos hijos. Los aplausos de amigos íntimos, no desvanecieron esta desconfianza porque creyó que éstos le juzgaban con demasiada benevolencia. Fué menester el éxito asombroso que después de publicados alcanzaron aquellos versos, para que comenzara el autor á darse cuenta de que había herido la fibra más sensible del corazón humano, sin pretenderlo.

Como noticia biográfica del poeta, copiaré los siguientes renglones que pertenecen al señor Apolinario Romo:

"Juan de Dios Peza nació en México el 29 de junio de 1852. Desde muy niño escribió versos, pues nos han dicho antiguos compañeros suyos que lo trataron en las aulas, que allí les improvisaba aleluyas y epígramas con extraordinaria facilidad.

"Dotado de vigorosa memoria, concluyó en brevísimo tiempo los estudios elementales, y pasó á la Escuela de Agricultura, de donde salió el año de 67 para ingresar á la Nacional Preparatoria. Tuvo allí verdade-

ros amigos en sus ilustres maestros, los señores Francisco Díaz Covarrubias, Gabino Barreda, Leopoldo Rio de la Loza y, sobre todo, Ignacio Ramírez, que con paternal solicitud le distinguió y le trató, llamándole su discípulo predilecto.

"Este ilustre filósofo y sabio pensador mexicano, alentó á Peza para que publicara, siendo muy joven, la primera colección de sus versos y le dió para ello un hermoso prólogo del que copiamos el párrafo siguiente: *Fíjese Vd. amigo mío, en que Vd. se eleva sobre sus jóvenes rivales cuando describe una hermosura, cuando lamenta una desgracia que le ha dejado visibles cicatrices, ó cuando saborea en el cáliz del recuerdo las últimas gotas de un festín amoroso. Sus versos, entonces, si gozosos parecen el canto de un ángel, si tristes, parecen escritos con sangre.*

"¡Cuán pocos deberán en México tan sinceros elogios á Ignacio Ramírez! Esto no sólo estimuló á Peza sino que le abrió vasto y distinguido lugar entre todos los literatos -viejos ó jóvenes, pero compatriotas y contemporáneos suyos.

"Don Ignacio Manuel Altamirano, cuya elocuente palabra es la mejor joya de la tribuna nacional (1885), ha sido como Guillermo Prieto el más levantado de nuestros líricos, amigo íntimo de Peza, quien en su obra sobre Poetas y escritores mexicanos, se ocupa extensamente de ambos.

"Juan de Dios Peza se ha formado solo; muy joven le vimos entregarse sin recursos á los estudios, cuando su venerable padre, que había ocupado altísimos puestos públicos, sufría las penalidades del destierro.

"Pero el carácter de nuestro poeta, es su mejor medio para abrirse paso en todas partes: dulce, afable, sincero y sensible como un niño, basta oirle hablar un poco para quererle desde entonces y depositar en él una extrema confianza.

"Peza concluyó los estudios preparatorios y pasó á la Escuela de Medicina. Allí fué el hermano predilecto de Manuel Acuña y con él, con Cuenca, con Gerardo M. Silva, con Garza, con Santa María, con Gustavo A. Paz, con Francisco Ortiz y con Portillo, inició aquel movimiento literario que dichos

jóvenes sostuvieron pocos años después de restaurada la causa de la República.

"Cuando iba Peza muy avanzado en sus estudios profesionales, tuvo que abandonarlos para entregarse al periodismo y redactó *El Eco de Ambos Mundos*, *La Revista Universal*, *El Búcaro* y otros muchos diarios de importancia.

"Dió al teatro tres obras todas en verso, *La ciencia del hogar*, *Un epílogo de amor* y *Los últimos instantes de Colón*. Más tarde publicó dos tomos de poesías, el primero con prólogo de Ramírez y el segundo intitulado *Horas de pasión*, en el que brilla su delicado poema *En el hogar y en el mundo*.

"Fué á España á principios de 1878 como segundo secretario de nuestra Legación, y nosotros recordamos con cuánto entusiasmo se le recibió en Madrid. Amigo íntimo de Grilo, de Blasco y de Velarde, muy querido de Castelar, de Selgas, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Hidalgo de Mobellán, de Balbín de Unquera y de Martínez Pedrosa, publicó, precediéndola de valiosísimas cartas de estos eminentes escritores, *La lira me-*

xicana, colección de los mejores versos de nuestros poetas, que se agotó en muy pocos días y que mereció grandes elogios de toda la prensa extranjera y de César Cantú, que la cita en su *Historia de los últimos treinta años*, ensalzando al señor Peza."

La cuerda erótica de este bardo vibra también con pulsaciones magníficas. Muy conocida es *Su última carta*, composición en que habla así una mujer de la raza de las Fátimas y Zulemas, por mucho que haya abierto los ojos en nuestra América:

> Ven y perdona mi entusiasmo ciego;
> no importa que me des dichas ó penas.
> Ven, porque para tí siento de fuego
> la sangre que circula por mis venas.
>
> Quiero ese amor en que por tí he creído,
> pues soy para soñar en los placeres,
> árabe en cuya sangre se ha fundido
> el hierro de las lanzas bereberes.

No es sin embargo en este género de poesía donde se debe buscar lo que más recomienda á Juan de Dios Peza. Dicho se tiene que en los cantos del hogar ha sobresalido; pero, después de esos cantos, nada ofrece á su

talento un campo más favorable que el elegíaco. *En mi barrio* es una composición de este género, en que se manifiestan como en ninguna otra quizá, las cualidades morales de Peza y su realismo artístico superior.

Leamos:

Sobre la rota ventana antigua,
con tosco alféizar, con puerta exigua,
que hacia la obscura calleja da,
pasmando al mundo como estantigua,
tallada en piedra la santa está.

Borró la lluvia los mil colores
que hubo en su manto y en su dosel,
y recordando tiempos mejores,
guarda amarillas y secas flores
de las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus aureolas,
las telarañas visten su faz;
nadie á sus plantas riega amapolas,
y ve la santa las calles solas,
la casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
único adorno del tosco altar,
flota un guiñapo descolorido,
piadosa ofrenda que no ha caído
de las desgracias al hondo mar.

Á arrebatarlo nadie se atreve.
Símbolo antiguo de gran piedad,

mira del tiempo la marcha breve
y cuando el aire lo empuja y mueve,
dice á los años : *pasad*, *pasad*.

¡ Pobre guiñapo que el aire enreda !
¡ Qué amarga y muda lección me da !
La vida pasa y el mundo rueda,
y siempre hay algo que se nos queda
de tanto y tanto que se nos va !

Tras esa virgen de obscura piedra
que á nadie inspira santo fervor,
todo el pasado surge y me arredra :
Escombros míos, yo soy la yedra;
nidos desiertos, yo fuí el amor;

Altas paredes desportilladas
cuyos sillares sin musgo ví,
¡ cuántas memorias tenéis guardadas !
Níveas cortinas, jaulas doradas,
tiestos azules... ¡ no estáis aquí !

En mi azarosa vida revuelta,
fuí de esta casa dueño y señor.
¿ Do está la ninfa de crencha suelta,
de grandes ojos, blanca y esbelta,
que fué mi encanto, mi fe, mi amor ?

¡Oh mundo ingrato! ¡Cuántos reveses
en tí he sufrido ! La tempestad
todos mis campos dejó sin mieses...
La niña duerme bajo cipreses,
su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe,
como el guiñapo descolorido
que á la escultura queda prendido...
¡Todo se ha muerto! ¡todo se fué!

¡Pero qué amarga profunda huella,
llevo en mi pecho!... ¡Cuán triste estoy!
La fe radiante como una estrella,
la casa alegre, la niña bella,
el perro amigo... ¿Dónde están hoy?

¡Oh calle sola! ¡vetusta casa!
¡angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa,
¿por qué esta fiebre que el pecho abrasa
no ha consumido mi corazón?

Ya no hay macetas llenas de flores
que convirtieran en un pensil
azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores,
ni hay golondrinas del mes de Abril.

Frente á la casa la cruz cristiana
del mismo templo donde rezó;
las mismas misas de la mañana,
la misma torre con la campana
que entre mis brazos la despertó...

Vetusta casa, mansión desierta,
mírame solo volviendo á tí...
Arrodillado beso tu puerta
creyendo ¡loco! que aquella muerta
adentro espera pensando en mí.

Tiene durezas esta composición, indudablemente. Aquellos versos,

> pasmando al vulgo como *estantigua*
> *tallada* en piedra la *santa está*,

golpean el oído menos fino y ejercitado. Pero ¿qué significa esa irregularidad cacofónica, ante la pintura que hace el poeta de la Virgen polvorienta y abandonada? ¿Qué perjudica ese lunarcillo al cuadro donde se destaca la vida entera de un barrio de la ciudad colonial?

Á despecho de la Libertad y de la República conservan todavía algunas de nuestra ciudades americanas, la marca antigua española en esas callejas tristes con imágenes sagradas en abandono cual la que describe Juan de Dios Peza. Y es tan verdadera la copia, tan natural resulta esa aflicción del hombre ante las ruinas del altar que le recuerdan su dicha también en ruinas, que sugestionados por el poeta repetimos con él aquellos versos profundamente sentidos y filosóficos:

¡ Pobre guiñapo que el aire enreda !
¡ qué amarga y triste lección me da !
La vida pasa y el mundo rueda,
y siempre hay algo que se nos queda
de tanto y tanto que se nos va !

Un bardo gemebundo y de escaso vuelo, difícilmente consigue comunicar su pena al lector menos prevenido en contra de los poetas llorones. Tanto se ha abusado del llanto, que el mundo, incrédulo ya, vuelve con desdén la espalda á esas Magdalenas. Para que produzca efecto en poesía un dolor, preciso es hoy que éste sea muy intenso, muy real; que hiera los ojos como una racha de viento y arranque así las lágrimas, de improviso, ó que se infiltre, al contrario, muy suavemente por las rendijas del corazón, como sabe hacerlo con sus melancolías Juan de Dios Peza.

Pero ¿es instinto poético, ó es un arte esa manera de conmovernos ?

Es seguramente un instinto que constituye originalidad en el arte.

Como el instinto mismo está sujeto á leyes biológicas, debemos buscar la explicación de ese instinto en la vida intelectual y moral de

México, desarrollada ya suficientemente para producir algunas variantes en poesía. Prieto, Ramírez, Altamirano y Riva Palacio, como Acuña, Juan de Dios Peza y algunos poetas mexicanos bastante jóvenes, han coloreado sus versos de modo tal, que no pueden confundirse con las obras de otros poetas del Nuevo Mundo.

La variedad mexicana es tangible, y de ella responden los muchos imitadores que tienen fuera de su país, principalmente Juan de Dios Peza, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera.

Nadie experimentará, sin embargo, como Peza, el fastidio de ver su musa á cada paso en caricatura por los periódicos.

Desde que *Juan* y *Margot* fueron conocidos del público, saltaron á la palestra chiquillos innumerables queriendo disputar á los anteriores su nombradía. Padres simplones se multiplicaron por todas partes contándonos las gracias de sus respectivos *bebés;* y, en obsequio á la verdad, debo confesar que he leído al lado de imitaciones de Peza muy tolerables, algunos versos que ultrapasan la línea de lo majadero y lo tonto.

Pero, entre tanta insulsez y repetición de las mismas cosas, esos *afanes prolijos* consonantando con *hijos* han llegado verdaderamente á indignarme: de tal manera que no concedo ni mediano gusto al poeta que, imite ó no al mexicano ilustre en sus rimas, emplea todavía los vocablos aquellos casi siempre juntos como la *pulmonía* con el *costado*.

Extrañan algunos, que Juan de Dios Peza no haya cantado á la autora de sus días, teniendo varios trabajos en que habla de su padre con un ardor filial digno de tan celebrado poeta. Movido yo por la propia extrañeza, así se lo dije una tarde en México, y obtuve esta explicación de sus labios.

—No conocí á mi madre: murió siendo yo muy niño, y criado por la segunda esposa de mi padre, varias veces he desistido de cantar á la primera por no resentir á la otra, de quien recibí hasta la edad mayor los cuidados más tiernos que puede recibir un hijo de la que le llevó en sus entrañas. Este conflicto ha podido salvarse, lo sé, cantando á las dos, pero jamás he podido resolverme sobre un punto para mí tan comprometido.

La anterior confesión descubre el alma de Peza, muy elevada, muy noble, pero no excenta de susceptibilidades un poco nimias. Así, por ejemplo, nadie logrará convencerlo de que algunos críticos han procedido en contra de él sin odio y por la sola discrepancia de gusto artístico. Vive Peza hondamente mortificado con la idea de que en México algunos literatos le quieren mal. Y esta obsesión ha llegado á comunicarle cierta reserva que acabará por convertirse en misantropía.

Cristiano en el fondo, aplica en su trato social las desconsoladoras teorías de Schopenhauer. Solicitado como amigo por infinitas personas, muy contadas son á las que satisface con sus visitas. Honrado, bueno á carta cabal, tiene humores biliosos que distrae con el trabajo asiduo á que se dedica, huyendo algunas veces de todo roce con sus amigos.

Yo no he oído, sin embargo, en los círculos literarios que frecuenté durante mi permanencia en México, sino entusiastas y cariñosas voces para *Juan Peza*, como allá se le designa familiarmente.

Este poeta, en síntesis, es digno de la gran estimación que se le profesa. Con la natural expansión de sus alegrías y sus dolores ha enriquecido notablemente la poesía de su país, y contribuído cual pocos á la ilustración literaria de Hispano-América.

XI

Nunca se ha visto el mundo como al presente, favorecido con mayor número de escritores y de poetas.

En los diversos ramos de la literatura existen verdaderos ejércitos que se disputan la victoria á filo de pluma, sacando á manera de chispas, con el choque de sus aceros, ideas más ó menos brillantes, pero que no viven más que las chispas.

Mares de tinta corren y no se dan jamás por satisfechas estas batalladoras legiones del pensamiento.

Aquí y allá, vense las insignias de capitanes famosos, que, si suspenden las miradas por un momento, no fijan sus victorias en

ningún punto, ni someten á sus armas tantas voluntades como quisieran.

Vivimos en el siglo literario de la *Anarquía*. No nos faltan por eso, ni los petardos aplicados á la reputación de grandes autores.

Ya no hay dioses en nuestro cielo, y hasta los más pequeños hombres de pluma, soñando con una absurda igualdad, reniegan de sus modelos y trabajan hoy inconscientemente, por la demolición de toda grandeza filosófica ó literaria.

Un Victor Hugo, un Herbert-Spencer, como un Zola, soportan del mismo modo, los ataques de muchedumbres enteras, no ya en nombre de principios morales reconocidos, sino por culpa de esa instabilidad de criterio que se parece mucho al desequilibrio y que reconoce su origen en la diversidad de sistemas, teorías, lucubraciones y hasta torpezas vulgarizadas con la lectura.

Á mayor número de sacerdotes ó de iniciados, menor número también de fieles y catecúmenos.

Y si de la filosofía y literatura en general, pasamos en particular á la poesía, el conflic-

to de gustos, la diversidad de pareceres, no es menos grande á la fecha.

Agotada la lucha de clásicos y románticos, abriéndose paso el naturalismo, nuevas prácticas que no merecen siquiera el nombre de escuelas, pugnan hoy por suceder á las otras, con el pretesto de que ya han muerto y de que insuficientes son para interpretar los adelantos del siglo.

Á cada momento oímos hablar de *simbolistas*, *neo-místicos*, *parnasianos*, *decadentistas*... Pero, ¿qué significan todas estas denominaciones caprichosas en poesía? luchas de heresiarcas contra el dogma universal del buen gusto y de la razón!

Ninguno de estos sectarios tiene derecho de proclamar su escuela,—llamémosla así concediendo mucho,—como la verdadera, como la que mejor responde al movimiento del siglo, porque el siglo actual se mueve en direcciones tantas, que no hay manera de fijar el rumbo de todas y mucho menos de sujetarlas á una orientación común, que es lo que pretenden esas escuelas.

Leconte de Lisle, *Beaudelaire*, *Nerval*, *Riche-*

pin, Verlain, de Vigny, habrán sido y serán á su manera, notables artistas, hombres de exquisito gusto y espontaneidad en sus producciones, pero no redentores á lo Jesús, capaces de hacer triunfar su doctrina universalmente.

No es cierto, por otra parte, que el romanticismo, el naturalismo y aún el viejo clasicismo hayan muerto. Muy ilustres representantes de aquellos géneros alientan todavía para solaz de quienes no se conforman con algunas de las extravagancias puestas en boga.

España, que no ha seguido el movimiento francés tan ardorosamente como sus hijas las repúblicas colombinas, conserva su poesía menos robusta quizá, pero menos viciada también que la de nosotros, por un exceso que llamaré de inoculación.

Entre los pocos representantes del modernismo en España, se destaca Salvador Rueda en primera línea. Este poeta que simpatiza mucho con los americanos, es un ejemplo curioso de impresionabilidad refleja en literatura. Seducido por algunas brillantes muestras del arte francés aclimatado en Amé-

rica, há varios años que se lanzó por ese camino, llevando su entusiasmo hasta hacer pública la admiración que siente por Rubén Darío, Julián del Casal y otros poetas americanos que han educado su gusto lejos de España.

Los torpes imitadores deben saber sin embargo, que Rueda, siguiendo tal ó cual nuevo procedimiento en sus versos, no ha adquirido la gracia que le distingue. Su talento poético que yo proclamo grandísimo, es adaptable á cualquier escuela; como que no es empleando cierta métrica y determinado número de vocablos que bastan para el consumo *hispano-americano-decadentista,* con lo que logra este poeta arrancar aplausos.

Salvador Rueda, con su imaginación, frescura y verbosidad andaluzas, será siempre español á despecho de las innovaciones rítmicas que persigue y de las excentricidades francesas á que ha solido entregarse. Temperamento rico de sensibilidad, espíritu de movilidad asombrosa, en cualquier forma que escriba, será un poeta brillante y de los nacidos para agradar.

¿Hasta cuándo no se convencerán los intonsos, de que en poesía no existen más que dos grandes categorías independientes de la escuela y el gusto dominante en ciertas épocas veleidosas?

Poetas buenos y malos : he ahí la única distinción que hace el juicio universal de todos los tiempos.

¿Qué hay de común entre Jorge Manrique, Fray Luis de León, Bécquer y Núñez de Arce?

Sin embargo, estos poetas de tan diferentes escuelas, fechas, productos é inclinaciones, hállanse comprendidos en la primera categoría : en la de los buenos.

Pero, sin buscar culminancias como términos de comparación hasta cierto punto arriesgados, descendiendo á la multitud de poetas de nuestro mundo contemporáneo, preciso es, hoy más que nunca, de tolerancia para sus distintos caprichos ó singularidades de escuela.

Respetando la diversidad de formas con que tantos ingenios se nos presentan, buscar debemos lo substancial de su poesía. Cualquiera que sea la vestidura, ella no puede ocultar las deformidades del cuerpo. Lo mis-

mo reconoceremos á un jorobado entre la capa romántica, que bajo el frac ceremonioso *decadentista*.

Por eso es que al ocuparme de los más jóvenes poetas de México, prescindiré de la escuela á que pertenecen, para señalar únicamente las bellezas de distinto género que ostentan en sus trabajos.

Y al verdadero crítico permitido no le está proceder hoy en otro sentido, si no quiere confundirse con tantos dómines indigestos que, zurriago en mano, van castigando en nombre de Dios y de la Virgen, á todos los infelices que no responden á las preguntas de su cartilla.

En la llamada crítica literaria, efectivamente, sobran esos maestritos biliosos, que no ven una cuarta más allá de sus antiparras. Indigna verles cebarse contra algunos poetas, ora porque se manifiestan, éstos, incrédulos, ora porque se expresan en términos que, saliendo de la vulgaridad, escapan á la penetración de tales maestritos.

Preferiré yo en todo caso pecar de benévolo, á aparecer injusto y agresivo con quienes se

inspiran en los ideales que no son míos. En el caso contrario de simpatía, sin llegar al extremo de una parcialidad ridícula, sustraerme tampoco será posible al cariñoso recuerdo de algunos bardos amigos, con quienes he vivido en contacto diario, allá, en esa hospitalaria tierra de México. Y al hacer esta salvedad, es porque ha llegado el momento de que me ocupe de un médico poeta originalísimo: de Porfirio Parra, mi amigo muy querido, que ha dicho así, cantando *Á las matemáticas* :

¡ Lo grande y lo pequeño, todo mides !
Lo incógnito descifras
con el arte sublime de tus cifras,
¡ ciencia de los Pitágoras y Euclides !
El sitio en que resides,
templo de la razón en luz bañado,
del saber erigido en la alta cumbre,
jamás profanará la duda inquieta.
De la verdad el sello te fué dado,
arde en tu frente creadora lumbre,
hay en tu voz alientos de profeta.

¿ Cuál de las ciencias al tender el vuelo
á alturas tales encumbrarse aspira ?
Rozas con tu ala gigantesca el cielo;
muy debajo de tí la tierra gira,

tu mirada sagaz, penetra el velo
con que envolvió Naturaleza al mundo;
todo cede á tu esfuerzo de coloso;
gime bajo tu yugo el mar profundo,
persigues al planeta vagabundo;
mide los orbes tu compás grandioso...

En la nada fecunda de tus ceros
quise abismarme, conocer los ritmos
con que normas tus cálculos severos,
llegar hasta sus límites postreros
en alas de tus raudos logaritmos.
¿ Qué voz potente celebrar pudiera,
¡ oh ! ciencia de los números, adusta,
el copioso raudal de tus conceptos ?
¡ De cuán varia manera
de los guarismos la legión augusta
al tenor de tus útiles preceptos
suele agruparse en una y otra hilera !
Como en veloz carrera
al ciervo acosa la tenaz jauría,
unas de otras en pos, así se lanzan
á descubrir el número buscado
tus cifras, aritmética sublime;
le atisban, le persiguen y le alcanzan
aunque esté de tinieblas circundado...

Después de haber leído estos versos preguntaremos ¿á qué escuela pertenece Porfirio Parra?

Averiguarlo importa muy poco. Basta sa-

ber que el poeta es de los modernos que se inspiran en cosas grandes y que acometiendo tamaña empresa de cantar á las matemáticas, hizo lujo de fuerza, porque echaba un enorme peso sobre sus hombros. Aunque por esta razón más parezca discípulo de Hércules que de Apolo, no cae rendido por la fatiga Porfirio Parra, ni deja de verter flores en el desarrollo de esta excéntrica poesía :

Se alza de la arboleda soberano
el álamo gentil, ramos frondosos
su trono erguido sin ceder sustenta ;
compiten con las ricas esmeraldas
de su follaje inquieto, las guirnaldas ;
la vista mira atenta
bellezas tales y la voz las cuenta ;
entre sus verdes y lozanas hojas
suspira el aura y tímida avecilla
exhala en dulces trinos sus congojas ;
discurre al pie la clara fuentecilla,
blanda lluvia refresca
la copa altiva, airosa y pintoresca,
ó hiriéndola del sol los rayos de oro,
cual manto bienhechor cubre su sombra
del verde prado la florida alfombra.
Y el ánimo se olvida,
al contemplar tan rara gentileza,
de la raíz tortuosa y escondida

que con su áspera, obscura y vil corteza,
tanta pompa sostiene, tanta vida!

Así también, cuando triunfante el hombre
salva con puente audaz la cima negra,
ó taladra la roca resistente,
y la soberbia cúpula fabrica,
ó çruza en alas del vapor ardiente
el suelo inmóvil y la mar hirviente,
la fama vocinglera lo publica ;
y acaso afrenta con ingrato olvido
á la ciencia que urdiendo silenciosa
su fórmula sagaz, maravillosa,
á la materia indómita ha rendido.

Descorred de las vanas apariencias
el denso, el torpe velo,
que la mansión del Álgebra sublime
mancha y esconde cual la nube al cielo !
Mirad, mirad : lo que antes parecía
tétricas ruinas, páramo infecundo,
confusión, soledad, tiniebla fría,
trocóse en prado, en continente, en mundo
que al abrigo del símbolo crecía !
¡ Oh ciencia de los cálculos grandiosa !
cuánta idea, qué luz, cuánta hermosura
desconoce el profano
burlado por tu austera vestidura !
Tenebrosa cuestión, enigma obscuro
como el que traza misteriosa esfinge
el hombre te propone ; presto brilla
el fanal vivo que tu ingenio finge,
y hace surgir la solución sencilla...

En la alba frente del papiro terso,
trazas tú misteriosos caracteres
que á modo de conjuro
abren el antro obscuro
que esconde los misterios de los seres.
Como el sol refulgente
el velo rasga de la torva noche
que la risueña faz del mundo oculta,
ilumina tu luz esplendorosa
la sima pavorosa
que á la verdad incógnita sepulta.

Esta poesía á las matemáticas, publicada en 1887, es muy larga y demuestra un ingenio superior en quien ha podido concluirla sin experimentar cansancio ni menos producirlo en el ánimo del lector. Bien es cierto, que la materia no puede interesar á la multitud, pero hay que admirar el talento vigoroso de Parra en tal ejercicio. Siendo la empresa digna de nuestros tiempos, ¿no contrasta notablemente también, con las inspiraciones afeminadas de tantísimo poeta de fin del siglo?

El canto *Á las matemáticas*, es una prueba más en favor de la poesía de México, que como rosal florido, después de invadir el llano,

trepa hasta la helada cumbre científica para colgar allí sus festones.

Parra, antes que poeta es un sabio. Compañero de Acuña en la Escuela de Medicina, ha logrado distinguirse desde muy joven, con trabajos profesionales de mucho aliento. Á profundos estudios científicos, une los más variados conocimientos en filosofía y artes. Jefe de la escuela positivista en México, daba en 1892 conferencias públicas á que asistía una concurrencia numerosa y selecta. Orador de grandes recursos, lograba prosélitos en buen número, é interesaba con su dialéctica á muchos fríos razonadores que no convendrán jamás con las utopías de Augusto Comte.

Allá, en la intimidad de nuestras conversaciones, alguna vez quise demostrarle que la llamada *Religión de la Humanidad*, era un sueño noblemente inspirado, pero al fin, nada más que un sueño.

— Usted, hombre de ciencia,— decía yo á Parra,— mejor que nadie conoce la imposibilidad del triunfo de su doctrina. ¿Cómo quiere usted que la fiera humana siga los dicta-

dos de la razón y de la justicia, sin cambiar completamente de naturaleza, ó sea contraviniendo á las leyes animales á que está sujeta y que determinan fatalmente lo que ha de ser en el mundo? Transformar en honrado á un pícaro, en generoso á un malvado, por medio de la predicación del Evangelio, llámese cristiano ó positivista, equivale á transformar á un lobo en cordero, á una serpiente de cascabel en paloma. Ese altruismo de que nos hablan Comte, Littré y últimamente Ingersoll, reclama de la humana especie, una igualdad absoluta y por consiguiente, absurda, de sentimientos; una conformidad de espíritu, una bondad genuina ó total ausencia de egoísmo que sólo puede hallarse en los ángeles. Mucho más lógicos los cristianos, libran á la gracia divina este perfecto triunfo de la justicia en los hombres. Esos discípulos de Cristo que hablan con desprecio de vuestra ciencia positivista, son en el fondo más positivistas que ustedes. Ellos encomiendan el alma á Dios, pero no olvidan aquí abajo, las imposiciones de la materia vil, gobernando la sociedad con arreglo á lo

que hay de más *positivo* en esa materia y sin andarse con repulgos para fusilar, ahorcar ó repartir azotes cuando lo creen indispensable á sus intereses.

Parra, que era en 1892 positivista de buena fe, pero sin alcanzar al ilustre chileno Lagarrigue en santidad de costumbres y consagración al altruismo, acabará probablemente, por no predicar las doctrinas de Augusto Comte. Ya en la época de sus positivistas fervores, había dado de mano á los ensayos espiritistas en que también se lanzara un tiempo, obedeciendo á los impulsos de un alma soñadora y calenturienta.

En 1891 publicó Parra, *El Agua*, poema lírico descriptivo, que supedita en galas de buen decir *Á las matemáticas*. Esta obra bastaría para acreditar á su autor entre los mejores poetas americanos.

Comienza así:

Con qué raro tesón, con qué abundancia,
siempre ostentando galas y hermosura,
por el variado imperio de Natura
fué esparcida tu límpida substancia !
Qué variedad de formas, qué primores

al cielo plugo darte,
en hielos, en corrientes, en vapores,
sobre el macizo globo al derramarte !
Caminas en el río,
en el salobre mar inquieta ondulas,
en el pantano fétido te estancas ;
el penetrante frío
te trueca en masas sólidas y blancas,
y á su áspero contacto,
de la móvil fluidez perdiendo el vuelo,
en el seno pacífico y compacto,
yaces cautiva del inmóvil hielo ;
ostentas leves alas
cuando en vapor trocada, al par del ave,
cruzas veloz por las etéreas salas,
y en los cielos azules,
ora amontonas el nublado obscuro,
ora despliegas el ropaje puro
de finas gasas y ligeros tules.

Doquier vuele la ardiente fantasía,
siempre te encuentra. Mansa resbalando,
frescura das á la arboleda umbría ;
el suelo penetrando,
huyes del beso abrasador del día
escondidos remansos figurando ;
la áspera faz de la caverna fría
lamiendo silenciosa, pulimentas;
de sutil humedad pueblas su ambiente
y sus misterios mágicos aumentas
cuando producen argentinas notas,
cayendo lentamente
como invisibles lágrimas, tus gotas.

Si tu belleza insultas
cuando de ricas galas despojada
en subterráneos lóbregos te ocultas,
¡ cuán hermosa renaces á la vida
y te ostentas del sol á la mirada,
si de rumores plácidos henchida,
y por vívida luz acariciada
y de reflejos mágicos vestida
desenvuelves tu linfa transparente
en juguetona y límpida corriente !

En el seno del mundo
como savia vivífica circulas ;
esmaltando la faz de amenos valles
en cristalinos lagos te acumulas.
La tierra surca, de tus vastos ríos,
ya rápida, ya leda, la corriente,
y los mares bravíos
del planeta cual amplia vestidura,
de un continente al otro continente
desarrollan su líquida llanura.

Del calor con el ósculo fecundo
tu sér se espacia é invisible sube
desde la charca vil, del lodo inmundo,
trocado en gentil nube
que el resplandor solar matiza y dora,
y á poco de los cielos te desprendes
y rápida desciendes
en los hilos de lluvia bienhechora.

¿ Qué fuerza audaz á encadenar se atreve
oh líquido sutil, resbaladizo,

tu substancia que alígera se mueve?
¿Quién tu fluidez deshizo
en los aéreos copos de la nieve,
en el témpano sólido y macizo,
en los recios pedruzcos del granizo?
¡En vano el rubio Apolo
sus inflamados ósculos te envía,
cuando te extiendes como veste fría
en las excelsas cumbres y en el polo!
. . . .

Lujo de fantasía hace Parra en esta composición sin aspereza alguna y que resbala *como el agua*, tan mansamente, al oído.

Sólo la atenta contemplación de la Naturaleza puede desarrollar en el hombre este vivo deseo de interpretarla. Y en obedecimiento á esa misma naturaleza que le impresiona, es que el poeta, con los signos de la escritura, ha podido obsequiarnos obra tan bella.

Pero no debo anticipar un juicio en los comienzos de dicha obra y vale más que reproduzca algunos otros fragmentos de ella, que justifiquen mi elogio á Parra.

¿ Cómo imitara el débil canto mío
el áspero rumor, la ronca queja,
que en su largo correr exhala el río ?
Cuán extraño concierto no semeja
de voces, de ayes, de infantiles risas,
de carcajadas locas,
el arroyuelo que la espuma esmalta,
cuando festivo salta
cual juguetón rebaño entre las rocas !

. . . .

Con cuánta gentileza te enamora
la alegre y sutil luz ! Cómo te besa,
y te viste, te halaga, te colora
y por tu seno diáfano atraviesa!
Al encontrarla por quebradas rutas
alegre le sonríes,
y ella trueca tus gotas diminutas
en perlas, en diamantes y en rubíes.

. . . .

Las linfas ondulantes de tu seno
son blanda cuna y floreciente emporio
de las mil formas de la vida lleno :
desde el tenue infusorio
hasta el pez colosal y la ballena,
seres sin cuento en tu interior se abrigan.
Y tus cristales diáfanos
cuna, mansión y túmulo prodigan
á sus distintos géneros, pues eres
madre fecunda de animados seres,

Algas multicoloras,
blandos helechos y sedosos musgos
vegetan en tus linfas bullidoras ;
islotes colosales
el diminuto pólipo formando,
en los mares profundos va sembrando,
madréporas, esponjas y corales.
De las salobres aguas
prestan vida á los ámbitos grandiosos,
ya crustáceos deformes,
ó actíneas de calcárea vestidura,
ó en tamaño y figura
de los moluscos la légión inmensa
blandos de carnes y de concha dura,
ó el pesado queloneo que ornar suele
con diáfanos careyes su armadura ;
ó con gentil y raudo movimiento
vaga, multiplicándose con creces,
desde el arenque hasta el escualo hambriento,
la grey innumerable de los peces...

Elemento gentil, blando y prolífico,
con qué placer la fábula poblara
de tu cristal el ámbito magnífico
de muchos seres de estructura rara !
¡ Qué sirenas biformes,
bellísimas nereidas y delfines
y serpientes y rémoras enormes,
fingió del ancho mar en los confines !
Mas, ¡cómo á tales fábulas superas
con las diversas cuanto hermosas galas
de tu fauna y tu flora verdaderas !

Si mi crítica perteneciese al número de las pedantescas y relamidas, no dejaría de hallar en los anteriores versos, ocasión de afear á Parra tal ó cual locución vulgar y hasta inconveniente. Los esclavos de la forma, asimismo tienen derecho de motejar al poeta ciertos descuidos en esta composición, pero no podrán negar la verdadera savia poética que circula por toda ella y la novedad y belleza que esplenden en la pintura que hace Porfirio Parra, del más vulgar de los elementos.

Desde el punto de vista artístico marcan estos versos un notable crecimiento en la cultura de México, y puede llamárseles precursores de la gran poesía naturalista que duerme aún al abrigo de nuestras selvas americanas.

Sin reñir enteramente con el convencionalismo, como pretenden algunos que desconocen el verdadero valor de la poesía, bueno es que nos acostumbremos á ese lenguaje elocuente y sencillo que traducirá mañana en versos menos artificiosos que los actuales, las infinitas bellezas que nos rodean.

En tal sentido, este poema lírico-descriptivo de Parra, es un paso muy avanzado que encontrará resistencia en los que, lejos de amar la naturalidad, y por una especie de atavismo gongórico, buscan hoy para su poesía los más extravagantes afeites.

No quiero terminar este capítulo sin reproducir el grandioso final de la composición que me ocupa; final en que asoma el altruista magnificado por los resplandores del numen.

Férvido el hombre tus bellezas ama,
y tú, bienes y galas le prodigas:
Las fauces cierras de la hambrienta llama,
hinchas el rubio grano en las espigas,
y al peso de tus chorros cristalinos
truécase blanca harina en los molinos.
Tus raudales gentiles
despliéganse en vistosos surtidores
y dan en competencia con las flores,
belleza, encanto y magia á los pensiles.
La fuerza sin igual de tus vapores
da á la máquina impulso sobrehumano;
hace avanzar con rapidez que aterra,
férreas locomotoras por la tierra
y naves por la faz del Oceano.
Mas ¡ ay ! que el hombre, de tenaz recuerdo
para extinguir la huella torturante

ó convertir la laxitud monótona
en febril arrebato delirante,
ó á vil impulso el infelíz cediendo,
desdeñar suele tu sabor divino,
y á la clara razón obscureciendo
hasta las heces bebe el torpe vino!...
¡ Cuántas veces también, trocada en brava,
la mansa, la gentil, la cariñosa,
de tu apacible condición prescindes
y eres la inundación que pavorosa
diques arrolla, que traspasa lindes,
pinos descuaja, y fiera sin entrañas,
devora al infeliz y sus cabañas;
ó eres el mar que el huracán abulta,
y á millares los náufragos sepulta!...

¡ Ay! sé para el humano siempre pía!
Tus límpidos cristales siempre mansos
á sus pasos ofrezcan fácil vía;
rieguen sus mieses y su sed apaguen;
tus vapores ardientes
hagan mover sus máquinas potentes.

Pues, el hombre, ese ser perecedero,
ha conseguido con heroicos bríos
tus torrentes vencer, domar tus ríos,
en las cimas hollar el ventisquero,
abrir amplio sendero
en tus mares inquietos y bravíos,
y trocar en titánicos motores
el impalpable tul de tus vapores;
pues, para hacer su aliada te has brindado,
logre por tí auxiliado

fiel al dictamen del saber profundo,
hábil, activo, audaz y denodado
regir como señor el ancho mundo...
Alcance de una vez su inteligencia
de tu cristal la rara transparencia;
en su ánimo pacífico y sereno
duerman siempre los pérfidos impulsos
como bajo tus lagos el vil cieno;
á la labor sus miembros preparados,
desplieguen esa fuerza incontrastable
que impulsa á los torrentes desbordados;
que como tú con superior fortuna
surque la tierra y sus entrañas mine!
¡Que como tú, los continentes una!
¡Que por los aires como tú, camine!...

XII

De que Manuel Gutiérrez Nájera es una notabilidad literaria, responden todos los periódicos que se disputan sus producciones en nuestra América.

Hace quince años, lo menos, que no cesa de verse su nombre al pie de innumerables versos y artículos, que, partiendo desde la metrópoli mexicana, corren de allí á Santiago, á Buenos-Aires, á Lima, volviendo en zig-zag, por Guayaquil á Montevideo y á Bogotá y á Caracas, en el infatigable vehículo de la prensa.

¿Qué tiene para agradar así, este escritor?

El talento simpático, entretenido, que se

apodera de los sucesos notables para comentarlos de una manera especial y aunque ello se crea una paradoja, á satisfacción de todos los gustos.

Gutiérrez Nájera es un articulista de primer orden. Hay en su estilo algo de la cocina francesa que se impone por la exquisita gracia del condimento. En los platos que sirve al público, inútil es buscar el picante sabor de la salsa inglesa, ni el fuerte olor del queso italiano, ni nada aùn que recuerde la sopa de ajo española.

Tan variada y copiosa es la producción de Gutiérrez Nájera, que no guarda memoria él mismo, de muchos temas que le han servido para hacer el encanto de sus lectores.

De seudónimos varía como de cuellos. *El duque Job*, *Mr. Cancán*, *Recamier* y *Puck* son los más constantes, pero es imposible averiguar con cuantas firmas distintas manda á los periódicos extranjeros y mexicanos, sus bien pagados artículos.

Bien pagados, ¿habéis oído esto sin abrir tamaña boca, los que en Sud-América os fi-

guráis que escribir en la prensa equívale en todas partes á morir de hambre?

Pues, en presencia mía, y por falta de tiempo, Gutiérrez Nájera ha despedido adversamente la solicitud de varios editores que le hostigaban con no despreciables sumas, porque escribiera en sus diarios un solo artículo.

El duque Job con su facundía grandísima, incomparable, no se basta á los pedidos de colaboración que le hacen en México y otros puntos. Siempre atareado, siempre viendo el reloj, en la redacción, en el hotel, en la calle, no se comprende qué tiempo él mismo se da para sus placeres.

Creeráse talvez que este hombre tan halagado por el mundo inteligente, conoce la vanidad, pero nada hay más falso. Gutiérrez Nájera es la personificación de la modestia y sonríe con verdadera incredulidad, cuando se le señala entre los más aplaudidos escritores americanos.

Y no se diga que es modestia afectada la de este hombre, joven todavía y que contando á la fecha treinta y cinco años (1893), ha-

ce diez ó doce adquirió ya el renombre de que disfruta. Todos sus amigos me repiten á una voz, lo que me decía el circunspecto Balbino Dávalos: *Gutiérrez Nájera es un buen muchacho, ignorante de lo que vale.*

Verlo en su sala de trabajo, afectuoso, discurriendo entre folletos y libros mientras remata apresuradamente un artículo que está aguardando en la puerta un muchacho de tal ó de cual imprenta, y á quien mira con ojos de cómica indignación, porque le ha interrumpido en la espiritual respuesta que daba á las chanzas de algún tertulio; visitarlo cuando deja la pluma y bota el puro que chupaba con delicia, para abrazar á su preciosa hijita que viene sorpresivamente á tirarle de los bigotes; oír sus alegres risas, estrechar en ese instante su mano y recibir su franca hospitalidad con un gesto más expresivo que las palabras, es comprender la bella naturaleza de este escritor y es amarle como á un amigo que se conociera desde la infancia.

Gutiérrez Nájera es de mediana estatura, cenceño, de ojos verdosos y muy alegres, en perfecta armonía con la sonrisa estereotipada

en sus labios que orna en la parte superior un bigotillo mefistofélico.

Conoce París y las obras literarias que allí se editan, como si viviese en la gran ciudad. Libros y periódicos de aquella procedencia andan, pues, en revolución por toda su estancia, y novedad artística no hay ninguna á orillas del *Sena* que deje de impresionar á nuestro hombre, más enamorado de Francia que los franceses.

Hay quienes observando esta pasión de Gutiérrez Nájera, quieren robarle en lo absoluto la originalidad de sus producciones, pero échase de ver en ello la exageración y malevolencia que existen en todas partes del mundo para los que se elevan algunos codos sobre la multitud.

Los artistas, que otra cosa no son los literatos, inclínanse á determinados modelos en el principio de su carrera, y aunque estos modelos bastante influyan después en el estilo que adquieren dichos artistas, no pueden alterar la fisonomía propia de cada uno.

¿Por qué reprochar á Gutiérrez Najera que se inspire en los modelos franceses? Desde

que procede en sus obras como un artista de talento, es decir, creando, nada importa que adorne sus creaciones con galas que podían, lo mismo que francesas, ser españolas ó bizantinas.

Gutièrrez Nájera, por otra parte, escribe en un castellano jugoso y puro. Conoce la lengua madre lo suficiente para no caer en aberraciones, y si se le moteja de francés, no es porque maltrate su lengua con giros gálicos, sino porque en el orden superior de las ideas estéticas se inspira más en las opiniones y gustos de las notabilidades de Francia.

Siendo uno de los primeros bardos de México, lo considero muy superior, sin embargo, como prosista. Frasea admirablemente. Sus períodos son amplios, armónicos, de una riqueza y flexibilidad que han alcanzado pocos.

Vésele discurrir en algunos de sus artículos, con llaneza encantadora sobre los más arduos temas sociales, y con ideas jocosas y extravagantes suele apoderarse de nosotros tan lindamente, que nos lleva de aquí

para allá, como en un columpio, hasta que cerramos los ojos y cual los muchachos aturdidos, le pedimos que termine por Dios, entre carcajadas.

De todas sus poesías, que son muchísimas y desiguales en mérito, no puede decirse lo que en general de su prosa. Desechando bastantes de las escritas al correr de la pluma ó por compromiso, queda sin embargo, un regular número de ellas que le dan derecho á figurar entre los más inspirados bardos del Nuevo Mundo.

Poesía llena de gracia y de movimiento, es la de Gutiérrez Nájera, que con el nombre de *Mariposas*, comienza así:

> Ora blancas cual copos de nieve,
> ora negras, azules ó rojas,
> en miriadas esmaltan el aire
> y en los pétalos frescos retozan.
> Leves saltan del cáliz abierto
> como prófugas almas de rosas,
> y con gracia gentil se columpian
> en sus verdes hamacas de hojas.
> Una chispa de luz les da vida
> y una gota al caer las ahoga;
> aparecen al claro del día
> y ya muertas las halla la sombra.

¿ Quién conoce sus nidos ocultos ?
¿ En qué sitio de noche reposan ?
¡ Las coquetas no tienen morada...!
¡ Las volubles no tienen alcoba...!
Nacen, aman, y brillan y mueren;
en el aire al morir se transforman
y se van sin dejarnos su huella
cual de tenue llovizna las gotas.
Tal vez unas en flores se truecan
y llamadas al cielo las otras,
con millones de alitas compactas
el arco-iris espléndido forman.
Vagabundas ¿ en dónde está el nido?
Sultancita ¿ qué harem te aprisiona ?
¿ Á qué amante prefieres, coqueta ?
¿ En qué tumba dormís mariposas ?

La simplicidad de estos versos es adorable. Cual otras tantas mariposas aletean en nuestro oído las palabras con que el poeta traza la inofensiva existencia de aquellos seres. Aquí el lenguaje es obligado instrumento músico en fuerza, no del arte, sino del sentimiento delicadísimo del autor.

Á la gracia que es el distintivo de esta composición en su primera parte, sucede la melancolía más oportuna.

Así vuelan y pasan y espiran
las quimeras de amor y de gloria,
esas alas brillantes del alma
ora blancas, azules ó rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis
ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
al caer en el alma la sombra!
Tú, la blança ¿por qué ya no vienes?
¿No eras fresco azahar de mi novia?
Te formé con un grupo de cirios
que de niño llevé á la parroquia;
eras casta, creyente, sencilla,
y al posarte temblando en mi boca
murmurabas heraldo de goces:
"Ya está cerca tu noche de bodas!"

¡Ya no viene la blanca, la buena!
ya no viene tampoco la roja,
la que en sangre teñí, beso vivo,
al morder unos labios de rosa!
ni la azul que me dijo ¡poeta!
ni la de oro promesa de gloria!...
¡Ha caído la tarde en el alma!
es de noche, ya no hay mariposas!
Encended ese cirio amarillo...
Ya vendrán en tumulto las otras,
las que tienen las alas muy negras
y se acercan en fúnebre ronda!
Compañeras, la cera está ardiendo;
compañeras, la pieza está sola,
si por mi alma os habéis enlutado
venid pronto, venid mariposas!

— *Romanticismo puro*, — dirá quizá, displicente, al acabar esta composición, alguien que no cree ya compatibles con nuestro modo de ser, las manifestaciones artísticas de esa escuela.

¡ Y qué engañados están los que se figuran tal cosa!

El romanticismo vive en la especie humana como una de esas tendencias incorregibles de su propia naturaleza. El creciente desarrollo de las ideas materialistas, sus enemigas, no llega á minorar en el hombre la fantasía, base de toda creación romántica en el consorcio del sentimiento.

La escuela literaria de ese nombre, puede haber caído por el abuso, en descrédito, pero siempre habrá manifestaciones artísticas que vengan cual *Mariposas*, con su belleza nada común, á probar en todo tiempo que los caprichos de escuela, las exigencias de la moda ó el decantado progreso, no alcanzan á desarraigar en el alma los espontáneos brotes románticos.

Romanticismo es todo lo que en el hombre tumultuariamente se agita por remontar á

otra esfera; romanticismo son las creencias vulgares en una vida mejor, la idea de justicia eterna, el amor á la gloria, cuanto carece de fundamento real y sin embargo nos obsesiona hasta el punto de convertirnos en héroes, en santos, en poetas, en predicadores de la moral universal, ó, á la inversa, y por falta de elevación natural, en criaturas sencillamente ridículas.

Pensad en lo que sería el mundo sin esas muchedumbres románticas que se mueven á la voz de un profeta ó embaucador, de un caudillo político, de un anarquista imbécil, predicador de la igualdad en el exterminio...

Pero, ¿adónde me llevan las *Mariposas* de Don Manuel? Á revolotear como aquellas mariposas negras de que nos habla, en el peligroso campo de la verdad. ¡Otro romanticismo como cualquiera!

Joya poética mexicana de gran valor, es la composición *Tres amantes*, en la que Gutiérrez Nájera excede á cuantos bardos modernos y antiguos trataron el mismo asunto.

I

—¿Quién eres?—Un guerrero. Mi espada vencedora
cien pueblos ha ganado.
Cuentan que no hay espejo más noble, mi señora,
que el peto del soldado.
Creí ser indomable ¡Mentira! Tu hermosura
mi altiva frente humilla:
El paladín hercúleo de bélica armadura,
temblando se arrodilla.

—¡Aparta! No me sirven guerrero, tus laureles!
Busco mejor vasallo;
no estorbes mi camino; apártate, que hueles
á crines de caballo!

II

—Señora, soy el bardo. Poder ninguno iguala
al noble poder mío.
Esmaltan las estrellas las plumas de mi ala
cual gotas de rocío.
En mí reside la potestad que crea
espíritus y mundos;
No hay águila que vuele más alto que mi idea,
ni abismos más profundos!
Yo haré de tu belleza, la estatua de alabastro,
la Venus victoriosa;
de tu palabra el canto, de tu mirada el astro;
de la mujer, la diosa!

Como diamantes sueltos, en tus cabellos rubios
titilarán luceros,
y te daré por siervos, en vez de esclavos nubios,
los siglos venideros !

— ¡ Aparta ! No con trovas ni voces de profeta
molestes más mi oído ;
Desprecio tus amores ; apártate, poeta !
Remienda tu vestido !

III

—Quién eres?—El que mancha las almas y el que roba
la honra y el decoro,
la cinta de tu veste, la llave de tu alcoba,
¡ el oro... soy el oro !
El viejo lujurioso que por la puerta espía
el baño de Susana ;
la Celestina ronca, la repugnante arpía
que ofrece cortesana.
Te espero. Yo soy Fausto. Como antes Margarita,
del templo también sales;
me acerco y en tu oído, que trémulo palpita,
murmuro: ¿ cuánto vales?
Siebel enamorado, te aguarda con un ramo
para adornar tu pecho...
¿ Qué importa ? Seré siempre para tu alma, el amo ;
para tu cuerpo, el lecho !
Tu castidad es cirio, respeto de los buenos
que yo al pasar apago;
De mármol son tus brazos, de mármol son tus senos...
No importa: yo los pago.

Comercia con tus gracias, trafica tus hechizos,
y vende cuanto puedas.
Si amante me recibes, el oro de tus rizos
convertiré en monedas !
Se acerca el que esperabas. Entre mis áureos brazos
todo placer se encuentra...

IV

La joven desanuda de su corsé los lazos,
y dice al crimen : ¡ Entra !

Quien escribió esta composición tiene con ella sola, para brillar entre los más preclaros ingenios.

¡Qué exposición tan maestra, de los sentimientos humanos!

¡Qué símbolos del amor tan ordenadamente dispuestos!

¡Qué gracia en el decir, qué lujo de pasión en los tres amantes, y propiedad en las exigencias de cada uno!

Y luego, ese otro símbolo de la beldad codiciosa, con qué altivez tan legítima responde al soldado y al poeta que hablan á su corazón en un lenguaje que no comprende!

Por último, aquel final en que habla á su vez el viejo representante del lenocinio, de la noble pasión amorosa transformada en senil lujuria, y ante el que

> la joven desanuda de su corsé los lazos,
> y dice al crimen: ¡Entra!

es un golpe de maravilloso efecto dramático, un hachazo feroz que victima nuestro ideal, una bocanada del infierno que tuesta las flores de la ilusión, pero una brillante muestra también, de lo que vale la poesía como enseñanza.

No sé por qué esta composición de Gutiérrez Nájera, tiene algo para mí de asesina y al mismo tiempo la quiero con todo el apasionamiento de mis treinta años.

Hay un arte tan exquisito en su estructura, contrastando con la *sublime brutalidad* de su objeto, que me conmueve hasta lo más hondo y me lleva á pensar en lo que sentiría el autor cuando le dió vida.

Es imposible que el poeta al trazar estos cuadros, no experimente la impresión horri-

ble de la verdad. En nuestro mundo se ven demasiadas cosas que nos sublevan y hacen de nuestra pluma otra lanza de Don Quijote. Á un movimiento así, de humorismo crítico, se debe tal vez, que Gutiérrez Nájera en *Tres amantes*, haya embestido contra esa hermosa doncella que desdeña al buen caballero y al trovador amable por darse al feo encantador Merlín; atacando el poeta en un solo tipo á toda aquella inmensa familia de doncellas que, poniendo precio á sus gracias, no quieren que se las llame *menesterosas*...

No han podido faltar á Gutiérrez Nájera las célebres críticas de Valbuena, aquel señor español que vive á caza de ripios como los papanatas de moscas.

Valbuena pretende burlarse de nuestro amigo, poniéndole al nivel de los poetastros.

¿Llamaremos nada más que injusto á su detractor?

No; porque la injusticia en derecho, entraña conocimiento de causa, y Don Antonio Valbuena es simplemente un inepto que se mete á juzgar de lo que no entiende.

Su gramática y su latín no pueden suplir al sentimiento estético que le falta. Con su gramática y su latín para juzgar á un poeta de vuelo, está en las mismas condiciones de un boticario para dar una opinión autorizada en fisiología.

La malignidad de Valbuena es mucha, pero su pobreza de raciocinio es mayor. En un proceso literario habría que defenderlo, buscando apoyo en las teorías de los criminalistas modernos. Este hombre ataca á los poetas por influencia mórbida; es un iluminado que comete fechorías mil en nombre de la sintaxis. Su juicio no es cabal y destrozará la más perfecta obra de ingenio humano, buscando ripios, porque ripios y nada más que ripios, verdaderos ó falsos, verá por todas partes este furioso hasta que se muera.

Dicen que toda comparación es odiosa, pero ¿cómo no hacer una, entre Valbuena y Leopoldo Alas, más conocido con el seudónimo de *Clarín*?

Este último, aunque suele tener también ataques de ira en sus controversias, no es sin embargo, un loco, y está á inmensa altu-

ra sobre Valbuena y sobre todos los críticos que de su género hay en España.

Leopoldo Alas, sabe sentir lo bello y algo más que eso todavía, sabe expresarlo. Autor de varias novelas, ha escrito una, *La Regenta*, que por nadie he visto aplaudida en su patria y que vale, sin embargo, un tesoro. Esta novela demuestra en Clarín un talento muy grande, y cuando la veo injustamente olvidada, comprendo que la depresión moral de un país, no se mide tanto por la escasez de sus productos intelectuales cuanto por su ineptitud para discernir, tratándose de sus verdaderas obras de mérito.

Pero, me aparto de la cuestión. Quiero demostrar que Valbuena es un desgraciado al atacar en la forma grosera que lo hace á Gutiérrez Nájera. Si aquel llamado crítico no fuese impotente para la creación literaria, si tuviera la imaginación de *Clarín*, sería menos acerbo; comprendería que en una composición poética, sobre los ripios y las incorrecciones gramaticales están los pensamientos y la belleza artística del conjunto; que en el fondo y la forma de un trabajo poético existe

la misma relación que entre el cuerpo y el alma, y que, ligeras imperfecciones del cuerpo no dan derecho para negar al alma su carácter y elevación.

¿Á qué preocuparnos tampoco, de las opiniones de un hombre que repite la misma cantaleta en todas sus críticas?

Valbuena, catolicón testarudo, no es, en verdad, más que un rezagado del *Santo Oficio*. Hace con los versos buenos ó malos que á sus manos llegan, lo que con tantos herejes hacían los antiguos sayones de Torquemada. En su sala de tormento hay potros, garfios, cuerdas, hornillos, tenazas, hierros candentes para los pobrecitos versos que sublevaron la ortodoxia del fanático Don Antonio. Allí es el indignarse con las torturas que aplica el señor Valbuena á sus víctimas. Un endecasílabo por mala acentuación es puesto en el potro y antes que lance un ¡ay! expira descoyuntado; el alejandrino á quien se acusó de blasfemo corre igual suerte, é innumerables adónicos, sáficos y espondeos van desfilando en camisa para ser marcados á fuego por sus delitos contra prosodia. Un olor á

carne quemada nos llega hasta las narices; sobre lagos de tinta roja nadan hermosos versos fragmentados en sílabas, y en medio de tanto estrago, con sonrisa de beatitud, apoya el verdugo cristianísimo estas palabras: *Justicia del cielo, estás hecha: la Gramática ha muerto á la Poesía!* (1).

(1) Este capítulo fué escrito cuando vivía aún el *inspirado* Gutiérrez Nájera. *Las mariposas negras* han llegado para él en fúnebre ronda, como decía en sus versos; pero, en cambio, la inmortalidad ha comenzado para su nombre.

XIII

Nada he dicho aún de las poetisas mexicanas, y tiempo es ya de que les consagre un capítulo.

Sor Juana Inés de la Cruz, abrió un surco demasiado profundo en el campo de las letras de México para que nuestra curiosidad deje de empeñarse buscándola sucesoras. Muy ilustres las ha tenido, en efecto, y no me parece extraño al lugar, decir algo, ántes, en general, sobre la mujer mexicana, cuyas dotes morales é intelectuales nos son casi desconocidas en Sud-América.

La educación que en México reciben los individuos del sexo débil, no es muy distinta de la de acá, y equivocados están los que

piensan que influye en el carácter y costumbres de esas mujeres, la inmediación á los Estados Unidos del Norte.

Continúa en la capital y los estados federales de México, el sistema español antiguo, de mantener al bello sexo bajo una dependencia absoluta de los esposos, padres ó hermanos. El catolicismo encuentra en ellas todavía un baluarte, y su humildad, no cristiana sino nativa, contrasta notablemente con la arrogancia propia de los varones de México. Esto explica el que su influencia religiosa y política haya sido siempre insignificante, al revés de lo que pasa en otras naciones de igual origen, donde las mujeres son un poder que desafía en materias religiosas, sobre todo, el de los hombres más encumbrados.

La mujer mexicana, que oye misa porque se lo tolera el marido, guárdase mucho de aventurar una opinión contraria á la educación liberal de sus hijos. Domina, pues, en el hogar, con su amor y con sus virtudes, pero no con sus ideas, resultando de esto una armonía ideal que en Quito, Lima ó Santiago, desesperaría á los sacerdotes.

Esa humildad femenina en que descansa la paz doméstica, sin que se deba á la presión tiránica del hombre, puede ser para algunos signo de pobreza moral, pero no lo es en efecto, desde que aquella humildad no roba á la mujer el natural esplendor de su inteligencia. Mujeres infinitas hay en México que cultivan las artes con provecho, y la ciencia misma, ocupa á bastantes.

Matilde Montoya, dama mexicana que ejerce la medicina hace varios años, después de lucidos estudios, es una prueba de que no están allá cerradas á la actividad femenina las profesiones más duras y laboriosas.

De heroísmo han dado las mexicanas brillantes muestras. Sobresale entre muchas mujeres grandes, aquella jalisciense, Agustina Ramírez de Rodríguez, que después de perder á su marido en la guerra de la *Reforma*, luego que comenzó la Intervención Francesa, presentó por sí misma para soldados, á *trece* hijos que había tenido durante su matrimonio. La Ramírez acompañábales en el campamento, buscando después de cada batalla el cadáver de alguno de aquellos leones

que necesariamente caía. Así perdió doce hijos por la acción del plomo y uno por efecto de la insolación, al retirarse de la campaña, esta mujer que eclipsa á la famosa *Cornelia* y que deja muy atrás á la heroica madre de los *Macabeos*.

No puedo fijar el número de poetisas contemporáneas de México; pero, á Dolores Guerrero é Isabel Prieto de Landázuri, tan celebradas, y que bajaron á la tumba hace algunos años, han sucedido con igual brillo, Esther Tapia de Castellanos, Laura Méndez de Cuenca, Refugio Barragán de Toscano, Josefina Pérez de García Torres, Rosa Carreto, Josefa Murillo, Dolores Correa Zapata, María Santaella, Luz G. Núñez de García, Laureana Wright de Kleinhans, Refugio Argumedo de Ortiz, Julia G. de la Peña de Ballesteros, Mateana Murguía V. de Stein, Luisa Muñoz Ledo, Gertrudis Tenorio Zavala, Rita Zetina Gutiérrez, Angela Lozano, Beatriz C. Castilla Portugal, Virginia Irigoyen, Margarita Kleinhans, Victoria González y muchísimas otras que harían inacabable esta relación.

Dolores Guerrero, que murió en 1858 á la

temprana edad de veinticinco años, fué una poetisa notable por la sinceridad de sus versos. Leyendo los apuntes biográficos de esta joven, se reconoce en ella un tipo de angelicales prendas, una de esas mujeres todo corazón y ternura, que no saben mentir y que en las llamas de único y grande amor, desaparecen como la mirra sobre encendidos carbones, no dejando otra huella que su perfume.

Es popular en México la siguiente estrofa en que, la Guerrero, no pudiendo disimular lo que experimenta por *Lusi*, se declara con impetuosidad extraña á su sexo:

> A tí, joven de negra cabellera,
> de tez morena y espaciosa frente,
> de grandes ojos y mirada ardiente,
> de labios encendidos de rubí;
> de nobles formas y cabeza altiva,
> de graciosa sonrisa y dulce acento,
> de blancos dientes, perfumado aliento,
> á tí te amo no más; no más á ti!

El hombre que inspirara estos versos no tan correctos como afectuosos, agravó con su ingratitud la enfermedad al corazón que padecía la autora.

Morir de amor es más común de lo que se cree. Dolores Guerrero, herida en el alma. rindió su cuerpo á la tumba como las heroínas de tanta historia romántica, llamando con dulce voz al ingrato motivo de sus tormentos.

Así se despidió de México la interesante joven, poco antes de dormir el eterno sueño :

Noche serena y plácida,
en cuyo hermoso cielo
viajera sola y lánguida
la luna triste va :
hacia la bella patria
do se meció mi cuna,
haz que tu brisa llévese
mi triste suspirar.
De esta ciudad espléndida
me agobia la grandeza,
y las memorias férvidas
de mi niñez fugaz,
hacen brotar las lágrimas
de mis opacos ojos,
y entre ellas aún diviso
mi humilde y dulce hogar
Allá todo inocencia,
dichas y amores cándidos;
aquí todo mentira,
dolor y deslealtad.
Durango, pueblo humilde,
la tierra de mis padres,

¿ cuándo tus campos fértiles
podré otra vez pisar ?
Allá mis dulces risas,
aquí mi eterno llanto ;
allá un amor del alma,
aquí un mentido amor.
Allá la paz bendita,
aquí los desencantos ;
allá las flores cándidas,
aquí las del dolor...
Presto veré tus campos ;
mas, ¡ qué cambiada torna
á su paterno nido,
el ave que voló !
Torna con la alma herida,
las alas destrozadas,
las ilusiones muertas,
ya sin arrullo y voz...
Prepárele tu suelo
lugar para el reposo,
para el postrero sueño
que anhela mi dolor.
Mas, ¡ ay ! ¿ por qué llorosa
dejo, y con pena mísera,
la ciudad que burlara
mi pobre corazón ?
¿ Por qué ?... calle mi labio ;
su nombre te quemara...
Adiós, suelo del alma,
ingrato suelo, adiós !

Estos versos, impregnados de melancolía, tienen el mérito de presentar á su autora en la plenitud del mal que la arrastraba á la tumba, sin descomponer lo apacible y bondadoso de su carácter. Conmovedor es el sufrimiento que se revela así, tan resignado y tan hondo, en una mujer de veinticinco años. Esta agonía, que así podemos llamarla, sonriente, animada, sin contorciones, tiene algo de beatitud que la hace triste y simpática.

Dolores Guerrero había dicho ante el retrato de *Lusi*, en un arranque lírico el más sincero:

Aquí, por siempre aquí, sobre mi seno
para burlar á mi funesta estrella,
¡oh! imagen dulce, dolorosa y bella,
que de suspiros y de besos lleno!
Acompaña mi cuerpo hasta el terreno
donde marque mi pie su última huella...
Do recline mi sien, duerme con ella,
¡oh! corazón de tu penar ya ajeno!
Imagen de mi bien, hasta el retiro
donde me arrastre mi funesta suerte,
llorando te veré cual hoy te miro;
Y cuando llegue la anhelada muerte,
á él enviaré mi postrimer suspiro
y aún así te veré... si puedo verte!

Pequeño, indudablemente, resulta el hombre que de tales exaltaciones es el motivo. Admiramos el fuego que consume á la víctima,—pues no se trata aquí de mentiras poéticas, sinó de un positivo drama,—pero, siempre nos queda el disgusto de pensar en que esa víctima se enamoró tal vez de un gaznápiro.

¿Quién fué ese *Lusi,* y qué altas prendas mostró que le hicieran digno de una pasión tan exclusiva y tan grande?

Para humillación del espíritu en sus luchas contra la animalidad que afectamos despreciar tanto, ejemplos muchísimos se presentan de mujeres inteligentes y hermosas, apasionadas de pobres diablos sin más virtudes ni inteligencia que un mono. Y en lo tocante á escritoras y poetisas, en todas partes se nota, por lo general, la disparidad entre las brillantes creaciones de su fantasía y el objeto real de sus afecciones.

El hombre, por muy espiritual que sea, condenado está por sus apetitos groseros á preferir, ordinariamente, la hermosura del cuerpo á la del alma; pero, la mujer, naturaleza

más fina, parece que auxiliada de poderoso intelecto; debía siempre mostrarse superior al hombre en este sentido.

No sucede así, por desgracia; y esto es una prueba más en favor de que la mujer dotada de grandes facultades intelectuales, se acerca en mucho al varón. Piensa como él y obra como él en sus apetitos, sin que hagamos culpable á la educación más ó menos viciosa que ha recibido, de lo que es sencilla imposición de naturaleza.

Raros ejemplos de mujeres talentosas y fuertes contra la carne, no constituyen regla. Lo positivo es, que desde Safo y Aspasia á Catalina de Rusia y Sarah Bernhardt, las grandes inteligencias femeninas responden á poco ó ningún escrúpulo en el amor.

No alcanza esta digresión á nuestra heroína, ni vela para ella reproche alguno en particular. Si amó á un hombre inferior, cosa muy posible aunque no segura, fué ese hombre, al menos, la exclusiva pasión de su juventud.

La misma intensidad del cariño de la Guerrero está demostrando su inexperiencia de

virgen. Quien muere á los veinticinco años, del corazón, adorando á *Lusi*, no es una mujer de las que encuentran á sus amores fácil reemplazo; no es de esas criaturas *privilegiadas*, que al igual de los hombres hacen conquistas y que tienen para sus decepciones, alambicados pensamientos en vez de lágrimas...

Isabel Prieto de Landázuri, que murió el año de 1876, ha sido una de las más fecundas é ilustradas poetisas de México. Leía y escribía en alemán, inglés, francés é italiano, sin que llegara su ilustración á robarle esa exquisita modestia que le reconocen todos sus biógrafos.

Marcha Isabel Prieto á la cabeza de sus contemporáneas, por la calidad y el número de las obras dramáticas que produjo. Le debe el teatro de México las siguientes comedias y dramas: *Abnegación*, *Un corazón de mujer*, *Las dos flores*, *Espinas de un error*, *La escuela de las cuñadas*, *Oro y oropel*, *El ángel del hogar*, *Los dos son peores*, *En el pecado la penitencia*, *Un lirio entre zarzas*, *Una noche de carnaval*, *¿ Duende ó serafín ?* *Soñar despier-*

to, *Un tipo del día*, y algunas otras piezas sin título, á más de una magnífica traducción de la *Marion Delorme* de Víctor Hugo.

La fibra sensible en el corazón de esta poetisa fué el amor maternal. Dirigiéndose á su hija en una delicada composición, tiene los siguientes versos:

Mi paloma del arca, mi hechicera,
mi inocente y bendita mensajera
de paz y bienestar;
tú has venido, cual la otra, blanca y pura,
trayendo por olivo la ventura
más completa á tu hogar.

Como un rayo de sol que innunda el cielo,
desvaneciendo el tenebroso velo
de obscura tempestad,
al través de mil penas y dolores,
nos bañas con los blancos resplandores
de la felicidad.

Ardiendo en el mismo sentimiento, la poetisa exclama al ver á su hijo pequeñuelo que da limosna:

Dios te bendiga arcángel adorado,
por la dulce bondad que tu alma llena,
y te hace, compasivo, toda pena

con cariñoso anhelo consolar.
Encanto y embeleso de mi vida,
en cuya dulce faz se mira el cielo,
presto la flor divina del consuelo
logra en tu tierno corazón brotar !

Cuando al través contemplas de la reja,
al sér desventurado que te implora,
¡ Oh madre ! me preguntas *¿por qué llora ?*
con tu argentina y armoniosa voz ;
y al ver al niño que desnudo, hambriento,
en ti fija sus ojos con angustia,
y en su faz débil, macilenta y mustia,
el sello lleva de miseria atroz,

—*Madre, tiene hambre,*—tu purpúreo labio
con tierno acento de piedad murmura,
y una perla del alma fresca y pura
humedece tu rostro encantador ;
y tendiendo tus blancas manecitas,
tu ofrenda presentando con cariño,
das sonrisas y pan al pobre niño,
y al desgraciado caridad y amor.

Los anteriores versos, no son de aquellos que sorprendan por la novedad y altura de pensaminto, pero tienen, en cambio, esa viveza, ese fuego nativo del corazón sin los que el arte más noble resulta frío.

El noventa por ciento de las poetisas que han conquistado aplauso en el mundo, per-

tenece al género sentimental. Con más ó menos inspiración, todas las poetisas del Norte y del Sur de América se parecen cual las alondras, variando apenas en la intensidad de sus píos.

Si fuera yo á citar versos de todas las mexicanas que merecen el dictado de poetisas, haría un capítulo muy largo y nada interesante por su falta de variedad. Después de Dolores Guerrero é Isabel Prieto de Landázuri, escogeré, pues, no á las más ilustres sinó á las que teniendo fisonomía más acentuada, se ajustan de manera mejor al propósito de este libro.

¿Pero, cómo no llamar ilustre y de las más ilustres poetisas de México á Esther Tapia de Castellanos, con quien debo proseguir la serie aquí interrumpida?

Esta señora que reside en Guadalajara desde la infancia, aunque nació en Morelia, capital del estado de Michoacán, es autora de composiciones bellísimas.

En un canto á la *Poesía*, tiene las siguientes cuartetas dignas de Víctor Hugo:

¿Cuál es tu forma, di; dónde naciste?
¿Quién el alma te hizo de lo bello?
¿Por qué la tierra á iluminar viniste?
¿De qué hermoso fanal eres destello?
 Te reconozco al fin; ni eres estrella,
ni eres ángel, ni flor, ni luz, ni día;
nada puede fingirte; eres tan bella
que todo débil para tí sería.
 Emanación de Dios, su inteligencia,
en su mente purísima formada,
tú te hallabas ya unida á su existencia,
cuando todos los mundos eran nada.

Don José María Vigil, prominente literato de México, se expresa así de la señora de Castellanos: "La lira de Esther siempre tierna y elevada, pura y melodiosa, expresa con igual facilidad los dulces delirios del amor, la melancolía del desengaño, las efusiones íntimas de la amistad, los nobles arranques del patriotismo, los goces inefables de una creyente, la tranquilidad del hogar doméstico, embellecido por los encantos y las virtudes de la esposa y de la madre."

¿Quiérese una muestra del ardor patriótico de Esther Tapia y de la belleza con que sabe revestir sus sentimientos, la poetisa?

Pues, léanse los versos que recitó siendo muy joven aún, en el Teatro Nacional de México, en la función dada á beneficio de los hospitales de sangre del ejército que luchaba contra Bazaine:

Patria, mi dulce amor, por mí bendita,
á quien ardiente y entusiasta adoro:
¡cómo de angustia el corazón palpita!
¡cuánto al verte llorar, mi patria, lloro!

Con el pesar te veo y la amargura
que sentí de mi madre en la agonía,
y en medio de tu horrible desventura,
¡nada tengo que darte patria mía!

Te miro suplicante, arrodillada;
tus lindos ojos en el cielo fijos...
No llores por piedad, patria adorada,
¡ah, no llores así, que tienes hijos!

No llores, no, ¡por Dios! tu frente erguida
levanta libre con orgullo al cielo;
cada uno de tus hijos tiene vida,
y van á darla por ahorrar tu duelo.

¿Qué importará á tus hijos, patria amada,
ver en tierra tus torres majestuosas?
¿Qué importará su sangre derramada,
si te coronan inmortales rosas?

Ellos irán al campo de batalla:
el patriotismo brillará en su frente,

y al oír el silbar de la metralla,
no temblará su corazón valiente !

Si no les guarda el bondadoso cielo
el eterno laurel de la victoria,
ellos muriendo en tu adorado suelo
clavarán tu pendón lleno de gloria.

No dejarán jamás que tu bandera
se mire en humillante cautiverio;
ni vencerán á tu águila altanera
las águilas triunfantes del *Imperio*.

Yo pido, patria, á la insegura suerte,
que si en la lucha no te da la gloria,
te envuelva entre las sombras de la muerte,
y no deje de tí ni una memoria.

Tus hijas entre tanto, prosternadas,
pedirán á los cielos tu ventura,
y al verlas Dios en lágrimas bañadas,
tu gloria hará lucir radiante y pura.

Ellas también te dan en tu quebranto,
su ternura, sus penas, sus dolores,
y con su acerbo y cariñoso llanto,
al objeto te dan de sus amores.

Te da la esposa al adorado esposo,
te cede la hija, á su querido padre,
y al hijo, su tesoro más precioso,
te da también la cariñosa madre!

Los versos patrióticos adolecen por lo general de hinchazón, en que no repara el autor creyendo siempre quedarse corto en las alabanzas debidas á su país. Rarísimos son los versos inspirados por el amor á la madre patria, en que la razón preside al concepto y ocupa un templado orgullo el ordinario puesto de la jactancia. Debilidad de los poetas muy perdonable es ésta, que consiste en tributar á la tierra en que se ha nacido los homenajes mayores, é ir hasta la fatiga en el camino de las hipérboles.

Esther Tapia, sin embargo, con una discreción sólo igual á la nobleza del sentimiento que la inspiró, no dice en la composición anterior sino lo que debe respecto á México y en particular á sus compatriotas.

> ¡Ellos irán al campo de batalla;
> el patriotismo brillará en su frente;
> y al oír el silbar de la metralla,
> no temblará su corazón valiente!

El heroísmo de los mexicanos en la famosa guerra de Intervención, hace resaltar más, si cabe, la moderación de esta frase. No se

habla allí de obscurecer á Leonidas en las Termópilas, de cautivar al mundo con hazañas maravillosas, de nada que no sea natural en hombres patriotas, y que, por lo mismo, resulta muy superior á la poesía. en los hechos.

Ejemplo de seductora templanza ha dado á los poetas una mujer casi niña entonces; mas no se curarán por eso los Tirteos americanos de su manía de endiosar á los que cumplen sencillamente, en el campo de batalla, con su deber.

Alma rica de sentimiento, Esther Tapia de Castellanos, no puede tomar la pluma sin vaciar en el papel una parte de sus tesoros.

Á una niña de trece años que empieza ya á sentir el amor, dirige la poetisa estos renglones amargos al par que tiernos y que condensan toda la humana sabiduría al respecto:

¿Callas? ¿Lloras?... Comprendo desgraciada;
del amor apartarte intento en vano,
ni lo puede en el mundo
la más robusta y poderosa mano.
Yo no sé si por premio ó por castigo,

Dios le puso en el seno;
y si vemos la tumba á nuestras plantas,
sonriendo apuramos el veneno.
Es mandato de Dios; así lo quiere;
esa es nuestra misión en esta vida.
¡Oh! bebe, bebe pues, niña querida,
apura ese veneno, goza y muere!

Tuve oportunidad de ser amigo en Guadalajara, á mi paso para Colima, de la señora Esther Tapia de Castellanos. En su hermosa fisonomía notábanse las huellas del sufrimiento. Una graciosa niña,—el menor de sus vástagos,—acompañábala en su casa y en el paseo continuamente, y pude comprender que no resta felicidad mayor en la tierra á esa madre, que los cuidados del ángel que conocí á su lado prodigándole sus caricias.

Es proverbial en Guadalajara el mérito de esta dama que, enviudando muy joven, se consagró por entero á la educación de sus hijos y á la administración ordenada de su fortuna.

No sólo talento é ilustración, sino virtud y generosidad muy grandes le reconoce la culta sociedad entre la que vive. Si ha expe-

rimentado hondas penas morales no sé decirlo; pero, mujer de tanta elevación es difícil que no haya recibido alguna vez en compensación del respeto público, los envenenados tiros de la maldad.

La conversación de Esther Tapia es como sus versos: ingenua, dulce, sin pretensiones. Nadie verá en ella á la mujer engreída por los aplausos y que hace inmoderado lujo de lo que sabe.

En el difícil género descriptivo tiene esta poetisa notables versos. Como ligera muestra, copiaré aquí la pintura que hace de un potro á medio enfrenar:

> Ya va por los campos, ya corre, ya vuela,
> y alegre en el viento sacude su crin;
> y alzando orgulloso su cuello enarcado,
> se mira inflamada su abierta nariz.
>
> Erguida levanta la frente altanera;
> empapa la tierra de espuma también;
> y piedras, y arroyos, y ramas saltando,
> parece que el suelo no toca una vez.
>
> Se pára un momento y escarba la tierra,
> y salta y relincha; le anima el placer;
> su cuerpo agitado revuelca en la yerba,
> y en la agua tranquila refresca su sed.

Y corre de nuevo, y el pecho levanta,
y alegre en el viento sacude su crin;
dirige do quiera sus ojos de fuego;
parece que dice: "¡soy libre por fin!"

Esther Tapia de Castellanos tiene derecho á ser considerada entre los talentos que dan más lustre á la poética mexicana.

No tengo dato personal ninguno, de Josefa Murillo, á quien reputo muy joven. Basta, sin embargo, transcribir la siguiente composición suya, *Vagando en el terruño*, para reconocer en ella una muy notable discípula de la escuela naturalista.

Amanece. Refleja el ancho río
nubes doradas, juncos y palmeras,
y va á perderse en el boscaje umbrío
donde fingen unirse las riberas.
En busca de los peces, codiciosas,
á la orilla dirígense las garzas,
espantando á las tiernas mariposas
que dormitan aún entre las zarzas.
Rápida la gaviota el aire hiende,
y el cisne alisa su ropaje blanco
bajo el florido *múchite* que prende
la torcida raíz sobre el barranco.

En la selva el *virsúchil* aromoso
liban ya los sedientos colibríes
y el cardenal despierta receloso
erizando sus plumas carmesíes.
La pálida laguna se abrillanta;
y al beso de la onda placentera,
se entreabre el nenúfar, mientras canta
oculta en el bambú la primavera.
Rasga la aurora el vaporoso velo
prendido, entre los montes y las aguas,
y *Tlacotálpam* surge, irguiendo al cielo
el trémulo penacho de sus yaguas.
¡ Cuán bella es ! La espléndida paleta
de natura en su hechizo se consume :
cual la mujer amada del poeta,
tiene el color, la línea y el perfume.
Y hay en su luz destellos sin iguales;
porque esa luz Elodia, es la que vimos
sonreír en el huerto y los portales
de la casita blanca en que nacimos.
. . . .
¡ Oh ! mi tierra adorada ! Al contemplarte
goza el alma, y se eleva agradecida...
¡ Quién conquistara un lauro que dejarte
como una ofrenda al terminar la vida !

Tan hermosa composición, demuestra en su autora un espíritu cultivado y sensible cual pocos al influjo de nuestra madre naturaleza. *Vagando en el terruño*, es una joya poética de valor, porque traduce con energía y

perfecta verdad las impresiones de una mujer crecida en el campo. Es ésta una composición de las que llaman *vividas*; tiene del arte moderno el esmero quizá excesivo en la forma, pero, qué candor, qué dulzura tan grandes hay en el sentimiento que la ha inspirado!

De Josefa Murillo es fuerza esperar trabajos que supediten al anterior en originalidad y belleza. Amante de su suelo natal y cual corresponde á una poetisa de su escuela, báñase para cantarlo, en un torrente de luz: en los rayos del sol esplendoroso de *Tlacotálpam*.

Laura Méndez de Cuenca,—lo he dicho ya en otro capítulo, — vive actualmente en San Francisco de California. Allí dirige hace varios años un colegio de niñas y parece que ha olvidado á las musas.

Esta señora ha escrito versos muy singulares y que la apartan del bando femenino por el vigor extraordinario de la frase y la valentía del pensamiento.

Alguna vez, dulcificando su estilo y en obedecimiento á sinceras penas, ha dicho así:

Cual nave que entregada á los rigores
del noto bramador,
zozobra envuelta en encrespadas olas
sin rumbo ni timón,
sin más luz que la luz de los relámpagos,
sin más Norte que Dios,
así también en el erial del mundo,
sin fe, sin ilusión,
con la mirada fija en el abismo
y el alma en el dolor,
perdida entre las zarzas que á mi paso
el destino arrojó,
vago al azar con la esperanza muerta
y muerto el corazón...
Así también en orfandad sombría
abandonada estoy,
y así desde la cuna hasta el sepulcro,
desde la nada á Dios,
es una sombra para mí la dicha,
mentira la ilusión,
fantasma que se borra, la esperanza,
verdad sólo el dolor.

Laura Méndez, por lo que de ella sé, es un ejemplar humano digno de estudio; una mujer que á fuerza de padecimientos ha adquirido el temple de un hombre á quien no rinden las asperezas del camino terrestre ni las inclemencias del cielo.

Sin ser hermosa, —declaración que sólo

puede hacerse ante un espíritu superior como el suyo,— ha logrado inspirar el interés que no despiertan otras hermosas; sin bienes de fortuna y con su honrado trabajo personal, ha sabido mantenerse en la medianía que exige el mundo para no perdernos entre las inferiores capas sociales.

Triste y halagador espectáculo es á la vez, el que una débil mujer ofrece luchando con las solas armas de su talento, contra esa montaña de preocupaciones y de miserias que le cierra el paso de la fortuna.

No pocos individuos del bello sexo, llenos de mérito real, sucumben de cansancio y dolor cuando no entre la burla de los infames, porque quieren con la pluma ganar un puesto concedido al más vulgar de los hombres.

Nuestras sociedades, mitad religiosas al uso de la Edad Media, mitad moriscas, no consienten todavía la libre expansión del espíritu femenino. La mujer ha de ser víctima de los caprichos del hombre ó su verdugo en caso contrario. Sustraerse á la ley común, presentarse ella en el campo de batalla de las ideas que no sean cristianas, quiere de-

cir perder una parte de las prerogativas concedidas *in nomine,* al bello sexo. Y esto explica la crueldad con que suelen ser tratadas por los mismos hombres de pluma, algunas mujeres que honran con su talento á la sociedad en que viven.

Laura Méndez, periodista ayer, ha saboreado los amarguísimos frutos de tal empleo.

Si en la prensa llaman ladrón y canalla al hombre que defiende éste ó aquel principio, ¿qué no llamarán á la mujer que mide allí, sus armas con gallardía?

La viuda del celebrado poeta Cuenca, representa una familia todavía, en el mundo hispano-americano, muy desdichada.

Con las señoras que se permiten pensar y escribir, hay menos urbanidad entre nosotros, que con aquellas que no hacen sino bailar y abrirse el escote hasta la cintura.

Y si no ¿cómo evitar el que una alabanza á tal ó cual escritora no sea seguida, fatalmente, de indecentes comentarios sobre su vida?

Los seres más calumniados son sin disputa alguna, las literatas que obtienen triun-

fos ruidosos. Feliz aquella á quien después de contarle ocho ó diez amantes, no resulta firmando escritos ajenos!

Hombrecillos ignorantes y brutos que ante una mujer de talento no saben decir palabra, son los enemigos más implacables que aquélla tiene. No; no existe envidia peor que la del hombre torpe á la mujer hábil. Doblemente humillado el uno, se cree desposeído por la otra, de un bien nativo, y mancha así, con placer su reputación, como un puerco el agua transparente con el hocico.

Laura Méndez de Cuenca es autora de unos versos que inmortalizarán su nombre. Titúlanse, *Oh corazón!* y nadie que los lea dejará de experimentar por la poetisa, admiración la más grande.

¡Oh corazón! ¿qué vales ni qué puedes
de este vivir en el artero abismo,
si presa tú de las mundanas redes,
eres siervo y señor á un tiempo mismo?

¿Quién á tu ley su vanidad no humilla?
¿Á quién si ruegas, tu humildad no mueve?
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?
¿Guardas lo eterno, ó lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia
entre el yo pensador y el sentimiento?
¿Al pensamiento guardas obediencia,
ó dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente,
si tu latir á otro latir responde?
¿Dónde guardas del odio la serpiente?
la torpe envidia y la ambición, en dónde?

Yo no lo sé; mas la virtud y el vicio
juntos te inspiran por extraño modo:
si abnegado, capaz del sacrificio;
réprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso enfrena;
múltiple forma á tu capricho mudas:
tétrico en Hamlet, triste en Magdalena,
sublime en Jesucristo, real en Judas.

Amas al mundo y sueñas con el cielo;
tremenda lucha en que tu sér exhalas;
así el ave nacida para el vuelo
calienta el nido en que plegó las alas.

Ruedas á veces á la cripta muda
de beatífica fe sublime ejemplo,
y otras, roído por sangrienta duda,
mártir espiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo;
ya deleite sensual de amante pena;
ora fe y religión, ora ateísmo,
dogma que salva y duda que condena.

Penumbra ó claridad, verdad ó mito,
vives, palpitas, gozás y padeces;
por el amor confiesas lo infinito,
y aceptas el infierno si aborreces.

¡ Qué batallar con la pasión á solas!
¡ Qué fiera lid á solas con la idea!
¡ Qué dejar en el ara en que te inmolas,
carne que abrasa y sangre que caldea!

¡ Qué vida tan inquieta la del mundo!
¡Qué promesa tan dulce la del cielo!
La Muerte... ¡qué misterio tan profundo!
La Nada... ¡ qué terrible desconsuelo!

Cese ya, corazón, tu lucha fiera,
y que la luz al pensamiento acuda:
Si eres fango no más ¿por qué se espera?
si eres obra de Dios ¿por qué se duda?...

¡... Misterio nada más!... y quien osado
pretenda conocerte... ¡ pobre loco!
Vives para ser barro, demasiado,
y para ser verdad, vives muy poco.

¿ Cuál es el poeta que ha hecho del corazón una pintura más valiente y extraordinaria?

¿ Existe en alguna colección de versos americanos, composición de este género que, no digo eclipse á la anterior, sino que la iguale siquiera?

¡Oh corazón! es producto de una literatura

muy avanzada. Como obra femenina dice más en honor de Laura Méndez y aún de las mexicanas en general, que cuanto pudiera escribirse por un admirador entusiasta, á riesgo de envanecerlas.



XIV

Me hallo ahora de frente á una multitud de poetas jóvenes, aprovechados discípulos, algunos, de los maestros que llevo consignados en las páginas anteriores, y rebeldes los más, á escuela determinada, como amantes del eclecticismo que se impone cada día con mayor fuerza.

La nueva generación de poetas mexicanos, ofrece con la variedad, el signo primero de la riqueza intelectual de un país. Descontando á los imitadores que no pueden faltar, y á los exagerados en tal ó cual ramo de la poesía, que no dejan de presentarse tampoco en las más florecientes repúblicas literarias, queda siempre una legión respetable por la

excelsitud del estro y sanidad de su inspiración.

Quiero dejar constancia de un hecho, á primera vista insignificante, pero que prueba mucho en honor de la juventud mexicana que rinde culto á la musas : el de la fraternidad en que vive.

Abiertas para mí las puertas de casi todos los centros literarios de México, en que hormiguean los mozos que principian á ganar fama junto á los viejos que la tienen ya universal, he podido estudiar de cerca algunos fenómenos de sociabilidad, bien distintos por cierto, de los que estaba acostumbrado á ver en otros países.

La rivalidad, ese gusanillo que mata en Sud-América las raíces de toda asociación literaria, por muy pomposos frutos que dé al principio, si no es desconocida en la patria de Altamirano, preséntase allí, al menos, en tan benigna forma, que no es obstáculo al desarrollo de las comunidades artísticas.

Celos y envidias de literatos, faltar no pueden en parte alguna del Mundo; pero, excluyendo las cuestiones políticas, es notable en

México la actitud respetuosa que guardan entre sí, generalmente, los grandes y los pequeños hombres de pluma. La lucha de ideas que es necesario exista, para fomento de la propia literatura, no tiene allí los repugnantes caracteres de una guerra civil. No se ve allí con frecuencia al hermano insultar cobardemente al hermano porque ha obtenido aplausos y distinciones... Y cuando tal cosa ocurre, cesan pronto las plumas en su tarea de vilipendio para cambiarse más digna y virilmente, por la espada ó por la pistola.

Los viejos poetas aman con sinceridad á los mozos que van siguiendo sus huellas, y éstos no les corresponden con la ingratitud de los pocos años.

Entre ochenta ó cien literatos jóvenes mexicanos que he tratado con familiaridad relativa, apenas puedo recordar dos que me hayan hablado desdeñosamente de sus maestros.

¿Sería esto, en tan inmensa mayoría, una reserva estudiada? No lo creo así, porque en vivas controversias, donde no cabe el disimulo, he notado siempre un fondo de gran

respeto para los viejos escritores cuyas obras mismas eran objeto de la censura.

Hay, pues, que buscar la explicación de esta armonía, en un exagerado orgullo patriótico ó en causas de menos dudosa moralidad.

Lo cierto es, que en México principia á constituirse la unidad literaria nacional: esa cohesión de partículas similares, que forma como en el orden de las madréporas, un solo cuerpo resistente en medio de su porosidad, á la disolvente acción de las aguas.

Á un superior instinto, sin duda alguna, obedece aquella aproximación que buscan literatos de diferentes edades, temperamentos y gustos, en nuestra hermana del Norte, para prestarse mutuo auxilio, antes que combatirse, y aumentar de aquella manera el patrio caudal que enriquece á todos.

Cabe á la actual juventud, si no la iniciativa, el adelanto de un programa tan bello. No sólo el *Liceo*, la primera agrupación literaria de México, abre sus puertas semanalmente á sus miembros para leer y discutir trabajos nacionales en prosa y verso; muchas casas particulares son otros tantos centros

también, donde se cultiva el arte exclusivamente, acudiendo á ellas en determinados días muy reputados hombres de letras.

Siempre recordaré mi entrada al mundo literario de México en la velada que se ofrecía al bardo potosino Manuel José Othón, en la casa del ilustre filólogo, señor Don Rafael Angel de la Peña, Secretario de la Academia Mexicana correspondiente de la Española.

Hacía unas cuantas horas de mi arribo á la capital, cuando me vi justamente sorprendido por una invitación á esa velada en que debía hallar, de improviso, á los más cultos escritores que tiene México.

¡Qué atmósfera tan cordial la que se respiraba allí, en medio de aquellos adalides del pensamiento, congregados para tributar al compañero Othón, un aplauso por el mejor de sus triunfos!

Othón, elegido individuo correspondiente de la Real Academia Española, dió, á pedido general, lectura en esa noche al *Himno de los bosques*, composición suya reputada hoy con justicia, por una de las más brillantes lírico-descriptivas que se han escrito en América.

No quiero interrumpir con nota alguna esta magistral sinfonía en verso, y la reproduzco íntegramente, en la seguridad de que su extensión parecerá desmesurada tan sólo á los lectores de epígramas y chascarrillos.

I

En este sosegado apartamiento,
lejos de cortesanas ambiciones,
libre curso dejando al pensamiento,
quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
con su apacible susurrar el viento,
el coro de las aves con su acento,
con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
al hondo cauce; con furor azota
las piedras de su lecho, y la infinita
estrofa ardiente de sus senos brota.
¡Del gigante salterio en cada nota,
el salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por las selvas presurosos
se pierden en la noche los rumores.
Los mochuelos á su antro van medrosos
á esconderse; y exhalan los alcores

sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño.
La llanura despierta alborozada;
con su semblante pálido y risueño
la vino á despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
á aparecer comienzan. La cañada
suspira vagamente; el sauce llora
cabe la fresca orilla del riachuelo,
y la alondra gentil, levanta al cielo
un preludio del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
sus trinos une al murmurar del río.
Gime el follaje temblador; colora
la luz los campos, las montañas dora;
y á lo lejos blanquea el caserío.
Y va creciendo el resplandor, y crece
el concierto á la vez... Ya los rumores
y los rayos de luz hinchen el viento;
hacen temblar el éter, y parece
que en explosión de notas y colores
va á inundar á la tierra el firmamento.

III

Allá, tras las montañas orientales,
surge de pronto el sol, como una roja
llamarada de incendios colosales,
y sobre los abruptos peñascales
ríos de lava incandescente arroja.
Entonces de los flancos de la sierra

bañada en luz, del robledal obscuro,
del espantoso, acantilado muro
que el paso estrecho á la hondonada cierra;
de los profundos valles, de los lagos
azules y lejanos que se mecen
blandamente del aura á los halagos,
y de los matorrales que estremecen
los vientos... de las flores, de los nidos,
de todo lo que tiembla ó lo que canta,
una voz poderosa se leventa
de arpegios, y sollozos, y gemidos.
Bala el ganado que á los pastos llevan
silbando los pastores. Mansamente
pacen los bueyes y mugiendo abrevan
en las límpidas ondas de la fuente.
Bajo el espeso bosque de raíces
que el tronco de las ceibas ha formado,
grita el *papán*, y se oye en el sembrado
el triste cuchichear de las perdices.
Mezcla aquí sus ruídos y sus sones
todo lo que voz tiene; la corteza
que hincha la savia ya, crepitaciones;
su rumor misterioso la maleza,
y el clarín de las selvas, sus canciones.
Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento
que los maizales apacible orea,
sopla del Septentrión, se oye el acento
y algazara que, locas de contento,
arrojan las campanas de la aldea...
Es que también se alegra y alboroza
el viejo campanario. La mañana
con húmedas caricias lo remoza;

sostiene con amor la cruz cristiana
sobre su humilde cúpula; su velo
para cubrirlo tienden las neblinas
como cendales que le presta el cielo,
y en torno de la cruz, las golondrinas
cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar bajo las frescas chacas
que del sol templan los ardientes rayos,
en bandadas los verdes guacamayos;
dispersas y en desorden las urracas.
Va creciendo el calor. Comienza el viento
las alas á plegar. Entre la fronda,
lanzando triste y gemidor acento,
la solitaria tórtola aletea.
Suspenden los saúces su lamento;
calla la voz de la cañada honda,
y un vago y postrer hálito menea
las áureas puntas de la espiga blonda.
Entonces, otros múltiples rumores
como un enjambre zumban á mi oído.
El *chupamirto* vuela entre las flores;
sobre las ondas de cristal fundido
caen los escarabajos de colores;
mientras que la libébula, temblando
va sobre los cristales bullidores
sus alas sutilísimas vibrando.
El limpio manantial gorgoritea
bajo el peñasco gris que lo sombrea;

corre sobre las guijas murmurando,
lame las piedras, los juncales baña,
y en el lago se hunde. La espadaña
se estremece á la orilla susurrando,
y la garza morena se pasea
al són del agua cariñoso y blando:

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
echa sobre los campos. Agostada
se duerme la amapola en la floresta
y, muerta la campánula morada,
desprende el tallo de la roca enhiesta.
Pero, bajo la selva estremecida
no deja aún de palpitar la vida:
toda rítmica voz la manifiesta.
No ha callado una nota ni un ruído;
en el espacio rojo y encendido
se oye á los cuervos crascitar, veloces
la atmósfera cruzando, y la montaña
devuelve el eco de sus roncas voces.
Las palomas zurean en el nido.
Entre las hojas de la verde caña
se escucha el agudísimo zumbido
del insecto apresado por la araña.
Las secas ramas quiébranse al ligero
salto de las ardillas; su chasquido
á unirse va con el golpeo bronco
del pintado y nervioso carpintero
que está en el árbol taladrando el tronco;

y las ondas armónicas desgarra
con desacorde són el chiriante
monótono cantar de la cigarra.
Corre por la hojarasca crepitante,
la lagartija gris; zumba la mosca
luciendo al aire el tornasol brillante,
y agitando su crótalo sonante
bajo el breñal, la víbora se enrosca.
El intenso calor ha resecado
la savia de los árboles; cayendo
algunas hojas van, y al abrasado
aliento por la tierra evaporado,
se revienta la crústula crugiendo.
—En tanto yo, cabe la margen pura
del bosque, por los sones arrullado,
cedo al sueño embriagante que me enerva,
y hallo reposo y plácida frescura
sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepando audaz por la empinada cuesta
y rompiendo los ásperos ramajes,
llego hasta el dorso de la abrupta cresta,
donde forman un himno á toda orquesta
los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío,
mezcla su canto el viento, la hondonada
su salmodia, su alegre carcajada
las cataratas del lejano río.
Brota la fuente en la escondida gruta

con plácido rumor, y acompasada,
por la trémula brisa acariciada,
la selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques; mueve
blandamente la tarde silenciosa
la azul y blanca y ondulante y leve
gasa, que encubre su mirar de diosa.
Mas, ya aquilón sus furias apareja
y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
por sus gargantas de granito deja
la montaña escapar; maldice, clama...
El bosque muge y el torrente brama ;
y de las altas cimas despeñado,
por el espasmo trágico rompido,
rueda el vertiginoso acantilado
donde han hecho las águilas el nido
y su salvaje amor depositado.
Y al mirarle por tierra destruído,
expresión de su cólera sombría,
aterrador y lúgubre graznido
unen á la tremenda sinfonía.
Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
arrastra en pos peñascos y troncones
que con las ondas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
que parecen hervir, palpitaciones
de una monstruosa víscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
del viejo tronco que al rajarse cruje.

El huracán golpea los peñones;
su última racha entre las grietas zumba,
y es su postrer rugido de coraje
el trueno que, alejándose, retumba
sobre el desierto y lóbrego paisaje.

VII

Augusta, ya, la noche se avecina
envuelta en sombras. El fragor lejano
del viento, aún estremece la colina
y las espigas del trigal inclina
que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
del peñascal; entre su quiebra obscura,
revuelto el manantial, ya no murmura ;
salta garrulador á borbotones.
Son las últimas notas del concierto
de un día tropical. En el abierto
espacio del Poniente, un rayo de oro
vacila y tiembla. El valle está desierto
y se envuelve en cendales amarillos
que van palideciendo. — Ya el sonoro
acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
á preludiar en el solemne coro...
¡ Ya es otra voz inmensa la que canta !
Es el supremo instante. Los ruídos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores ;

el sonrosado idilio de la aurora
de estrofas cremesinas que el sol dora;
la égloga de la verde pastoría,
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora,
de la tarde la pálida elegía,
y la balada azul, la precursora
de la noche tristísima y sombría...
cual bandada de pájaros errando
fueron á guarecerse en la campana
de la rústica iglesia, que, lejana
se ve sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el *Angelus* se eleva condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo
sobre lago, colina, valle y sierra;
y al par de la expresión que en su agonía
la tarde eleva á la divina altura,
del Universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡SALVE, MARIA!

Manuel José Othón es un verdadero poeta. Tiene gran corazón, á medida de su talento, y debe á ello el hacerse profundamente simpático.

Confieso aquí el cariño que me inspiró, viéndole tan modesto y sencillo ante los halagos de sus compatriotas, llamándome *hermano* á los pocos días de conocerme, é invi-

tándome con otros amigos á comer en el fondín á que concurría el poeta siendo estudiante.

—¿No te parece, — decíame Othón, — que echar un velo á nuestras penurias de ayer en la relativa holgura de hoy, es renunciar á un goce muy puro? Yo vengo de cuando en cuando, á este rincón de México, para reconstruir mis sueños de niño, mis amoríos, mis esperanzas de aquella edad. Ayer estuvimos juntos en el Casino ante opípara mesa y ricos licores... pues, bien: yo no he experimentado ayer la alegría que hoy experimento junto contigo y mis demás compañeros en este fondín estrecho y plagado de moscas, porque aquí hay algo de mi pasado, que flota luminoso y ardiente; mi vida entera de colegial con sus privaciones y risas, sus lágrimas y locuras poetizadas por la bruma del tiempo en las prosaicas luchas del día... Aquí, entre sorbo y sorbo de un café detestable, borroneaba yo mis cuadernos de matemáticas, improvisando, al margen, versos á la muchacha de ojos negros que había visto en la esquina; aquí brotó más de una composición mía, como

Paolo y Francesca, popularizada sin más mérito que su aliento poderoso de juventud...

Paolo y Francesca, efectivamente, es una de las más cortas y bonitas producciones de este poeta:

> Paolo llevando á su inmortal amante,
> de Dios llegó delante
> que por su negro crimen le condena
> á padecer la pena
> de que nos habla en su poema el Dante.
> Y cuando sabe su castigo eterno,
> dice con voz satánica y vehemente:
> ¡Qué me importan las penas del infierno,
> si allí puedo besarla eternamente!

Rápidas en compañía de Othón pasaban las horas, y es que pocos hombres he conocido tan efusivos. Goza en su patria de un prestigio envidiable, y lamento no poseer su drama *Después de la muerte*, para reproducir algunos de aquellos rasgos que le han valido en los teatros de México las ovaciones más estruendosas.

Otro joven y muy apreciado bardo, pues reune al talento el exterior simpático y las

maneras de Othón, es José López Portillo y Rojas, residente en Guadalajara.

Le conocí en mi vuelta al Pacífico, y departí con él en su casa, lugar de reunión el más ameno para los escritores de esa ciudad que sigue á México en importancia. Á la memoria de Portillo y Rojas, asocio la de los distinguidos periodistas Salado Álvarez y Covarrubias, quienes mantienen junto al primero, el fuego sagrado de las letras en esa región importante de la República.

Es López Portillo y Rojas un letrado, aunque joven, de reputación muy alta y muy merecida. Creyente sincero, basta á recomendarle su composición *¡Orad!*, entre los poetas cristianos de primer orden.

Dejad que vuestro espíritu suspenso
de su destino al poderoso grito,
suelte los vuelos de su afán inmenso
por su mundo apropiado, el infinito.

Dejad tender á nuestro amor el ala
hacia el confín por donde el sol asoma:
cuanto puede volar, la altura escala:
la música, el incienso y el aroma.

Cantan á Dios el ave entre el ramaje,

en su onda el mar, el céfiro en su giro ;
que los cielos reciben homenaje
de cuanto tiene voz, canto ó suspiro.

En este mundo arcano y deslumbrante,
en el seno de tantas maravillas,
el hombre, pobre sér de un solo instante,
nunca se halla mejor que de rodillas.

Caed de hinojos. Las tremantes palmas
alzad venciendo nuestro orgullo ciego :
la oración es la vida de las almas,
santa actitud de adoración y ruego.

Del existir en la inmortal contienda,
nada el milagro del amor ataje :
que la oración como el perfume, ascienda,
y que el perdón, como la lluvia, baje.

Si navegais en golfos de ventura,
cantad hosanna en vuestra dicha extrema ;
si naufragáis en mares de amargura,
pedid piedad á la bondad suprema.

Sonreíd contemplando los fulgores
que vierte el alba en el nocturno espanto,
porque son de la vida los dolores,
sollozo abajo, y en la altura, canto.

Portillo y Rojas, como se ve, no milita entre los paganos. Habría que objetarle, volviendo por los fueros de la virilidad, aquella frase,

El hombre pobre sér de un solo instante,
nunca se halla mejor que de rodillas,

pero ¿ cómo enmendar la plana al poeta, si no es el poeta quien habla sino el creyente ?

Hay que respetar en todo caso la convicción profunda con que escribe Portillo y Rojas, y hay que reconocer también,—aparte la humillación que nos impone á los soberbios admiradores de Satanás,—que la factura de sus versos no puede ser más hermosa.

¡ Orad ! es una poesía modelo de evangélica unción. Se distancia inmensamente de las vulgaridades que escriben otros poetas cristianos menos *favorecidos del cielo* en caudal imaginativo ; tiene la belleza escultural de la forma, y en el desarrollo de su capital idea, es justo observar una gradación maestra, enternecedora, aun para aquellos que no tienen el consuelo de pensar como el que la ha escrito.

¡ Poder sublime el del corazón, que logra comunicarnos su anhelo al través de contrarias opiniones tan arraigadas !

Leyendo esta composición *¡ Orad !* los incré-

dulos que no tienen organización de bandido, lamentan no poder hincar la rodilla en tierra y decir con el poeta :

> Del existir en la inmortal contienda,
> nada el milagro del amor ataje :
> que la oración como el perfume, ascienda,
> y que el perdón como la lluvia, baje !

Los incrédulos, sin aguardar recompensa de arriba, suelen dar no obstante, pruebas mil, inequívocas, de bondad. Su falta de fe tiene origen precisamente, en el irritante mutismo del cielo ante los dolores humanos.

Omnipotencia que tolera el mal, que ampara á los facinerosos inteligentes, que condena al suplicio millones de criaturas piadosas, no se comprende que merezca ruegos del todo inútiles...

Alguna vez he pensado, no sin horror, que, pues el mal es lo que triunfa y perdura siglo tras siglo, quizá estén los hombres buenos condenados á eterno azote en el mundo, como contraventores á la suprema ley que nos rige. Quizá sea un crimen aliviar penas y enjugar lágrimas ! ¿ Quién manda al temerario quitar

los grillos del reo, burlando así la voluntad de sus jueces? ¿Quién desafía impunemente las órdenes del tirano que han de cumplirse sobre sus víctimas, aunque de dolor estallen los corazones? ¡Oh sencillas gentes que sufrís con el sufrimiento de los demás: poned un dique á vuestra ternura; no conspiréis contra el que todo lo puede y todo lo ha dispuesto á su antojo! No os opongáis á que se cumplan los decretos del cielo, porque seréis castigados con el azote!

Contrasta con la inspiración de Portillo y Rojas, la siguiente, debida á Ignacio M. Luchichí, redactor de *El Universal*, y que con el seudónimo de *Claudio Frollo* ha adquirido renombre en la prensa liberal de México.

Felices quienes piden al destino
un amor ideal, oculto y solo,
y no sueñan jamás en el divino
infierno de Francesca y de Paolo...
Poetas que lloráis cuando la brisa
entreabre las hojas de la anémona,
que gemís en la tumba de Eloísa,
y ante el lecho de muerte de Desdémona,
Sed pensamiento, y corazón, y fibra:
ponerse á sollozar en los pensiles

cuando en épico són la trompa vibra,
es indigno de pechos varoniles.
  Erguíos fieramente en el combate,
cuando la duda vuestras almas hiera,
y que sus ondas trémulas dilate
el azulado río en la pradera.
  Que oculte el ígneo sol la regia frente
y vuelva el labrador á su cabaña,
mientras se alza la luna, lentamente,
como rosa de nieve en la montaña.
  Dejad que las inquietas mariposas
aniden en la flor de terciopelo;
cantad en vuestras liras melodiosas
los amores de Hamlet y de Otelo.
  Cantad el pensamiento que redime,
la fe que huye y el amor que vuela:
vale más que la tórtola que gime,
el humano dolor que se rebela.
  Sed como el ave que se rasga el pecho
cuando su prole moribunda mira,
que cae sobre el mar en duro lecho
y en una inmensa convulsión espira!

Luchichí, más en armonía con los sentimientos de la juventud de su patria, nos presenta el reverso de *¡Orad!*, en no menos bella forma poética, cuando dice:

  Vale más que la tórtola que gime
el humano dolor que se rebela.

Este joven poeta batallador, tiene por el carácter, muchos puntos de semejanza con Salvador Díaz Mirón, hijo como él del estado de Veracruz, y de quien debo ocuparme en postrer lugar, atendiendo á razones muy especiales.

Luchichí, con más reposo que el vehementísimo y calumniado Díaz Mirón, tiene sin embargo la misma fiereza y levantado orgullo del anterior. Sincero en el verso como en la prosa, aunque mordaz en algunas críticas, siempre es el noble investigador de lo bueno para aplaudirlo.

Como poeta, hay lo suficiente para juzgar á Luchichí en los cuartetos citados, donde el hombre asoma enérgico, sin afeminación ninguna, entre las blancas rosas del arte.

Claudio Frollo, por la ductilidad de su inteligencia ha conquistado en el diarismo de México una posición ventajosa. Posee la cualidad indispensable en el periodista para no cansar jamás á su público: la de volver á la carga sobre los mismos hombres y cosas con un nuevo material de guerra todos los días.

Guardo de Luchichí un recuerdo muy afec-

tuoso, pues fué la primera mano amiga que estreché en la gran metrópoli mexicana.

Escritor y poeta como el anterior y que ha solido dar á sus compañeros muy malos ratos, por la causticidad de sus críticas, es Manuel Puga y Acal, conocido con el seudónimo de *Brummel*.

Este joven, de no vulgar talento y muchísima ilustración, parece un tanto difícil de contentar en materia de poesía. No de otro modo se explica la fustigación que emprendió hace algunos años, contra los más preclaros bardos de México.

Si fuese Puga y Acal una de esas mediocridades rabiosas que acaban por entregarse como último recurso á las críticas del género de Valbuena, comprenderíase el rigor con que ha tratado á sus compañeros; pero no siendo así, teniendo Puga y Acal imaginación bastante para producir obras bellas, sólo á un caso de ablepsia en el exagerado culto del arte, pueden atribuirse sus maltratos á Juan de Dios Peza, Díaz Mirón y Gutiérrez Nájera.

De que Puga y Acal es poeta, y muy buen poeta, da testimonio el romance que sigue:

Todo duerme en torno mío;
sólo el mar está despierto:
de la onda vigilante
se oye el monólogo eterno.
Plegadas las velas todas,
porque también duerme el viento,
el barco que se desliza
sobre el Océano inmenso,
al fulgor de las estrellas
parece un inmenso féretro.
Ellas mismas, las radiosas
pupilas del firmamento,
parecen cirios que arden
junto al túmulo de un muerto...
¿ Por qué todo está tan triste ?
¿ por qué está todo tan negro ?
y ¿ por qué obstruye la bruma
mi fatigado cerebro ?...
— " Hombre imprudente que huyes
del vivificante sueño,
y vienes del Océano
á sorprender los secretos :
sabe que soy yo tan sólo
dilatado cementerio.
Yo sirvo de último asilo
á cadáveres sin cuento
que en mis abismos profundos
duermen el último sueño.
Allá en las playas remotas
que azoto á veces colérico,
hijos, esposas y madres
lloran por los que no han vuelto.

No les verán nunca, nunca;
mi presa son; yo los tengo,
y es mentirosa conseja
que yo mis presas devuelvo.
Que de todo cuanto muere
en el mundo, soy el dueño,
y todo, tarde ó temprano,
ha de venir á mi seno.
Tú mismo, cuando al fin logres
llegar á seguro puerto,
no habrás aún escapado
á mi poderío inmenso.
Por tí y por los que descansan
bajo la tierra, en sosiego,
he de ir pronto, muy pronto,
yo, destructor elemento,
cuando islas y continentes
invada al fin, y en el piélago
sin límites del vacío,
el orbe ruede en silencio
como una lágrima enorme
llorada por los que fueron."
Esto la mar me decía
en su monólogo eterno,
una noche en que ella sólo
y yo estábamos despiertos.

Oceano nox, que así se titula la composición anterior, es de un carácter raro en la poesía del Nuevo Mundo, donde por causas muy naturales, no es común encontrar las sombría

inspiraciones germánicas de que *Oceano nox* participa en algo.

Tétrico es el asunto, mas no por tal cosa ingrato al arte que ha sabido explotarle haciéndolo á nuestros ojos interesante. ¿Quién al mirar de noche y desde las tablas de un buque al traidor Océano que muge pausadamente, no se ve sobrecogido de espanto al considerar las víctimas que ha hecho y seguirá haciendo, ese monstruo salino que es todo ondulaciones y todo fauces?

Son muchos los poetas contemporáneos en que me ocupo en este capítulo; pero, forzoso me es advertir una vez más, que todos ellos no caben en obra como la mía de proporciones tan limitadas.

Sin embargo, no quiero poner punto á la presente jornada, antes de consagrar á Balbino Dávalos el recuerdo que se merece como poeta. Este joven, lleno de modestia, posee un talento raro y una ilustración vastisima. Su frente, como la de casi todos los aristócratas en la clase favorita del pensamiento, está marcada por arrugas que le hacen

viejo antes de haber cumplido treinta años.

Balbino Dávalos padece la enfermedad de las grandes almas: es melancólico en grado sumo. Algo hay en él de ese personaje que Max Nordau nos pinta en *El mal del siglo*, como protagonista de su novela. Enamorado del ideal, le persigue en el mundo pero sin fe. De aquella alma recta y por lo mismo condenada á no ser feliz en ningún estado, nos da una idea la siguiente composición:

Cesó la lucha, la patria es libre.
Sobre estos campos de horror cubiertos,
que el són guerrero ya nunca vibre
llamando vivos, dejando muertos.
El himno augusto que ahora se escucha,
celebra á un pueblo que se levanta.
La patria es libre, cesó la lucha:
poeta, ¡ canta !

Ya los hogares abren sus puertas
y las doncellas temblando aguardan
que hasta sus almas, también abiertas,
lleguen los novios que tanto tardan.
Sus lauros frescos, por azahares
cambian los héroes con mano inquieta..,
Abren sus puertas ya los hogares:
ama, poeta!

Su faz radiante la dicha asoma,
los sueños vierten su polen de oro,

y la miseria que abate y doma,
huye ocultando rabioso lloro.
El alma virgen del tierno infante
busca lo noble, lo vil desdeña...
La dicha asoma su faz radiante :
poeta, ¡ suèña !

Con paso artero la infamia viene
y la rodean cuantos la miran.
¡ Qué solapada sonrisa tiène...
cómo la acogen, cómo la admiran !
En su lenguaje tan lisonjero,
oíd qué aplauso tan vivo estàlla !..
La infamia viene con paso artero :
poeta, ¡ calla !

Terminaría aquí este ligero esbozo, á no poseer la admirable traducción que ha hecho Dávalos de *La tristeza del idolo*, poema azteca que escribió en francés Augusto Génin, poeta nacido en México pero nacionalizado en Francia, la tierra de sus mayores. Génin, educado en Paris, aunque ha vuelto á la capital americana en que vió la primera luz, para ganar honradamente la vida en el comercio, no se siente con destreza bastante para escribir en castellano, ó desdeña mucho esta lengua, tratando de dar como poeta, libre curso á su inspiración.

Dávalos ha traducido *La tristeza del ídolo* tan perfectamente, á juicio de las personas doctas, que no faltan entre ellas quienes aseguren que la copia ha dejado muy atrás en belleza al original.

I

Duerme en el seno intransitable y hondo
de un bosque á cuyo fondo
baja la luz desvanecida y lenta,
un ídolo de piedra, que en un claro,
su triste desamparo
en derruído pedestal lamenta.

Hay en su torno, ocultos entre flores,
mármoles de colores,
estatuas rotas, puertas derribadas,
y columnas musgosas y yacientes
que rozan las serpientes
deslizándose cautas y taimadas.

Sin altar ni creyentes, el coloso
se yergue majestuoso
en carcomido zócalo de piedra.
Las alondras se posan en su frente,
y trepa irreverente
hasta su cuello, la silvestre hiedra.

Apoya sobre el pecho el monolito
su manos de granito

bajo el collar de sílex lanceolado,
y las piernas inmóviles, cruzadas,
retiene entrelażadas
con ademán de atleta fatigado.

Á la plomiza faz cada ojo imprime
deformidad sublime
con su mirada tenebrosa y fría,
y la corva nariz y la cabeza
erguida con fiereza,
aire le dan de olímpica energía.

El tosco dios, sintiéndose cautivo,
contempla pensativo
las ruïnas que invade la espesura,
y con el fuego del ardiente Mayo,
en singular desmayo
se aduerme la enigmática figura.

II

Cierta noche que el bosque misterioso,
dormía silencioso
sin que sus hojas agitara el viento,
el ídolo tembló, se oyó un gemido
y el dios estremecido
desgarró las tinieblas con su acento.

"¡Oh noche! prorrumpió;—yo soy *Itzama*:
Para encerrar mi fama
al Universo le faltaba espacio.
Los intrépidos pueblos que murieron,
palacios me erigieron
de plata y ónix, pórfido y topacio.

"¡ Soy *Itzama!* Cantaba el pueblo mío
el bienhechor rocío
que el seno de la tierra fecundiza.
Soy padre del maguey, y de mi mano
recibe fuerza el grano,
aroma el fruto, jugo la hortaliza.

"Toda la creación cabe en mi nombre:
soy la mujer y el hombre,
el mar que asorda, el sol que reverbera;
soy aire y fuego, y bóveda y espacio;
habito en el palacio,
en el templo, en la choza, en donde quiera.

" De mi seno la vida se propaga
cual ancho mar que apaga
con sus ondas la sed del mundo entero.
En el árbol soy savia, en la semilla
el germen sin mancilla
que transforma el erial en sementero.

" Hoy vivo entre ruïnas solitario.
De cada santuario
los dioses mis hermanos han partido,
y al ver á la paloma alzar el vuelo,
volar como ella anhelo
siendo dios de las aves y del nido.

"¡ Oh tristeza !... Sentado en mi colina,
el valle que se inclina
como pendiente suave al oceano,
contemplaba en silencio, y de la playa
venía á mi atalaya
el eterno rumor del mar lejano.

"Cómo cambió de entonces el paisaje!
Envuelto en el follaje
del bosque secular, oculto vivo...
Ya no hay para mí valle ni monte,
ni tengo otro horizonte
que el pedazo de cielo que percibo.

"¡Oh dioses! yo fuí un dios! Cuando surgieron
los montes, y tuvieron
las aguas del diluvio holgado cauce,
cuando abrió su abanico la palmera,
y por la vez primera
agitó su ramaje el fresco sauce;

"Cuando poblado estuvo el vasto cielo
de pájaros, y el suelo
teñido del color de la esmeralda,
tímido el hombre apareció buscando
cavernas, y llevando
el peso del temor sobre su espalda.

"A su debilidad buscando ayuda,
su inteligencia ruda
dioses creó terribles y sangrientos;
ídolos esculpió con tosca mano;
dióles semblante humano
y les alzó grandiosos monumentos.

"De un rebaño de hombres yo era el guía.
De la sombra venía
y á la sombra llevaba nuestra senda.
Logré del pueblo mejorar la suerte,
pero me hirió la muerte
cuando gozaba de mi propia ofrenda.

"Proclamáronme dios, y mis despojos
fueron ante los ojos
de mi nación, objetos venerados:
Fuí la vida y la luz. Niños y rosas
y vírgenes hermosas
me eran por mis adeptos presentados.

"Mas, ¡ay! mi raza pereció... De ella
soy la única huella
que al embate del tiempo ha resistido.
Emblema legendario y misterioso,
aún vivo en mi tedioso
ensueño de grandeza, sumergido.

"Por la peste ó la guerra acongojados
he visto congregados
los pueblos á mis pies; y las insanas
luchas yo contemplé, con que acabaron
los que mi altar bañaron
con la sangre de víctimas humanas.

"Los itzaes, los mayas, los olmecas
xicalancas, toltecas,
y choles y quichés y mexicanos
me levantaron templos á porfía...
¿Por qué cayó en un día
la obra secular de tantas manos?

"Se disipó mi gloria pasajera;
la brisa sembró artera
el polen que á este bosque prestó vida,
y de ricos y míseros hogares,
de pórticos y altares
presencié poco á poco la caída.

"¡Oh tierra! ¡Oh cielo! ¡Oh mar! Astros errantes
y mundos que distantes,
muertos cruzáis por la extensión vacía!
¿en qué ejes giráis que así resisten?
Responde, ¡oh Noche! ¿existen
los dioses en el mundo todavía?"

III

Y el ídolo calló. Sobre su frente
sacuden rudamente
los árboles sus gotas de rocío;
se agita la montaña, el suelo cruge
airado el viento ruge,
y se detiene temeroso el río.

"Silencio, *Itzama!*—prorrumpió la selva.
—Que á perturbar no vuelva
esta perenne soledad tu acento.
¿Á qué recuerdas tu pasado? ¡Calla!
No con gemir se halla
consolador alivio al sufrimiento.

Todo al abismo de la muerte afluye,
mas nada se destruye:
todo renace, muere y se transforma.
No es eterno tu pórfido ¡oh gigante!
Ya sonará el instante
en que vayas en pos de nueva forma.

Conocerás la noche tenebrosa
do se hunde presurosa

la vida humana que en su torno gira.
Acabe ya tu incomprensible empeño.
Tus glorias fueron sueño;
tu pasado y presente son mentira.

¡Nada eres ya! Los dioses han partido:
fantasmas sólo han sido
que ahuyentó la razón con su firmeza.
Hoy la divinidad que el mundo aclama,
es lo que el hombre llama
nuestra madre inmortal Naturaleza!

Aparte de sus bellezas naturales, tiene *La tristeza del ídolo* un carácter tan mexicano, se relaciona tan íntimamente con la historia y las supersticiones indígenas, que no he vacilado en copiarla para exornar un libro que de algún modo contribuye al conocimiento de México entre nosotros.

Cuanto á la superioridad de la copia sobre el original ¿qué podré añadir, no cabiendo el texto francés aquí, en estas páginas?

Aunque no se tratara de la inteligencia del traductor, bastaría considerar las naturales ventajas de nuestra lengua como instrumento poético, para pronunciarse en favor de la traducción. Respetando la originalidad y belleza de las ideas comunes al

hombre en cualquier lenguaje, es necesario ser sordo para no convenir en que es el verso francés, musicalmente hablando, el verso más pobre.

La carencia en el francés, de notas graves y esdrújulas, desespera. El consonante agudo repetido en cien renglones cien veces, con martilleo feroz en nuestros oídos, es cosa que no podemos perdonarle ni á Víctor Hugo.

Admiremos el talento de los grandes poetas franceses, en las ideas é imágenes sobremanera hermosas que vierten, pero ¿y la música? ¿y la variedad, y la riqueza de los sonidos que constituyen en poesía la mitad por lo menos, de sus encantos?

Un mediano poeta hispano ó italo, sabe que dos consonantes diversos estando próximos, no deben ser entre sí, asonantes, porque de ello resultaría un vicio fónico detestable; y sin embargo, en francés aquello no se aprecia como defecto: tan exigua es la escala de sus acentos, á mezquindad tal le reducen sus siete únicas consonancias agudas, de las que dos al menos, se forjan por gimnasia ó más bien misericordia de la nariz!

XV

He dicho antes de ahora, que las aficiones literarias de México no se traducen únicamente en sociedades como el *Liceo* y otras del mismo género en la capital y provincias de la República.

Muchas casas particulares, he asegurado también, sirven de punto de reunión á poetas y escritores en determinados días de la semana para alternar con la música y la amistosa charla de los profanos, la lectura de trabajos interesantes en prosa y verso.

De estas veladas, semejantes á la extraordinaria que he referido, en casa de Don Rafael Angel de la Peña, Secretario de la Academia Correspondiente de la Española, recordaré

siempre algunas á que asistí con verdadero placer, porque se prestaban al mejor estudio de la sociedad mexicana y de los más aventajados poetas de aquella tierra.

Por su carácter de intimidad, citaré primeramente las veladas que allá por el año de 1892, daban mis inolvidables amigos el Licenciado Don Eduardo Ruiz y Don Bernabé Bravo, altos funcionarios públicos á quienes el austero cumplimiento de su deber no ha impedido el cultivo literario en que sobresalen como prosadores muy inspirados y muy correctos.

Gutiérrez Nájera, alguna vez con su brillante pluma describió las tertulias de *Figarete*,—Bernabé Bravo,—en las que se gozaba mucho alternando la lectura de una composición en verso con una copa de rico vino, y la crítica de un libro nuevo con un vals de los que María sabía obsequiar á sus padres los dueños de casa, y á nosotros también, venciendo su angelical modestia esa niña.

Don Eduardo Ruiz, trataba familiarmente á casi todos los jóvenes poetas de la capital; y cuando después de sucesivas lecturas nos

invitaba á tomar el café de su hacienda *Uruápam*, el mejor sin duda de la República, dejábase oír una exclamación de alegría. El café de *Uruápam*, era la señal de que terminaban las recitaciones literarias y de que podían las lenguas juveniles principiar á batirse, criticando los trabajos que se acababa de escuchar entre murmullos, toses ó aplausos. Era entonces el deleitarse con las juiciosos observaciones de Luis González Obregón, Ezequiel A. Chávez, José P. Rivera y otros mozos ilustradísimos, que pugnaban por mantener la conversación en el tono serio, y las agudezas de Angel de Campo y Alberto Michel, que todo lo trastornaban buscando para reír el lado cómico de las cosas. Triunfaban casi siempre estos últimos, confundiendo con su ingeniosa charla en una misma alegría á todos los concurrentes.

Angel de Campo,—*Micrós*,—es autor de preciosos artículos de costumbres, y Alberto Michel, de composiciones jocosas muy celebradas. Á estos dos jóvenes que con su traviesa y ejercitada pluma ganan dinero, podemos llamarles, sin embargo, una excepción

en México, país bravío y á la vez sentimental donde la vena chistosa no hace fortuna.

Á los mismos tertulios de Bravo y de Ruiz, encontraba los miércoles en casa de Don Enrique de Olavarría y Ferrari. Allí la con currencia, mucho más numerosa y compleja, daba á las lecturas cierta solemnidad imponente. Hermosísimas damas, aplaudidos artistas, políticos encumbrados, fraternizaban con los jóvenes literatos que hacían, por supuesto, el mayor gasto de ingenio en esos salones.

Don Enrique de Olavarría y Ferrari, es autor de varias obras que le han conquistado fama. Á más de sus *Episodios nacionales*, en el tomo 5° de *México á través de los siglos*, debido íntegramente á la pluma de Olavarría, puede admirarse la vasta erudición y talento de este escritor. Sobrino de don Modesto de la Fuente, ocupa entre los mexicanos, Olavarría y Ferrari, el lugar que corresponde entre los españoles, como historiador, á su ilustre tío.

Hombre más bondadoso y amante de la juventud ilustrada que Olavarría y Ferrari, no he tratado en parte alguna de América. Respondan por mí, José María Bustillos, En-

rique Fernández Granados, Rafael de Alba, Manuel Larrañaga Portugal, Guillermo Vigil y Robles, Enrique Santibáñez, Agustín Alfredo Núñez, Luis Godard, Joaquín Haro... los mozos todos, en fin, y las hermosas niñas que de la casa de Olavarría y Ferrari hacían entonces, con el brillo de las letras y de las artes, un nuevo Olimpo.

La música tenía en esas veladas, un representante femenino que entraba en la superior categoría de genio. Elena Padilla, cuando se sentaba al piano hacía enmudecer á todos, porque no hay hipérbole en afirmar que esta criatura angelical hasta por su figura, posee en el piano la ejecución maestra de Rubinstein, sublimada por las inspiraciones de una vidente.

Artistas europeos de nota se han sentido turbados en presencia de Elena Padilla, declarando á esta niña un verdadero prodigio de la naturaleza. *Gloria nacional* la han llamado mil veces y con razón, los periódicos mexicanos... ¿Por qué no recordarla yo, en este libro, al lado de otros amigos con quienes ayer gocé de felicidad?

En casa de Olavarría y Ferrari conocí también á Francisco A. de Icaza, joven poeta, Secretario de la Legación Mexicana en Madrid, donde se le hace justicia por su talento y gusto literario exquisitos.

La reserva y frialdad diplomáticas de este caballero en la noche que le fuí presentado, no me permiten llamarlo amigo. Tengo, no obstante, la satisfacción de señalarlo al mundo sud-americano para quien escribo estas páginas, como uno de los ingenios más cultivados y nobles entre sus contemporáneos de México.

Es de Icaza la composición siguiente, recitada por un admirador suyo, en una de las veladas de Olavarría:

Este es el muro y en la ventana,
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Dejé mis versos en que decía
con frase ingenua citas de amores:
dejé mis versos que al otro día
su blanca mano pagó con flores.

Este es el huerto, y en la arboleda,

en aquel sitio de aquel sendero,
ella me dijo con voz muy queda:
"Tú no comprendes lo que te quiero."

Junto á las tapias de aquel molino,
bajo las sombras de aquellas vides,
cuando el carruaje tomó el camino,
gritó llorando: "¡ Que no me olvides!"

Todo es lo mismo: ventana y hiedra,
sitios umbrosos, fresco emparrado,
gala de un muro de tosca piedra;
y aunque es lo mismo, todo ha cambiado.

No hay en la casa seres queridos;
entre las ramas hay otras flores;
hay nuevas hojas y nuevos nidos,
y en nuestras almas nuevos amores.

Actuación literaria, paseo campestre, francachela amistosa, casi no tuve en México donde no me encontrase con José María Bustillos, el aplaudido y fecundo vate que en pocos años se ha impuesto á los más descontentadizos críticos de su patria.

Este joven no es *una esperanza*, como vulgarmente se dice de los que principian con grandes bríos. Sus trabajos poéticos, numerosos y ricos de inspiración, exhíbenle ya como un poeta formado, de los que han sen-

tido más de una vez acariciar su frente por un rayo de gloria.

La asistencia de Bustillos á cualquier centro amigo, reclamaba forzosamente, una recitación de sus versos. Lo mismo en casa de Olavarría que en las de Bravo y de Ruiz, ó bajo los árboles de *Ixtacalco*, el risueño é histórico pueblecillo donde solíamos almorzar una veintena de literatos, dejábase oír la voz de José María Bustillos ante el apremio universal de los concurrentes.

¡Cuántas composiciones suyas, como *Las novias*, hemos allá aplaudido con entusiasmo!

Se va cantando la ilusión primera:
¡el ideal de la niñez riente!
Se va después la virgen inocente:
¡el ideal del alma en primavera!

Se va tras ella, la mujer sincera,
y la siguen la tímida, la ardiente...
¡Todas se van! y el alma indiferente
al mirarlas partir, calla y espera.

¡Queda la juventud!... Enamorada
nos sigue, con sus besos nos agobia
y al festín de las dichas nos convida...

¡Y se aleja también, triste y cansada!
que es ¡ay! la juventud, la última novia
que engaña al corazón y que lo olvida.

Este amargo pensamiento con envoltura tan dulce, por sí sólo está revelando á un poeta de mérito.

Nada hay más viejo que el llanto por la juventud perdida, nada hay más fatigoso que esas tiradas líricas sobre la muerte fatal de sus ilusiones. ¿Cómo no sentirse, pues, sorprendidos por la novedad que presta Bustillos al antiquísimo tema, llamando *última novia* á la juventud?

Fué Bustillos mi compañero en varias visitas que hice á Rosario, la seudo victimaria de Acuña, y guardo de él, como de aquella interesante mujer, un recuerdo afectuoso que no entibiarán los años.

Luis G. Urbina, el melancolico bardo, solia, muy de cuando en cuando, obsequiarnos con su presencia en esas fiestas á que acudían gustosos sus compañeros del *Liceo* todos los miércoles. Enamorado tal vez, Urbina, en aquella época, me fué muy difícil

hablar con él tan frecuentemente como deseaba.

Hojeando el álbum de una señorita, hallé estos conceptos de Urbina que pintan mejor que nada, el estado de su alma por ese entonces.

> Pasó mi primavera: está marchito
> el puñado de flores que tú arrancas;
> mas, sueño todavía en lo infinito
> y amo las cosas blancas.
> Busco lo bello; solo y olvidado
> aún tengo horas serenas;
> y soy el misterioso enamorado
> de musas castas y de niñas buenas.

Este poeta es de los más aplaudidos por la aristocracia del bello sexo, no obstante la vida que lleva de incorregible bohemio, odiando el lujo y las imposiciones frívolas de la moda. Urbina no se resigna al prosaísmo de la vida actual; es un bardo antiguo, que transportado violentamente á las ciudades modernas, echa de menos los castillos almenados, las justas caballerescas, las ojivales ventanas donde asomaban en noches de luna, doncellas vestidas de blanco

para escuchar á los trovadores dulces como él. Urbina es uno de esos poetas verdaderamente sentimentales, que, amando la existencia romántica de otros tiempos, maldicen hoy el mercantilismo que les rodea, no se acostumbran al ruido de los tranvías y coches, y viven, puede decirse, huyendo del estrépito de las calles.

La edad, que suele cambiar las costumbres del hombre, llega á veces hasta modificar su temperamento. ¿Qué tendría de extraño un cambio radical, mañana, en este poeta?

Tiene ya asegurada la simpatía de las mujeres, Urbina, por esa delicadeza profunda que hay en sus versos; delicadeza femenina, sin la cual no pueden trasparentar sus sentimientos algunos hombres, por otra parte muy valerosos y enérgicos.

Á veces la sombra que habito, se alumbra
y rompe un instante la negra penumbra
un rayo de luz,
cual suele de noche fugaz meteoro
rayar en el cielo con línea de oro
el pálido azul.

Entonces mi obscura memoria se agita,
y surge un recuerdo que tiembla y palpita
cual pájaro herido que quiere volar.
Mis sueños se avivan, mi mente se inquieta;
sacudo el letargo, me siento poeta,
y entonces... entonces me pongo á cantar!

¿Expresión más feliz queréis, del fenómeno de la concepción poética en el cerebro de Urbina, hecha por él mismo en rima tan bella?

José Peón del Valle, hijo del muy notable lírico José Peón y Contreras, de quien me he ocupado en otro capítulo, es un amigo entusiasta de Urbina, contrastando sin embargo con él, por la índole de sus producciones. Peón del Valle, jóven de fisonomía hermosa y simpática, ha comenzado su carrera literaria brillantemente. Tiene composiciones de carácter histórico, cual la que sigue, denominada *Agripina*, bastantes á asegurarle un puesto muy levantado entre sus colegas.

Estancada para siempre
la ardiente sangre en las venas,
está inmóvil Agripina

sobre una piel de pantera.
Nada perturba el silencio
de la augusta estancia regia,
en la que arde triste y sola
débil luz que parpadea.
Á su fulgor, sobre el fondo
de la piel dorada y negra,
vigorosa se destaca
la desnudez de la muerta.
Son los senos, como nieve
de alta cima que refleja,
cuando el sol brilla en Levante,
rayos de luces bermejas.
El blanco vientre divide
en gruesos labios abierta,
honda herida, rojo surco
de ancha espada en fuerte diestra.
Cárdena cinta de sangre
resbala por la cadera
que irreprochable se comba
en curva de lira griega;
y á trechos, en aquel cuerpo
más pálido que la cera,
se ven cual jaspes de mármol,
livideces cadavéricas.

Se abrió en dos el cortinaje
de púrpura de la puerta,
y apareció en el sombrío
hueco, sombría cabeza.
Bañó la luz moribunda
roja barba, corta y recia,

amplia frente, y también roja,
ensortijada melena.
¡Nerón!
Las torvas pupilas
enclavó en su madre muerta,
y se hincharon sus narices
y se fruncieron sus cejas.
Largo tiempo admiró mudo
aquellas formas espléndidas,
y con los labios crispados,
con la mirada siniestra,
por el deseo turbada
y de vil lascivia llena,
murmuró, tras sí cubriendo
con la cortina la puerta:
—"¡Imbécil! Tarde lo supe...
"¡Qué hermosa! ¡Qué hermosa era!

Las veladas de Olavarría y Ferrari brindándome están la ocasión de hablar de algunos poetas más, jóvenes como los anteriores, sobresalientes por la riqueza del estro en esas veladas que parecían torneos.

Rafael de Alba, talento escogido, de maravillosa memoria, con su habitual sonrisa se me presenta dando lectura á estos cuartetos, reflejo de la virilidad de la raza á que pertenece el autor:

Si sentís de ser grandes el anhelo,
aprended á sufrir grandes dolores.
Toca la frente del volcán el cielo;
pero no crecen en su cima flores.

¿Elevaros queréis?... Mirad la encina
que viste apenas con sus pompas Mayo.
Erguida el valle en su altivez domina,
pero la hiere en su tormenta el rayo.

¡Oh! corazones que el dolor arredra,
¡no pretendáis subir! Es ley constante:
sólo el buril al desgastar la piedra,
puede darle valor en el diamante.

Enrique Fernández Granados, es un muchacho coloradote que no revela á primera vista las magnificencias de su alma. Demasiado modesto, sencillo y bueno como una criatura de once años, ruborizábase por los estruendosos aplausos que arrancara más de una vez ante público distinguido, con la lectura de sus *Anacreónticas*.

Para juzgar á este poeta, basta conocer *El vino de Lesbos*, composición de un corte griego acabado y que es de una belleza originalísima.

Si queréis de mi lira
oír los sones,
dadme vino de Lesbos
que huele á flores.
Y si queréis que tiernos
amores cante,
venga Lelia á mi lado
y el vino escancie.
Pero, no en cinceladas
corintias copas,
porque el vino de Lesbos
se liba en rosas.
El Amor nos lo brinda,
y el que lo bebe,
arder en sacro fuego
feliz se siente.
Es dulce como el néctar
que en los festines
de Olimpo, Ganimedes
alegre sirve.
¡Que venga Lelia hermosa,
y sus hechizos
celebraré en mis cantos
bebiendo vino!
Veréis cómo la niña
si oye mis coplas,
me da el vino de Lesbos
pero en su boca...
¡Porque el vino de Lesbos
se liba en rosas!

Amigo mío y de los mejores, debo á Fer-

nández Granados un recuerdo afectuoso que no embarga la justicia que le hago en este libro por su numen verdaderamente privilegiado.

Á mi memoria, en tropel, acuden otros amigos poetas de quienes no poseo, por desgracia, trabajo alguno que presentar. Folletos, manuscritos, recortes interesantes de los que querría hoy servirme, han desaparecido infortunadamente de mi poder. Apenas se han salvado de un naufragio político con cuyos detalles no fastidiaré al lector, unas cuantas composiciones más, de Manuel Larrañaga Portugal y José Juan Tablada, notables inteligencias á que me concretaré para rematar esta jornada que es la penúltima de mi libro.

Larrañaga Portugal es un inspirado bardo, y lo conoceréis por las siguientes estrofas en que describe *La noche americana*, con pompas tropicales dignas de ella.

Trasmonta el sol. Los claros horizontes
vuelcan de luz espléndido tesoro,
y en las azules crestas de los montes
hay penachos de fuego y polen de oro.

La tarde soñolienta se reclina
en su almohadón de sombra; y de sus galas
ante el sol que al ocaso se encamina,
forma una hoguera en que incendiar sus alas.

¡Oh majestad inmensa que precede
á la entrada triunfal de la tiniebla!
El blondo rayo huyendo retrocede
y de alas negras el confín se puebla!

Como el airón de guerreador perdido
que el postrero se va, la luz alumbra
de una nube el girón descolorido
que se arrastra y se hunde en la penumbra.

Entonces melancólica y callada,
al cadencioso ritmo de las frondas
en las que el ave enmudeció aterrada,
la sombra avanza en impalpables ondas.

Mas, no es la noche aún; la noche inmensa,
la de astros de oro, la que regia tiende
su clámide en la bóveda en que extensa
la nebulosa pálida se enciende.

Dejad que huya la luz agonizante
de que el sol al caer hizo derroche,
último dardo que quebró pujante
en el sombrío escudo de la noche.

Dejad que los postreros campeones
recojan del vencido los despojos;
la tarde avanza envuelta entre crespones,
del muerto rey para cerrar los ojos.

Levante su oración la virgen selva;
ya llegarán las hadas melancólicas,
y del ramaje que la bruma envuelva,
cadencias brotarán de arpas eólicas.

El ángel del misterio se adelanta,
se esfuma el monte, piérdese el paisaje;
todo lo negro surge, se levanta,
y zozobra en el fúnebre oleaje.

La noche llegó al fin. Sobre los cielos,
pensativa, callada, misteriosa,
tendió sus enlutados terciopelos
y destrenzó su cabellera undosa.

Es la hora de la unción; la eterna calma
de la soberbia noche. Es el momento
en que todo lo grande baja al alma,
y todo lo infinito al pensamiento.

¡Salve! reina fantástica y sombría,
más bella que el albor de la mañana,
¿qué tienes tú para opacar al día
¡oh! mi soberbia noche americana?

La inmensa lobreguez donde la errante
pálida estrella dibujó sus rastros,
tu diadema de soles deslumbrantes,
y la fría mirada de los astros;

Todo lo vago que á la mente aterra,
lo impenetrable, lo que no se nombra,
lo lóbrego en el alma y en la tierra,
y Dios en el imperio de la sombra...

José Juan Tablada, casi de la misma edad que los anteriores, pues no llega á los treinta años aún, nos da una muestra de la acción que ejerce el arte francés en boga, sobre los bardos mexicanos de última data.

Ese primor de la forma á que sacrifican tantos poetas noveles de nuestra raza la inspiración verdadera, esa banalidad, ó mejor dicho, ridícula ostentación de conocimientos exóticos, que ha malogrado ingenios muchos del centro y del sud de América, no se reconoce en Tablada, aunque éste espigue á veces como Rubén Darío y Gutiérrez Nájera en el campo francés y adorne su rica musa con los cintajos y plumeros decadentistas.

Fruición muy grande, por cierto, se experimenta, leyendo la composición *Abanico Luis XV*, en la que Tablada no tiene que envidiar las más perfectas copias que con la pluma se han hecho de las pinturas celebradísimas de *Wateau*.

Bajo las frondas de ideal Versalles
ó en los boscajes de algún Trianón,
entre floridas y angostas calles,
triste y pausada cruza *Manón*.

Dan á su paso los brodequines
de altos tacones, blando oscilar,
y su amplia falda de albos satines
fru-frus y aromas deja al pasar.
Hacia el estanque va taciturna,
donde á los rayos del áureo sol,
negros tritones vuelcan su urna
y airados soplan su caracol.
... En vano un lirio del vaso regio
prendió en las blondas de su corsé,
leyó los versos de un Florilegio
y al clavicordio tocó el minué.
Nada ha calmado su torva fiebre,
ni el blondo paje, ni el fiero halcón,
ni la diadema donde el orfebre
grabó los lises de su blasón...
Es que la hiere su enamorado,
y *Manón* llora su infiel desliz ..
¡Por eso triste se ha doblegado
y palidece la flor de lis!...
Al dulce nido que los espera
ya no irán juntos llenos de amor,
en blasonada y azul litera
de las antorchas al resplandor!
Y ya en la ojiva llena de esmaltes
que orna el escudo noble condal,
no verán cómo los gerifaltes
cazan al vuelo la garza real...
Y *Manón* sueña... ramajes finos
tienden arcadas de pastoral:
¡Nunca crearon los Gobelinos
en sus tapices pastora igual!

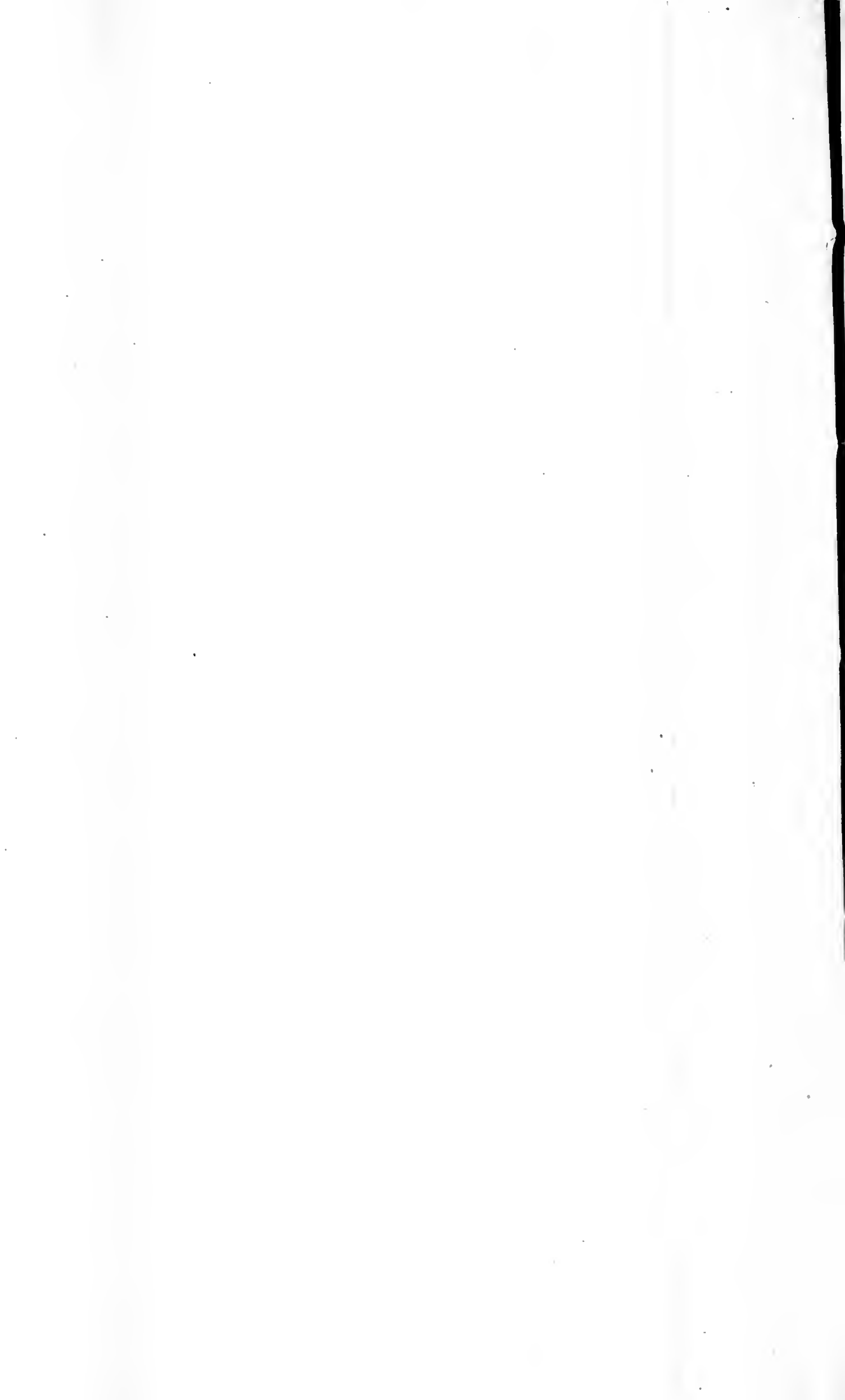
Y en el estanque de tonos glaucos,
se irisa el chorro de un caracol...
y *Manón* sueña bajo los saucos
á los postreros rayos del sol!

Gracia muy especial y no vulgar ingenio se necesitan para reproducir así, con la pluma, el cuadro que tantas veces ha deleitado á una hermosa en los pausados vaivenes de su abanico. Esas muertas figurillas sobre la tela que se pliega en el varillaje, han dado tema al poeta para trazar un lindo cuento de amores. Y ¿cómo no aplaudirlo por su acabado trabajo artístico, superior al que fijase un pincel en el abanico?

La frivolidad de estos versos no puede disgustar á los enemigos del morboso estilo que cunde en la poesía de nuestros tiempos, porque *Abanico Luis XV*, se mantiene en el discreto límite de lo natural y lo bello. Nada hay en dicha composición de esa extravagancia, de ese pésimo gusto que lleva á algunos al empleo de frases rechinantes como bisagras enmohecidas, ó á chillonas pinturas é intercalamientos de voces griegas y asiáticas,

para darnos en resumen á conocer una frusleria.

Los que amen esa literatura de orfebres, ese género de briscado tan á la moda y del que Tablada nos presenta un ejemplar de los pocos que pueden llamarse buenos, deben mantenerse en el límite racional que se mantiene el joven autor de *Abanico Luis XV*, si confundirse no quieren con tantos otros, que hipertrofiando el lenguaje y dándose á exageraciones inadmisibles, piden desde hace tiempo á gritos, el manicomio.



XVI

Salvador Díaz Mirón es una celebridad que no se parece á ninguna.

Sus versos han corrido por toda América, pero no como tantos otros arrulladores versos que hacen latir con apresuramiento el corazón de las niñas, y que pueden ser recitados á su dama, lo mismo por un discreto amante que por un necio.

Díaz Mirón, pertenece como poeta á un orden superior, magno. Procede al igual de los grandes músicos que no combinan notas por combinarlas, sinó para dar paso á una idea que rompe al fin de muchos esfuerzos, entre bramidos de tempestad, murmullo de aguas,

silbos de insectos, trinos de aves y suavísimo aleteo de mariposas.

La riqueza del verso en Díaz Mirón, la majestad de su estilo, detalles son interesantes, pero nada más que detalles, ante el vigor de su carácter y elevación natural de sus pensamientos. Tienen las poesías de este singular mexicano, la grandilocuencia de Víctor Hugo, la profunda filosofía de Campoamor, las vagas melancolías de Bécquer, la corrección y energía de Núñez de Arce y á veces también. el escepticismo desconsolador de Leopardi.

No hay entre las composiciones de Díaz Mirón, una sola que pueda llamarse desposeída de mérito. No hay en esos renglones cortos, los vidrios de la poesía vulgar, pacotillera. Como las joyas finas, todos sus trabajos lucen una piedra preciosa en el centro, que es la idea de la composición y su motivo. Y allí está, precisamente, el valor de ese extraordinario talento que recuerda á tantos grandes autores sin imitar á ninguno.

En Lima, hacia fines del año de 1889, solíamos juntarnos en la redacción del "Perú Ilustrado", dirigido entonces por Zenón Ramírez,

varios literatos peruanos, ecuatorianos, y colombianos. Pedro Paz Soldán y Unánue (*Juan de Arona*), Alejandro P. Echeverría, Joaquín Suárez La Croix, Nicolás Augusto González, Teobaldo Elías Corpancho, Domingo de Vivero, Manuel Moncloa y Covarrubias, Hernán Velarde y yo, éramos los más constantes tertulios, sin que faltaran otros amigos que de cuando en cuando aumentasen el gárrulo concierto que allí se armaba desde las cinco de la tarde hasta anochecer.

Cierta vez, en la mesa del Director del "Perú Ilustrado", hallamos una composición sin firma, intitulada *A Gloria*. Comenzó á leerla en voz alta uno de nosotros y pronto se hizo el silencio en su derredor.

No intentes convencerme de torpeza
con los delirios de tu mente loca.
Mi razón es al par, luz y firmeza,
firmeza y luz, como cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
mi esperanza inmortal no mira el suelo:
No viendo más que sombra en el camino,
sólo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña
tu espíritu infantil, santuario obscuro...

Tu numen, como el oro en la montaña
es virginal y por lo mismo, impuro

Á través de ese vórtice que crispa,
y ávido de brillar, vuelo ó me arrastro,
oruga enamorada de una chispa
ó águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo,
lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja
desprecio los peligros que señalas:
" El ave canta aunque la rama cruja,
como que sabe lo que son sus alas ".

Erguido bajo el golpe en la porfía,
me siento superior á la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
quitarme el triunfo pero no la gloria!

¡Deja que me persigan los abyectos!
Quiero atraer la envidia, aunque me abrume...
La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume!

El mal es el teatro en cuyo foro
la virtud, esa trágica, descuella;
Es la sibila de palabra de oro,
la sombra que hace resaltar la estrella.

Alumbrar es arder. Estro encendido
será el fuego voraz que me consuma.

La perla brota del molusco herido,
y VENUS nace de la amarga espuma...

Los claros timbres de que estoy ufano,
han de salir de la calumnia, ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan... ¡ Mi plumaje es de esos !

Fuerza es que sufra mi pasión...—La palma
crece en la orilla que el oleaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
vivo se hunde, pero muerto, flota !

Depón el ceño y que tu voz me arrulle.
Consuela el corazón del que te ama...
Dios dijo al agua del torrente: ¡ bulle !
y al lirio de la margen: ¡ embalsama !

¡ Confórmate mujer ! Hemos venido
á este valle de lágrimas que abate,
tú como la paloma, para el nido,
y yo como el león, para el combate !

Es esta la magnífica composición que escuchamos, pidiendo al fin, á gritos, el nombre del autor que nos robaba el tipógrafo.

—Es de Núñez de Arce — dijo uno.

—Es una traducción libre de Víctor Hugo, afirmaba otro.

—De cualquiera que sea, — agregué yo apoderándome del papel, — es la obra de un poeta que vale mucho!

Zenón Ramírez pronunció después de mí estas palabras, solemnemente:

—No se trata señores de Núñez de Arce ni Víctor Hugo, sino de un poeta mexicano bastante joven.

—¿De un mexicano?

—Tal vez de Acuña...

—De Salvador Díaz Mirón,—agregó Ramírez.

—No le conozco.

—Ni yo tampoco...

El Director del "Perú Ilustrado" dando mayor expresión á su fisonomía de profeta en desgracia, concluyó así:

—Pues ya le conocen ustedes; ya son vasallos de ese conquistador atrevido, de ese Alejandro á quien es fuerza rendirse como yo, tras su primera batalla de consonantes!

El entusiasmo súbito que despertó en nosotros Díaz Mirón, es igual al que ha despertado antes y después entre las gentes de habla española en el Norte y el Sur de América.

Solo Rubén Darío hoy puede aventajarle en

notoriedad, aunque no pueden confundirse nunca estos dos ingenios poéticos, los mayores, sin duda, que calienta el sol de los trópicos.

Un crítico de Díaz Mirón ha dicho : " Es grande en todo : en sus altísimas ideas y en su apolínea forma ; sus versos són sonorosos y vibrantes ; parecen el són de una gran campana tocada para que todos los mortales la escuchen ; son la voz de un gigante que en medio del Océano prentendiera acallar el imponente rugido de las olas "...

Allá, en el Golfo de México, por las calles de Veracruz, su tierra natal, ha paseado Díaz Mirón una juventud más tormentosa que la de Byron : ha publicado versos y repartido estocadas, ha jurado amores y castigado insolencias, háse cubierto alternativamente, de gloria, de lágrimas y de sangre.

La vida de este cantor es digna de estudio por sus caracteres extraños. El hombre no es menos singular que el poeta. Tratar personalmente á Díaz Mirón como le he tratado yo, conocer parte de su historia por los labios de él mismo y por las referencias de

amigos íntimos suyos, es admirarlo en su doble faz y,— perdóneme esta franqueza el poeta,—compadecerlo también, por lo incurable de su neurosis.

Figuraos un hombre de treinta y cinco años, enjuto, más alto que mediano, más blanco que moreno y densamente pálido; con grandes ojos negros que centellean y se apagan como focos inseguros de luz eléctrica; con cabellos abundantes, ensortijados y obscuros que caen en desorden por una frente abultada y poco espaciosa; agregad á esto una correcta nariz, una boca desdeñosa que acentúa un bigote fino retorcido hacia arriba, y tendréis la imagen del gran poeta á quien me acerqué en Veracruz el día 29 de mayo de 1892.

Desde las primeras palabras conocí al hombre de corazón abierto y despreocupado. Díaz Mirón no siente respeto alguno por las exterioridades mundanas. Viste con lamentable descuido, no se ocupa de parecer bien á nadie, y lo mismo se le ve en un salón rico, alternando con las principales gentes de su país, que en medio de la plaza en amigable

charla con los más humildes hijos del pueblo.

Su popularidad que en Veracruz es inmensa, no puede tener origen sino en este republicanismo práctico del poeta. Orgulloso y terrible con quienes debe serlo, es amable hasta la ternura con los que él llama *amigos*, sin traicionar el sentido de ese vocablo tan desacreditado en el comercio ilícito de los hombres.

En *Sursum*, una de sus poesías más bellas, hace la profesión de fe digna de un poeta generoso como él, en estos endecasílabos:

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
en vano al ideal, se dobla al peso
de la roca de Sísifo, y espira
quemado por la túnica de Neso;
cuando al par tenebroso y centelleante
imita á Barrabás y adora al Justo,
y pigmeo con ansias de gigante
se retuerce en el lecho de Procusto;
cuando gime entre horribles convulsiones
para expiar sus criminales yerros,
mordido por sus ávidas pasiones
como Acteón por sus voraces perros;
cuando sujeto á su fatal cadena
arrastra su desdicha por los lodos

y cada cual en su egoísta pena
vuelve la espalda á la aflicción de todos;
el vate con palabras de consuelo
debe elevar su acento soberano
y consagrar con la canción del cielo,
no su dolor, sino el dolor humano!

Diríase aquí, que Diaz Mirón arde en el propio fuego humanista que consumía á Acuña en algunas de sus composiciones más celebradas; pero, reaccionando al fin su naturaleza de gladiador, completa así los anteriores conceptos:

Sacro blandón que en la capilla austera
arde sin tregua como ofrenda clara,
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;
vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime Don Quijote que ambiciona
caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona,
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura,
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura...

¡ Eso es el bardo en su fatal destierro !
Cantar á Filis por su dulce nombre,
cuando grita el clarín : ¡ despierta, hierro !
¡ Eso no es ser poeta ni ser hombre !

Tienen muchos á Díaz Mirón en el concepto de áspero y rudo, por los sangrientos lances en que se ha visto envuelto; mas, ello no pasa de un cálculo aventurado que desmiente el poeta con su charla afectuosa, nobles maneras y mejor disposición de ánimo á los esparcimientos artísticos.

La fiera dormita en él, es cierto; pero la fiera hermosa por el valor y por la lealtad. Sus rencillas políticas ó personales las ha ventilado en duelos á muerte. Más de una tumba se ha abierto en el campo del honor frente á Díaz Mirón ; más de una bala también se enterró en sus carnes y puso en inminente riesgo la vida de este poeta (1).

He hablado de su incurable neurosis, y obligado estoy aquí á precisarla : ella consiste

(1) Es de advertir que Díaz Mirón no consume absolutamente, bebidas espirituosas. Como por desgracia, muchos poetas estimulan su fantasía con el alcohol, bueno es dejar constancia de que jamás imfluyó la embriaguez en los arrebatos de nuestro amigo.

en el respeto ciego que quiere inspirar Díaz Mirón con su valor más que con su talento.

Preguntándole yo, para qué cargaba un revólver siempre consigo, me respondió como sorprendido de mi curiosidad

—¿Ignora Vd. que estamos en México, país donde al hombre se le perdona todo, menos la cobardía?

--Justo es,—repliqué,—dejar nuestro nombre bien puesto cuando lo reclamen las circunstancias, pero no creo de necesidad presentarse, hoy, armado como los caballeros antiguos, en medio de una sociedad que garantiza nuestros derechos...

—En México no sorprende á nadie,—contestó el poeta,—que anden armados los vecinos dentro de las poblaciones. Mire Vd., yo soy manco,—esto era enseñándome un brazo que tiene roto á consecuencia de un desafío,—y no puedo prescindir de una pistola para castigar al que osare atropellarme confiando demasiado en su fortaleza...

Pocas semanas después, probó la razón que tenía el bardo, actuando en una tragedia que

por las consecuencias morales y materiales ha superado á todas las de su vida.

Perseguido una noche en Veracruz, por un individuo de hercúleas fuerzas, que tras de agria disputa quería golpearlo como los patanes golpean, con un garrote ; ciego de ira apuntó Díaz Mirón con su revólver al agresor, gritándole que se detuviese á la distancia de algunos metros. Wólter, —que así se llamaba este hombre imprudente, —avanzó no obstante, creyendo fácil dominar al contrario, pero cayó herido inmediatamente por dos balazos que le produjeron la muerte.

Díaz Mirón se constituyó preso pocos momentos después, sin que á ello lo requiriese la policía, informada del hecho apenas por las declaraciones del victimario.

Cuántos días de cárcel no ha costado al poeta hacerse justicia por mano propia! Sus enemigos levantaron un grito unánime de indignación, acusándolo de quimerista vulgar y hasta de asesino impulsivo, porque no se dejó apalear con la mansedumbre de un asno.

Acostumbrado el mundo á que sufran palizas los escritores con resignación evangélica,

¿cómo no sorprenderse de que un poeta, manco por añadidura, previniese con un revólver el molimiento de sus costillas?

Díaz Mirón debió soportar los golpes de su enemigo, guardar cama, librar su causa á la acción de los tribunales establecidos, ó esperar á que sus heridas cicatrizasen, y desafiar entonces, con todas las reglas de la caballería, al que principió por agredirle como canalla.

Este criterio es el que priva entre las personas *razonables*, muy distinguidas, incapaces por supuesto, de vengar una injuria en forma que no sea la *conveniente*.

Pero, ¿qué dicen los hombres de ciencia, los psiquiatras que estudian nuestros impulsos con serenidad y maduro juicio á que no llegan nunca las multitudes sugestionables é intonsas?... Dirán que para ciertas naturalezas es imposible reprimir una explosión de ferocidad cuando se las hiere de bestial modo; que sin ser criminal congénito un individuo, puede matar al que lo atropella con injusticia; que, el desmedidamente orgulloso será un vesánico, un desequilibrado tal vez, sujeto á monospasmo psíquico lamentable cuando

hiere de muerte al que le provoca, pero jamás un asesino en el rigor estricto de la palabra.

Por la soberbia de un Díaz Mirón que castiga con la muerte el agravio que se le infiere, cuántos agravios y cuántas muertes no se repiten en escritores menos altivos ó *locos*, que el mexicano! Qué inmensa no es la nómina de escritores y poetas asesinados á golpes por los que suplen su falta de razones ó inteligencia con el vigor de los puños!

Sin ir muy lejos, Voltaire, el ilustre sabio, siendo muy joven estuvo expuesto á morir á consecuencia de una paliza. ¿Será aventurado temer que algunos talentos de primer orden, menos felices que el anterior, hayan desaparecido tempranamente por obra de otros tantos desconocidos apaleadores?

No buscando, pues, apoyo en la psicología mórbida para defender á Díaz Mirón, hay almas bastante honradas y enérgicas que se pondrán siempre del lado de éste y de todos los escritores que sepan escarmentar á los cobardes que apelan en su rencor á la *suprema ratio* del palo.

Sin olvidarnos del hombre para estudiar al poeta, lo que verdaderamente sorprende en el mexicano insigne es la perfecta armonía de su carácter con la entonación de sus versos.

Procede como escribe Díaz Mirón. Mejor dicho: en esa alma no tiene el fingimiento cabida alguna cuando habla á sus semejantes. El arte que ha llegado cual pocos á dominar, no desvirtúa los movimientos que le son naturales, y por eso también le oímos con la admiración y el respeto que se merece un hombre sincero.

Bruto partiendo el corazón de César;
Espartaco asolando la Campania;
Tell rechazando con el pie el esquife;
Cromwell ante el suplicio de un monarca;
Mirabeau en el Tabor de las naciones;
Bolívar con tres pueblos á la espalda;
Hidalgo predicando el exterminio
y Grant blandiendo su invencible espada,
fueron volcanes que estallaron; fueron
llagas contra cilicios sublevadas;
fueron rayos forjados en las nubes
formadas lentamente por las lágrimas
que convertidas en vapor, habían
subido al cielo á demandar venganza!

De tierras que han sufrido convulsiones,
de cráteres y vómitos de lavas,
surgieron siempre á deleitar los ojos
las flores de hermosura más gallarda.
Sobre odios y desastres y congojas,
sobre estragos y cóleras y ansias,
sobre aras y temblores y tinieblas,
Dios puso el ideal y la esperanza.
El Nilo desbordado y tormentoso,
inunda con violencia la comarca
y es invasión de fangos por doquiera;
pero, en esas arenas calcinadas
esa invasión de fangos es la vida,
y esa invasión de fangos es sagrada!

¡Oh! rayos que os forjáis entre las nubes
formadas lentamente por las lágrimas!
¿cuándo fulminaréis á los sayones
que oprimen y envilecen el *Anáhuac?*
¡Oh! Nilo desbordado y tormentoso
que inundas con violencia la comarca,
¿qué primavera enflorará el desierto
cuando retires tus impuras aguas?
¿Qué incubación de próceres palpita
entre tanta abyección y tanta infamia?
¿Qué paladines purgarán la tierra
en donde sólo en los escudos de armas
hay águilas que triunfen de serpientes
y no serpientes que extrangulen águilas?

¡Silencio! ¿Quién responde á mis acentos?
¿Es la voz de los muertos por la Patria?
No: la voz de los muertos fuera triste

y no causara sensación tan grata.
Oigo un coro celeste cuyos tonos
ensordece y confunde la distancia,
y me parece cual canción de alondras
que anuncia el claro amanecer del alma.
Ese dulce murmullo que me alegra.
ese vago rumor que me entusiasma,
brota quizá, de los fecundos senos
de las mujeres que á lo lejos pasan...
¡ Cada una lleva un nimbo en la cabeza
y acaso un redentor en las entrañas !

De las *poesías políticas* que señala en general, Menéndez y Pelayo, como las mejores inspiraciones americanas, es ésta, quizá, una muestra la más brillante de todas.

Díaz Mirón se eleva aquí á una altura inmensa, como no se ha elevado poeta alguno de los que persiguen en nuestra América el reinado del orden y la justicia. Aquella cláusula final en que aparecen las mujeres de México, cada una llevando *un nimbo en la cabeza y acaso un redentor en las entrañas*, es la más grandiosa concepción de un poeta en el hervor de su patriotismo herido por las perversidades triunfantes. Atalaya sublime, descubre el poeta, allá en el horizonte del porvenir, la

legión libertadora que no pueden ver sus hermanos yacientes en el polvo de la esclavitud.

Esa ardentía heroica del bardo veracruzano, ese aliento profético de sus versos, son los mismos que revolucionaron en época no lejana, á las multitudes de México. Díaz Mirón desde la tribuna parlamentaria como diputado por Veracruz, cuando se debatía en 1883, si mal no recuerdo, cierta cuestión económica de vital importancia para el país, produjo, en efecto, un movimiento activísimo, jamás observado por esa causa entre los estudiantes y los obreros.

Dicen los que escucharon á Díaz Mirón entonces, que ascendió á las más altas cumbres de la elocuencia, que sus palabras eran flamígeras, y que llegó de tal manera á apoderarse del pueblo, que se hizo indispensable una maniobra política para aplazar aquel debate que amenazaba concluír en sublevación. Corresponden á esa época sus inspiraciones que llevan por título *Á Gloria*, *Víctor Hugo*, *Sursum*, *Voces interiores*, *Justicia*, *Á Byron* y otras no menos interesantes y que

demuestran el estado psicológico del poeta.

Naturaleza tan rica de sentimiento, por fuerza había de estrellarse en los arrecifes de la existencia. Al gran poeta, al popular tribuno, hánle hecho falta esas piedras del egoísmo, del amor al provecho y de la cobardía, que, como lastre en las bodegas del barco humano, mantiénenle por lo general y á despecho de las tormentas, seguro... á flote!

XVII

Pongo fin á mi tarea que ya no es corta.

He discurrido en un campo donde se ofrecen peligros mil para el crítico. No es entre esos peligros sin duda alguna el menor, hacerse odioso á diferentes agrupaciones americanas por emitir un juicio que favorece á México sobre todas. El no ser yo mexicano, pone á salvo, sin embargo, la imparcialidad de este juicio.

Viene después del *chauvinismo* literario que ha de despertarse aquí y allá con energías poco piadosas para el autor de este libro, la condenación que fulminen los timoratos por el poco respeto con que he tratado de paso, algunas cuestiones.

Verdad señores míos: tal vez he sido imprudente. Pero, ¿es la *prudencia* el título que más honra á los escritores? Lleno estas páginas, lo sé, para contadas personas que como yo, encuentran indigno el gastar la vida en formas hipócritas. Cuatro días miserables de vida empleados en ocultar lo que pensamos y que sentimos, son por otra parte, un negocio demasiado torpe, que yo no sigo.

Ganan terreno en las postrimerías del siglo, ciertas ideas reaccionarias. Y ¿qué me importa? Si vuelven á ser de moda la señal de la cruz y los asperges de agua bendita, me quedaré á las puertas del templo, seguro de convertirme cuando muera, en lo mismo que se convierten papas, emperadores y millonarios: sabios y estultos.

Volviendo á mi obra, pueden no satisfacer á nadie las ideas desparamadas al juzgar, según mi temperamento, á ciertos poetas; puedo haberme olvidado de algunos que valen mucho; pueden no ser también, los versos transcritos, enteramente del gusto de los lectores, pero, difícil es, con todo eso, que no

aparezca justificada en estas páginas, la admiración que inspiran hoy como poetas, los mexicanos.

Original y variada en su mayor parte es la poesía que me ha servido de tema. La he criticado sin desmenuzarla como es costumbre de dómines rigoristas, porque á mi objeto bastaba una exposición en conjunto, más genial que artística, más ideológica que retórica.

Bardos legendarios como *Prieto,* panteístas como *Ramirez* y *Acuña*, pintores como *Altamirano* y *Riva Palacio*, líricos como *Peón y Contrèras*, científicos como *Parra*, sentimentales como *Peza,* coloristas como *Othón* y *Gutiérrez Nájera*, luchadores formidables como *Díaz Mirón*, bastan para ganar á su patria un puesto el más distinguido del Continente, en los dominios del Arte.

ÍNDICE



